

S. EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO, COMENTARIOS SOBRE EL PROFETA MIQUEAS, LIBROS DOS. (C)

PRÓLOGO.

Miqueas, sobre quien ahora deseo dictar comentarios, es el tercero en el orden de los doce profetas según los intérpretes de los Setenta; según el hebreo, es el sexto, y sigue a Jonás el profeta, quien sucede a Abdías, de modo que Amós es el tercero, y Joel el segundo después de Oseas, quien es el primero para todos. Por lo tanto, al estar situado casi en el corazón del volumen, debe contener profundos misterios, y la palabra de Dios, que siempre desciende a los profetas, desciende también a Miqueas, que se interpreta como humildad: a Miqueas de Morasti, que hasta hoy es una pequeña aldea cerca de Eleuterópolis, ciudad de Palestina. Morasti en nuestra lengua significa heredero. Así, bellamente, la humildad, que entre las virtudes es la principal, nace con la esperanza de la herencia del Señor. Pero no es la humildad que viene de la conciencia de los pecados, sino la que se sitúa entre las virtudes, según se dice: Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que Él os exalte en el tiempo de la visitación (1 Pedro 5, 6). Y: El que se humilla será exaltado (Lucas 18, 14). Y: Antes de la destrucción se eleva el corazón del hombre, y antes de la gloria se humilla (Proverbios 16, 18). Por eso también el Señor dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mateo 11, 29). Así como entre nosotros se colocan nombres votivos y como augurio de virtud, por ejemplo: victorioso, casto, piadoso, probo; y entre los griegos se llama σώφρων y εὐσεβής; y los nombres apelativos se convierten en propios: así entre los hebreos, tanto Miqueas, como Abdías y Zacarías, y otros similares, se imponen a los hijos por los padres a partir del vocabulario de las virtudes.

LIBRO PRIMERO.

(Cap. I.---Vers. 1.) La palabra del Señor que fue dirigida a Miqueas de Morasti, en los días de Jotam, Acaz y Ezequías, reyes de Judá: Lo que vio sobre Samaria y Jerusalén, o según los Setenta, de lo que vio sobre Samaria y Jerusalén. La palabra del Señor fue dirigida a Miqueas, después de Oseas, Amós e Isaías, quienes profetizaron bajo Ozías. De esto entendemos que Miqueas no profetizó en tiempos de Ozías, sino en los de su hijo Jotam, después del cual reinó Acaz, sucediéndole Ezequías en el reino de su padre Acaz, bajo cuyo reinado las diez tribus fueron llevadas en cautiverio por los asirios (2 Reyes 18). En cuanto a la historia, según el orden del cautiverio (porque primero fue capturada Samaria, metrópoli de Israel, y después Jerusalén, ciudad de Judá), el título de la profecía se pone primero sobre Samaria, y luego sobre Jerusalén. En cuanto a los significados místicos, porque Samaria siempre se toma en las herejías, Jerusalén en la Iglesia, decimos que la palabra del Señor se dirige al humilde y coheredero de Cristo, sobre los dogmas perversos y sobre la Iglesia, si acaso ha cometido pecados, y teje el orden de todo el volumen. Pero que Samaria y las diez tribus, que se separaron bajo el rey Jeroboam de la estirpe de David (1 Reyes 12), se tomen en la persona de los herejes, toda la Escritura lo atestigua, pero especialmente el profeta Oseas, y este mismo libro, que llama impíos a los herejes y pecadores eclesiásticos. Inmediatamente sigue: ¿Cuál es la impiedad de Jacob? ¿No es Samaria? y ¿cuál es el pecado de la casa de Judá? ¿No es Jerusalén? Esto según los traductores de los Setenta. Sin embargo, cómo se lee en hebreo, lo expondremos más adelante. Pero también aquello de que los herejes siempre confían en la sublimidad de sus dogmas, y desprecian la simplicidad de la Iglesia, se dice en otro lugar: ¡Ay de los que desprecian a Sion y confían en el monte de Samaria! (Amós 6, 1): porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén (Isaías 2, 3). Por otra parte, Samaria se fabricó a sí misma becerros de oro de su propio sentido, que tienen en la superficie belleza, pero no tienen espíritu vital: y se fabricó en la casa de Dios,

que se interpreta Betel. Pues el pueblo de Israel no podía recibir dioses, sino aquellos que se fabricaron de las Escrituras y en la casa de Dios. Aunque llamen a sus conciliábulos Betel, después de la fabricación de los ídolos dejó de ser Betel, y se llama Betaven, que se dice casa del ídolo, por lo cual los Setenta tradujeron casa de Ὡν. Esto sobre el título: ahora vayamos al comienzo de la profecía, e invoquemos la venida del Espíritu Santo ante la bestia Lernaea (Hidra) que se enfurece. Vosotras, oh Paula y Eustoquio, elevad oraciones al Señor Salvador, para que la envidia no me dañe, sino que la mente libre piense solo en lo que se esfuerza por explicar, y no sienta los golpes de las injurias, que el Señor en su pasión despreció (Marcos 14, y Juan 16, 18).

(Vers. 2.) Escuchad, todos los pueblos, y atienda la tierra y su plenitud, y sea el Señor Dios testigo contra vosotros, el Señor desde su santo templo. LXX: Escuchad, todos los pueblos, y preste atención la tierra, y todos los que están en ella, y sea el Señor Dios testigo contra vosotros: el Señor desde su santa casa. Como el sentido es manifiesto según la historia, dejo la inteligencia a la prudencia del lector. Según la tropología, convoca a escuchar a los pueblos, es decir, a las Iglesias de todo el mundo, y a prestar atención a la tierra, porque en ella se han construido los dogmas terrenales de los herejes. Que las herejías se cuentan entre las obras de la carne, que siempre se refiere a la tierra, no lo calla el Apóstol a los Gálatas (Gálatas 5), y el Señor en el Evangelio lo indica al oyente prudente: El que es de la tierra, de la tierra habla. Y para distinguirlos de los eclesiásticos dice: Pero el que viene de arriba, está sobre todos (Juan 3, 31). Y: Lo que ha visto y oído, eso testifica. Si esto que dice: Escuchad, pueblos, por aquello del Señor: El que tenga oídos para oír, que oiga (Lucas 8, 8), suena más que lo que después se infiere: Atienda la tierra, lo aplicaremos a la Iglesia: Escuchad, todos los pueblos. A los herejes que han recibido la doctrina terrenal: Atienda la tierra, y todos los que están en ella: para que tanto estos si escuchan, como aquellos si atienden, no sufran lo que después la palabra del Señor amenaza. Y sea el Señor testigo contra ellos, o como se lee en hebreo, en testigo, o como lo interpretó más claramente Símaco, testificando, y testificando no desde otro lugar, sino desde su casa, que es la Iglesia, o ciertamente en el Hijo, es decir, en nuestro Señor Jesucristo, que verdaderamente es el templo del Padre: y de cuya boca habla el Padre, penetrando las entrañas y las médulas de aquellos que quieran atender y escuchar.

(Vers. 3 y siguientes.) Porque he aquí que el Señor saldrá de su lugar, y descenderá y pisará sobre las alturas de la tierra, y se consumirán los montes debajo de él, y los valles se partirán como cera ante el fuego, como aguas que corren hacia abajo: por el crimen de Jacob todo esto, y por los pecados de la casa de Israel. ¿Cuál es el crimen de Jacob? ¿No es Samaria? Y ¿cuáles son las alturas de Judá? ¿No es Jerusalén? LXX: Porque he aquí que el Señor saldrá de su lugar, y descenderá, y ascenderá sobre las alturas de la tierra, y se conmoverán los montes debajo de él, y los valles se derretirán como cera ante el fuego, y como agua que fluye hacia abajo: por la impiedad de Jacob, todo esto, y por el pecado de la casa de Israel. ¿Cuál es la impiedad de la casa de Jacob? ¿No es Samaria? Y ¿cuál es el pecado de la casa de Judá? ¿No es Jerusalén? Oh Samaria y Jerusalén, escuchad, y prestad atención al Señor que os testifica desde su templo, y predice lo que va a hacer. He aquí que el Señor saldrá de su lugar. Porque quien es manso y benigno, y cuya naturaleza es la clemencia, se ve obligado por vuestra causa a asumir la persona de la crueldad que no tiene. Y descenderá y pisará sobre las alturas de la tierra. El descenso de Dios es, y su majestad que desciende a los inferiores, pisar la tierra, y aplastar a los poderosos. Y se consumirán, dice, o se derretirán los montes, y los valles debajo de él, que entendemos como príncipes y pueblos. Y así como la cera no soporta la proximidad del fuego, y las aguas se precipitan hacia abajo, así toda la soberbia de los impíos, con la venida del Señor, se disolverá y fluirá. Todo esto sucederá por los crímenes de

las diez tribus, que llama Jacob e Israel, y por la prevaricación de Judá; porque en las diez tribus Samaria fue la metrópoli, y en el reino de Judá Jerusalén fabricó ídolos en las alturas: esto según la letra. Tropológicamente, el Señor saldrá de su lugar, que podemos entender como el Hijo, o todos los santos. Pues el mismo Hijo dice: Yo en el Padre, y el Padre en mí (Juan 14, 10). Y de los santos: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo (Levítico 26, 12). De estos, pues, saldrá, no porque los abandone; pues también de los apóstoles salía la palabra del Señor hacia los oyentes, y sin embargo no los dejaba: y lugares de este tipo, es decir, aquellos que merecen tener a Dios como huésped, como resucitando con Cristo, y sentados con él en los celestiales, están situados arriba. Por eso se dice que desciende a aquellos que no pueden escuchar su doctrina en el monte. Y cuando descienda, no ascenderá en los humildes y en aquellos que están abajo; sino en los que se llaman alturas de la tierra, y que, comprendiendo la majestad del Señor que viene, se conmoverán. Y aunque sean montes, temerán la presencia de tal auriga y jinete. Los valles, es decir, las almas insertas en cuerpos terrenales, y que no resucitan con el hombre celestial, no podrán soportar su presencia; sino que todo lo que haya de duro en ellos, se disolverá, y así fluirán, como si las aguas no tuvieran llanura, y se precipitaran en el abismo. Vendrá, pues, el Señor terrible para enseñar, es decir, para mover los montes, y disolver la humildad de los valles, porque Jacob ha cometido impiedad, y ha pecado Israel. La impiedad de Jacob son los conciliábulos de los herejes, que se llaman Samaria. Y el pecado de Judá, es decir, de aquel que confiesa al Señor, no es otro que Jerusalén, en la que se encuentran muchos crímenes. Que la casa de Judá se refiera a Cristo, cuya Iglesia es, lo hemos dicho muchas veces, y pongamos esto por ahora: Judá, te alabarán tus hermanos: tus manos estarán sobre el cuello de tus enemigos (Génesis 49, 8). También puede entenderse así, que por las impiedades de Samaria y los crímenes de Judá, el Señor salió de su lugar, y dijo a los judíos (Mateo 23, 38): He aquí que vuestra casa os será dejada desierta (Lucas 13, 35). Y descendió de los cielos, y ascendió sobre las alturas de la tierra, es decir, sobre aquellos que, creyendo desde la humildad de las naciones, merecieron ser elevados. Y se conmovieron los montes, los dogmas de los filósofos, y los reinos sublimes, y aquellos que permanecieron humildes, fueron consumidos y destruidos con la venida del Salvador, y al crecer la Iglesia, y al elevarse los montes en lo alto, los ídolos cayeron en el abismo. Salió, pues, el Señor de su lugar, y de las naciones se construyó la Iglesia, para que se movieran los montes bajo sus pies, y se disolvieran las profundidades de los valles, porque Jacob actuó impíamente, e Israel pecó, y todas las tribus negaron al Señor.

(Vers. 6 seq.): Y pondré a Samaria como un montón de piedras en el campo, cuando se planta una viña, y arrojaré sus piedras al valle, y descubriré sus cimientos, y todas sus esculturas serán destruidas, y todos sus salarios [Al. recompensas] serán quemados con fuego, y todos sus ídolos los pondré en perdición, porque de los salarios de una prostituta fueron reunidos, y hasta el salario de una prostituta volverán. Sobre esto lamentaré y aullaré, iré despojado y desnudo, haré lamento como de dragones, y duelo como de avestruces, porque su herida es desesperada, porque ha llegado hasta Judá, ha tocado la puerta de mi pueblo hasta Jerusalén. LXX: Y pondré a Samaria en custodia de manzanas en el campo, y en plantación de viña: y arrojaré sus piedras en el abismo, y descubriré sus cimientos, y todas sus esculturas serán destruidas, y todos sus salarios serán quemados con fuego, y todos sus ídolos los pondré en perdición, porque de los salarios de fornicación fueron reunidos, y de los salarios de fornicación fueron destruidos. Por esto lamentaré y llorará, irá descalza y desnuda, haré lamento como de dragones, y duelo como de hijas de las sirenas, porque su herida ha prevalecido, porque ha llegado hasta Judá, y ha tocado hasta la puerta de mi pueblo hasta [Al. en] Jerusalén. Según el orden de los pecados, se hace el orden de los castigos. Primero pecó

Samaria, y fabricó ídolos, y adoró becerros en lugar del Señor: por lo tanto, que perezca primero. La destruiré, viniendo los asirios, y la pondré como un montón de piedras cuando se planta una viña, para que [Al. y] se reduzca a montículos: Y arrojaré sus piedras al valle. Pues estaba situada en los montes, donde ahora está Sebaste, en la cual también están depositados los huesos de San Juan Bautista. Y descubriré sus cimientos. Pues será tal la ruina, y tal la subversión de la ciudad: que no solo caerán las paredes y los edificios; sino que también los cimientos hasta la última piedra serán revelados. Y todas sus esculturas, y todas las riquezas que diversos reyes habían acumulado en ella, serán destruidas y quemadas con fuego, y reducidas a nada. Pues las riquezas y el múltiple mobiliario, que de la fornicación 438 (como se pensaba) de los ídolos habían sido reunidos, serán llevados a otra prostituta, es decir, a Nínive: para que así como en su tierra fornicaron con los ídolos que hicieron, así vayan a otra tierra de ídolos y fornicación, es decir, a los asirios. Hasta aquí sobre Samaria. Y porque la misma plaga llegará a Jerusalén (pues ella también pecó con un error similar, abandonando a su Dios y fabricando ídolos) por eso el profeta hace como una προσωποποιάν de Dios, e introduce bajo su persona el afecto del que llora: y dice: Sobre esto lamentaré y aullaré: iré despojado y desnudo (pues he perdido diez tribus) y haré lamento como de dragones, y duelo como de avestruces. Pues así como los dragones resuenan con un silbido terrible, según las historias de aquellos que han escrito sobre los físicos, en el tiempo en que son vencidos por los elefantes: y así como los avestruces son olvidadizos de sus huevos, y como si no hubieran puesto, en la arena dejan sus crías para ser pisoteadas por las bestias (Job XXXIX) de lo cual se escribe más plenamente en Job: así también yo sin hijos, despojado y desnudo caminaré. Y haré esto, porque su herida es desesperada, es decir, de Samaria. Y el mismo pecado, más bien la misma pena del pecado, que destruyó a Samaria, llegará hasta Judá, y hasta la puerta de mi ciudad Jerusalén. Pues así como Samaria fue subvertida por los asirios: así Judá y Jerusalén serán subvertidas por los caldeos. Porque en verdad entendimos una vez a Samaria como la Iglesia de los herejes, que separada de Dios, se convirtió en un conciliábulo del pueblo, el mismo Señor amenaza con ponerla en custodia de manzanas, en el campo y en plantación de viña. Pues es mucho mejor que una ciudad inútil sea subvertida, y sus piedras con las que fue construida sean arrojadas al abismo, y que se prepare para ser una plantación de manzanas y viñas, que permanecer en una edificación pésima. Pues cuando haya sido destruida, y sus cimientos hayan sido revelados (con los cuales parecía ocultar sus misterios, y tener firmes dogmas en los que se sostenía, y todos los ídolos que parecían tener apariencia, y belleza compuesta con discurso artificioso, y hayan sido destruidos por los ministros de Dios, es decir, por hombres eclesiásticos) entonces 439 en el lugar de la edificación pésima, nacerán diversos frutos de la Iglesia, y no solo nacerán, sino que también serán custodiados, y se plantará la viña de Sorec, de la cual se hará el vino, que el Señor prometió beber en el reino del Padre (Marc. XIV). No solo se abrirán y se pondrán en medio los cimientos que antes estaban cubiertos por la tierra, y los ídolos que se habían fabricado serán destruidos; sino que también la gloria y las riquezas que parecía tener de la fornicación y su error, serán consumidas por mi fuego, del cual dije en el Evangelio: Fuego vine a traer sobre la tierra, y cuánto deseo que arda (Luc. XII, 49): y serán quemadas, y reducidas a nada, porque no fueron reunidas de la verdad de los dogmas; sino de la fornicación del alma, y del error recogido de aquí y de allá. Pues los herejes no tienen riquezas que vengan de la herencia paterna, sino que cada día encuentran qué adorar, y se fabrican ídolos con mano artificiosa, y mente curiosa. Por esto, cuando su campo se haya convertido en custodia de manzanas, y preparado para viñas, y las piedras con las que la ciudad fue construida, arrojadas al abismo, y sus cimientos hayan sido revelados, y todas las esculturas destruidas y quemadas, y los salarios que con vana esperanza se prometían, y todo lo que parecían adorar como Dios, reducido a nada, porque de la fornicación del alma, todo precio se habían comprado: entonces, entendiendo su error anterior, regresando a sí mismos, lamentarán, en lo que antes

reían, y llorarán, en lo que antes fornicando de algún modo se alegraban. Y quitarán de sus pies todo lo que tenían de mortífero, y estarán descalzos, porque la tierra en la que estarán, es lugar santo, y arrojarán todas las vestiduras de su fornicación; y estarán desnudos, para que puedan ser vestidos con la vestidura de Cristo, y harán lamento como de dragones. Pues también los dragones lamentarán alguna vez, cuando vean al gran dragón capturado, y colgando en el anzuelo del pescador, y el mar 440 desolado. Y llorarán como las hijas de las sirenas, pues son dulces los cantos de los herejes, y con voz suave engañan a los pueblos. Y no puede pasar por alto sus cantos, sino quien ha tapado su oído, y ha escapado como sordo. Por eso esta Samaria de este tipo lamentará y llorará, porque herida por la flecha del Señor, y recibiendo la plaga del discurso, reconocerá su error. No solo ella pecó, sino que quiso introducir su iniquidad y error también en las puertas de Judá. Por lo cual se dice de ella: Ha llegado hasta Judá, y ha tocado hasta las puertas de mi pueblo, hasta Jerusalén. Dice que ha tocado las puertas que entendemos como oídos. Sin embargo, no pudo entrar en la ciudad media: que si hubiera entrado, habría hecho de Jerusalén una Samaria. Cuantas veces veamos a algunos de la Iglesia escandalizarse por los discursos de los herejes, y buscar cómo responder a sus preguntas, pero sin embargo no se apartan de la Iglesia, digamos, ha llegado Samaria, o la plaga de Samaria hasta el pueblo confesante, hasta los oídos del pueblo de Dios, hasta los oídos de Jerusalén. Pues esto que se dice ha tocado hasta las puertas de mi pueblo, debe entenderse ἀπὸ κοινοῦ, para que se entienda, ha tocado también hasta las puertas de Jerusalén. Hasta aquí contra Samaria y contra Jerusalén, veamos también lo demás, que sigue.

(Vers. 10 seq.) En Geth no lo anunciéis, no lloréis con lágrimas, en la casa del polvo cubríos de polvo: pasad, morada de Saphir [Vulg. hermosa] avergonzada por la ignominia, no ha salido la que habita en Sennan [Vulg. en la salida]. La casa de Asel [Vulg. vecina] recibirá de vosotros el lamento: la que se mantuvo a sí misma, porque se debilitó en el bien la que habita en Maroth [Vulg. amarguras]: porque el mal descendió del Señor hasta la puerta de Jerusalén. Tumulto de carros de estupor para la que habita en Lachis, el principio del pecado es hija de Sion: ¿porque en ti se encontraron los crímenes de Israel? Por eso enviará emisarios sobre la herencia de Geth: casas de mentira en engaño para los reyes de Israel. Aún traeré heredero para ti que habitas en Maresa, hasta Odollam llegará la gloria de Israel.

LXX: Los que están en Geth, no os engrandezcáis, los que están en Bachim, no reedifiquéis de la casa de burla: tierra, asperjad vuestra burla, que habitas bien sus ciudades: no ha salido la habitante de Sennan. Llorad la casa junto a ella: recibirá de vosotros la plaga del dolor, ¿quién tomó en bien, la que habita en dolores? porque descendieron males del Señor sobre las puertas de Jerusalén. Sonido de carros y caballos para la morada de Lachis: el príncipe del pecado es hija de Sion: porque en ti se encontraron las iniquidades de Israel. Por eso enviará emisarios hasta la herencia de Geth: casas vanas: fueron en vano para los reyes de Israel: hasta que traiga herederos para ti, que habitas en Lachis, la herencia llegará hasta Odollam.

Mucho difiere el Hebreo de la interpretación de los LXX, y tanto mi traducción como la de ellos están envueltas en dificultades, que si alguna vez hemos necesitado del espíritu de Dios (siempre, sin embargo, en la exposición de las Sagradas Escrituras necesitamos de su venida) ahora más que nunca deseamos que esté presente, y que lo que ha hablado en los profetas se revele, para que también de nosotros pueda entenderse lo que Él mismo se digna prometer en otro lugar: Abre tu boca, y la llenaré (Sal. LXXX, 11).

Geth, como también lo atestigua la historia de los Reyes (I Rey. XVII), es una de las cinco ciudades de Palestina, cercana al confin de Judea, y de Eleuterópolis yendo hacia Gaza, hasta

ahora es una aldea o la más grande, de donde fue Goliat el geteo, a quien David mató en la batalla. Porque el profeta, o más bien el Señor a través del profeta, había dicho: Lamentaré y aullaré, iré despojado y desnudo: haré lamento como de dragones, y duelo como de avestruces, porque la plaga de Samaria es desesperada e incurable, y ha llegado hasta Judá, y ha tocado la puerta de mi pueblo Jerusalén, por eso con voz aún llorosa ordeno: No anunciéis en Geth, para que no oigan y se alegren los enemigos: no lloréis con lágrimas, es decir, que el dolor no estalle en sollozos: disimulad el llanto, para que los adversarios no se regocijen [Al. se alegren], que las lágrimas no estén en el rostro, aunque el dolor esté en el pecho, no salgáis afuera, sino en la casa del polvo, y con el polvo de las ruinas cubríos. Pasad [Al. Pasará] para vosotros, morada de SAPHIR () que en lengua siria y hebrea se dice hermosa. Samaria, de hecho, situada en el lugar más hermoso y fértil de Judea, se muestra incluso ahora. Se dice, pues, a ella: Oh tú que habitas en la región más fértil, porque estás avergonzada por la ignominia, así pasa, así sé llevada al cautiverio, que por la magnitud de los males, ni siquiera el vecino filisteo oiga tu voz.

Por lo que sigue: No ha salido la que habita en Sennam, que se interpreta salida, o como traduce Símaco, no ha salido la morada abundante, se dice de la misma Samaria que está en las mismas puertas de la cautividad de Asiria, y tan pronto como se mueva de sus límites, entra en tierra hostil. Pues la morada abundante, según lo que ya hemos dicho antes, es la morada hermosa. No ha salido, pues, la que habita [Al. habitaba] en la salida o abundancia por su propia voluntad, sino que fue llevada por la fuerza a los asirios. De donde la casa vecina y de al lado, que se interpreta ASEL (), es decir, el reino de Judá, recibirá lamento de vosotros, que ahora por el momento, capturada Samaria, se ha detenido, y ha tenido a Dios como defensor. Pero ha recibido lamento, y ha sido golpeada por el miedo, y debilitada en su bien, la que habita en Maroth, [Al. Ramoth] es decir, en amarguras, o como traduce Símaco, morada que provoca amargura, esto es: ἡ κατοικία ἡ παραπικραίνουσα; que en hebreo se dice JOSEBETH MAROTH (), por la cautividad de las tribus vecinas, porque descendió el mal del Señor hasta la puerta de Jerusalén, pues el asirio, habiendo devastado Samaria, vino también a Jerusalén, en el tiempo en que Rabsaces fue enviado insultando, de quien tanto el cuarto libro de los Reyes (IV Rey. XVIII) como Isaías (Isa. XXXVI) escriben más ampliamente. Donde se dice que el rey de Asiria envió desde Lachis a Jerusalén, y después, capturada Lachis, pasó a asediar Lobna.

Vendrá, pues, oh ciudad de Lachis dedicada a los ídolos, y a ti el carro y los jinetes de los asirios, porque también en ti se encontraron los crímenes de Israel, y tú fuiste el principio de la idolatría en Judá: pues por ti, como por una puerta, la impiedad de las diez tribus emigró a Jerusalén. No solo sobre Lachis vendrá el tumulto y los carros, sino también sobre Geth, metrópoli de Palestina, de la que dije antes: En Geth no lo anunciéis: pues el asirio enviará sus ladrones, a quienes llama emisarios, y poseerá la casa de la idolatría y la ciudad de la mentira, que fue en engaño para los reyes de Israel.

Lo que sigue: Aún traeré heredero para ti, que habitas en Maresa, aludió bellamente al nombre: porque MARESA, herencia se dice, llamó a la llegada de los enemigos a ella por herederos, y hasta Odollam, ciudad de Judá, llegará MARESA (), es decir, herencia: que Odolla es gloriosa en sus ciudades de Israel. De hecho, también Símaco lo tradujo así: Ἐτι κληρονόμον ἄξω καὶ σοι κατοικία Μαρέσα, ἕως Ὀδολλὰμ ἥξει τῆς δόξης Ἰσραὴλ, esto es, aún traeré heredero también para ti, morada de Maresa, hasta Odollam llegará la gloria de Israel, esto es, que eres gloriosa en las ciudades de Israel. Y donde se dice gloria, sea caso genitivo de número singular, de esta gloria, y no nominativo plural, estas glorias. O ciertamente entendamos así: La cautividad de Israel que vino a Lachis, y Geth, y Maresa, también llegará hasta Odollam. Y debe leerse más precisamente gloria de Israel, para que

κατὰ ἀντίφρασιν se entienda ignominia o devastación. Por lo que antes interpretamos la herencia de la ciudad del profeta Morasthi, sepa el lector que en el mismo versículo que pusimos: Por eso enviará emisarios sobre la herencia de Geth, en hebreo por herencia de Geth, MARASETH GETH [Al. MORASSETH] está puesto.

Hasta aquí según el hebreo como pudimos, y como nos pareció, ciertamente como lo oímos de los hebreos, hemos dirigido nuestra pequeña nave entre rocas y escollos agudísimos, que si ha entrado en el puerto, o aún flota en el mar, será juicio de la prudencia del lector. Ahora con vuestras oraciones avancemos hacia otras olas, y con el naufragio de la exposición amenazando por todos lados, si podemos, escapemos.

GETH () se interpreta lagar, por lo tanto, los que están en Geth, es decir, en el lagar, pensando que han cosechado el fruto de la vida, y han pisado el racimo de la viña de Sorec, se enorgullecen, ignorando que el racimo de la tierra de Judea no se encuentra en los confines de los filisteos. No os enorgullezcáis, dice, los que estáis en los lagares: Porque de la viña de Sodoma es vuestra viña, y vuestra descendencia de Gomorra: y vuestra uva es de amargura, y el racimo de hiel para vosotros, y la furia de los dragones es vuestro vino, la furia de las áspides es incurable. Pues si incluso hacéis fruto (ya que vuestra vendimia no solo es de Sodoma y Gomorra, sino también de Egipto y de las demás naciones enemigas) el Señor dará vuestro fruto al orín, y vuestros trabajos a la langosta, y matará con granizo vuestras viñas, y vuestros moros con escarcha. No os engañe la similitud del vino, ni digáis amargo dulce: probad diligentemente vuestro vino, y encontraréis en lugar de vino de Sorec, la furia de los dragones y el veneno de las áspides. Por lo tanto, no os enorgullezcáis, sino más bien humillaos bajo la poderosa mano del Señor, y pasad al lagar de donde subiendo de Edom, y rubicundo de Bosra [Al. Bosor], habla en el profeta Isaías: He pisado el lagar solo, y de las naciones no hay hombre conmigo.

De nuevo, porque hay de los extranjeros y otros (pues muchas regiones y ciudades tiene la provincia de los filisteos) que por malas obras y pensamientos contrarios a Dios dicen: Hemos sido destruidos, pero volviendo edifiquemos lo que ha sido destruido. Por eso se les llama términos de impiedad, y pueblo al que el Señor está airado. Se les dice: Los que estáis en Bachim no reedifiquéis de la casa de burla. Bachim () en nuestra lengua suena a llanto y lamento. De hecho, excepto los Setenta, todos tradujeron κλαυθμὸν, es decir, llanto. Los que estáis, pues, en obras y pensamientos de este tipo, que son dignos de llanto, no intentéis reedificar la pésima edificación, ni penséis que vuestro pensamiento es la construcción de Dios, ni edificuéis sobre la arena (Mat. VII), para que cuando venga la tempestad, y vuestra casa caiga, el trabajo vano ofrezca risa a los que lo vean. Más bien, entendiendo que vuestra edificación es digna de burla, con sus ruinas y polvo cubríos la cabeza, y haced penitencia, porque sin consejo quisisteis edificar una casa que caería.

Sigue: La que habita bien en sus ciudades, no ha salido la que habita en Sennam. Lo que me parece tener este sentido: Vosotros, que os enorgullecéis en Geth, y en Bachim, en vano intentáis reedificar una casa digna de burla: cubríos de polvo, y haced penitencia, porque quisisteis pensar vino detestable, y construir una edificación contraria a Dios. Pero la Iglesia de Cristo, que habita bien, y posee Iglesias en todo el mundo, unida en la unidad del espíritu, y tiene ciudades de la Ley, de los profetas, del Evangelio, y de los apóstoles, no ha salido de sus límites, es decir, de las Sagradas Escrituras; sino que retiene la posesión comenzada; porque habita en Sennan, que Símaco interpretó, como dijimos antes, abundancia; pues tiene al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, con quienes están todas las gracias espirituales y las copias de virtudes. Por eso se le dice: Haya paz en tu fortaleza, y abundancia en tus torres (Sal. CXXI, 7).

Vosotros, sin embargo, que habitáis junto a Sennan, es decir, junto a la Iglesia abundante, oh herejes, oh dogmas contrarios, llorad por vosotros, porque edificasteis una casa para burla, y prensasteis un lagar para orgullo, y no en las Escrituras, sino en la vecindad de las Escrituras construisteis vuestra casa, ya no digna de risa, sino de llanto y lágrimas. Por eso se añade, llorad la casa que está junto a ella, es decir, junto a Sennan. Pero también esto que se añade, recibirá de vosotros la plaga del dolor, se dice a los mismos herejes, a quienes se les ordena que lloren la casa vecina a la Iglesia, porque el enemigo y vengador diablo, a quien deben ser entregados para el castigo, él mismo les infligirá plagas, y les arrancará por la pésima edificación el dolor de las plagas. Que se infligen para que, sintiendo los pecados que cometieron, hagan penitencia, y la morada de los dolores sea para ellos ocasión de bienes. O se indica a la Iglesia el dolor, que lllore a sus hijos de antaño, y ella misma sea causa de salvación para los herejes, si quisieran volver a la madre que llora.

Por lo que se añade: Porque descendieron males del Señor sobre las puertas de Jerusalén: y los marcionitas y maniqueos usan este escrito, porque el Dios de la Ley es creador de males. Digamos que los males descendieron del Señor, como también el Salvador habla en el Evangelio: Veía a Satanás caer del cielo como un rayo (Luc. X, 18). Pues como allí cayó, del cielo lucero, que por la mañana se levantaba (Isai. XIV), y fue quebrantado sobre la tierra, que enviaba [Al. era enviado] a las naciones: así también estos males que cayeron del Señor, y vinieron a las puertas de Jerusalén, antes de caer no eran males; pero porque cayeron del Señor, por eso se hicieron males. Y para que sepamos las insidias de los males: vinieron, dice, a las puertas de Jerusalén, que porque son firmes, y de diamante, están cerradas por los apóstoles, a quienes se les confiaron las llaves de Jerusalén: ante ellas se mueven los enemigos, y a quienes vean salir, los matan. Si hay, pues, alguno de Jerusalén, que habita bien en sus ciudades, no sale cuando habita en abundancia; sino que siempre permanece dentro, ni sale de sus puertas, que quien salga de ellas es muerto: es muerto, sin embargo, por aquellos que se elevan en Geth, y habitan en Bachim, y edifican una casa para burla. De hecho, los males que descendieron del Señor a las puertas de Jerusalén, solo tienen ruido de carros y tumulto de caballos, confuso sonido ante las puertas de Jerusalén, para que con la lanza de su boca a quienes vean vagar, los maten.

Después de esto está escrito: La que habita en Lachis: el príncipe del pecado es hija de Sion. Lachis se interpreta πορεία ἔστιν, es decir, camino. Y estos, pues, que subieron en sus carros, y tuvieron jinetes, y solo ruido y sonido vano, a quienes habló, la que habita bien en sus ciudades: estos en carros y estos en caballos: nosotros, sin embargo, en el nombre del Señor nuestro Dios invocaremos (Sal. XIX, 8); porque movieron sus pies, y fueron llevados por todo viento de doctrina falsa (Ephes. IV), y quisieron salir de la Iglesia, que se interpreta atalaya, es decir, Sion, fueron príncipes del pecado de la hija de Sion. Y en ella, es decir, en los latinos, se encontraron las impiedades de Israel, que separaron al pueblo del reino original de Dios. El príncipe, pues, del pecado es la hija de Sion, que habita en Lachis, es decir, camino pésimo, con paso siempre fluctuante, y la impiedad de Israel está en aquellos que siempre mueven sus pies, y se dice que habitan en Lachis. También se darán emisarios hasta la herencia de Geth: Geth pésima, y lagar de venenos, que se edifica contra la casa de Dios, donde hay casas vanas, que fueron edificadas para burla. Y estas casas vanas, hechas en vano para los reyes de Israel. En cuanto a la historia, para estos reyes cuyos pecados están escritos en los libros de los Reyes y de las Crónicas: en cuanto a la anagogía, para los príncipes de los herejes, y líderes de dogmas perversos; pues para ellos son casas vanas y construidas en vano. Y perseverantes hasta que las posean los herederos que han de ser traídos por el Señor.

Después de esto sigue: La que habita en Lachis, la herencia llegará hasta Odollam. Odolla se interpreta testimonio de extracción, o de su extracción, que en griego se dice más significativamente μαρτυρία ἀντλήσεως αὐτῶν. Leemos en los Proverbios: Si fueres malo, solo extraerás males (Prov. IX, 21). La que, pues, habita en Lachis, es decir, en camino pésimo, llegará hasta el testimonio de su extracción, que extraerá y beberá según la medida de sus obras. O ciertamente debe distinguirse así, para que esto que se dice, la que habita en Lachis, se refiera a lo anterior, y sea el orden y sentido: Traeré herederos para ti de la Iglesia, que habitas en Lachis, porque de la herencia del Señor también tú serás, cuando hayas extraído, y recibido lo que mereces.

Ruego al lector al final del capítulo, que no considere necesidad como voluntad, y que la exposición prolija no la considere verbosidad, y más bien admire que en lugares tan ásperos encuentre algo, que no omita nada de lo que debe decirse.

(Vers. 16.) Ráscate y afeita por los hijos de tus delicias, extiende tu calvicie como el águila, porque han sido llevados cautivos de ti. LXX: Gloria ÷ hija ** de Israel, ráscate y afeita por tus hijos delicados: extiende tu calvicie como el águila, porque han sido llevados cautivos de ti.

Esto que se ha dicho por los Setenta, gloria de la hija de Israel, añadiendo hija, los hebreos lo leen al final del capítulo anterior. Pero a nosotros, que así lo quisisteis, y una vez lo recibimos, nos incumbe la necesidad de interpretar las Escrituras tal como se leen en la Iglesia, y no obstante no omitir la verdad hebrea. Se dice, pues, a Israel por ahora según la letra, para que tomemos las diez tribus en Samaria, o en común todo Israel; porque el pueblo ha sido llevado cautivo, y toda Judea ha sido devastada por los asirios y babilonios, asuman el lamento y lloren a sus hijos. Y como el águila que es reina de las aves en cierto tiempo pierde las plumas, y queda sin plumas: así también Israel deposite toda su gloria, con la que antes estaba rodeado, y llore a los hijos, sometidos al poder de los enemigos.

Lo que el águila suele perder las plumas en cierto tiempo, también está escrito en el Salterio: Se renovará como el águila tu juventud (Sal. CII, 5). Y el Cómico en Heautontimorumenos: Pareció, dice, verdaderamente lo que se suele decir la vejez del águila (Terent. Act. III, sc. 2).

Si, sin embargo, quisiéramos tomar esto mismo también del tiempo presente de la ruina judía, veremos que toda la gracia, con la que una vez floreció ante Dios, ha desaparecido por completo de ellos. ¿Dónde está el profeta? ¿dónde el doctor de la Ley? ¿dónde las ayudas de los ángeles? ¿dónde la victoria inesperada [Al. esperada] de pocos contra muchos? Jerusalén ha sido despojada de su gloria anterior (Isai. XXXIII, 18; I Cor. I), y sus hijos que clamaron contra el Señor, crucifícalo, crucifícalo (Juan XIX, 6), han sido llevados cautivos.

He leído en los Comentarios de alguien que esto que se dice, ráscate y afeita por los hijos de tus delicias, puede tomarse de la condición humana: para que el discurso de Dios se dirija a Adán, o a la Jerusalén celestial. ¡Oh alma humana! ¡oh ciudad madre de los santos, que antes estabas en el paraíso, y disfrutabas de las delicias de diversos árboles, y tenías la cabellera más hermosa: ahora que has sido arrojada de las alturas y llevada a Babilonia, y has venido al lugar de cautiverio, y has perdido tu cabellera, ráete y asume el hábito de penitente, y tú que antes volabas como águila en las alturas, llora a los hijos, llora a tu descendencia, que de ti ha sido llevada cautiva.

(Cap. II.---Vers. 1 seq.) ¡Ay de los que piensan en lo inútil y hacen el mal en sus lechos! Al amanecer lo ejecutan, porque su mano está contra Dios, y codiciaron campos, y los tomaron violentamente, y robaron casas, y calumniaron al hombre y su casa, al hombre y su herencia. Por eso dice el Señor: He aquí que yo pienso mal sobre esta familia, de donde no apartaréis vuestros cuellos, y no andaréis altivos, porque es un tiempo malo. En ese día se tomará sobre vosotros una parábola, y se cantará un cántico con dulzura diciendo: Hemos sido devastados por la desolación: la parte de mi pueblo ha sido cambiada. ¿Cómo se apartará de mí, cuando regrese quien divida nuestras regiones? Por esto no habrá para ti quien lance el cordel de la suerte en la asamblea del Señor. LXX: Se han convertido en los que piensan en trabajos y hacen el mal en sus lechos, y juntos en el día los consumirán: porque no levantaron sus manos a Dios, y deseaban campos, y despojaban a los huérfanos, y oprimían casas, y robaban al hombre y su casa, al hombre y su herencia. Por eso dice el Señor: He aquí que yo pienso mal sobre esta tribu, de los cuales no apartaréis vuestros cuellos, para que no andéis rectos ÷ de repente ** porque es un tiempo malo. En ese día se tomará sobre vosotros una parábola, y se lamentará un lamento en un cántico diciendo: Miseria, nos hemos convertido en miserables, la parte de mi pueblo ha sido medida con un cordel, y no había quien lo impidiera, para que se apartara. Nuestros campos han sido divididos: por esto no habrá para ti quien lance el cordel en la herencia. Lo que al final del capítulo según el hebreo hemos puesto, en la asamblea del Señor, para lo cual los Setenta tradujeron, en la Iglesia del Señor; según la edición Vulgata es el principio del siguiente capítulo. Y por eso en aquel, si el Señor lo ordena, discutiremos. ¡Ay de vosotros, congregación de los judíos, que pensáis en el mal y lo consumáis con obras! Y los lechos dados para descansar los contamináis con lujurias: y todo lo que tramáis de iniquidad en la noche, como si no se pudiera diferir, tan pronto como el día se aclara, os apresuráis a cumplirlo: no considerando que vuestra mano es fuerte contra el Señor. Y para enseñar la Escritura qué era lo que pensaban en la noche y hacían en el día, lo expone en partes. Codiciaron, dice, campos, y los tomaron violentamente: y casas, se sobreentiende, codiciaron, y las que codiciaron, las saquearon: y no solo calumniaban a los hombres y sus casas, sino que también devastaban con boca rabiosa a los descendientes que merecían misericordia por su corta edad. Porque habéis hecho esto, y habéis pensado en lo inútil, yo, el Señor, pensaré mal sobre esta familia: no porque sea malo lo que yo pienso; sino porque a los que sufren les parecerá malo lo que impongo: lo cual os oprimirá de tal manera que no podréis levantar vuestros cuellos, ni andaréis altivos, a saber, aquellos a quienes el tiempo de cautiverio ha oprimido.

Entonces se dirá sobre vosotros una parábola, y vuestras miserias se convertirán en un cántico: Hemos sido devastados por la desolación, parte de mi pueblo: Mi templo, dice, que entre las demás naciones tenía más, se convertirá en ruina. ¿Cómo se apartará de mí el asirio, cuando regrese para distribuir mis campos por sorteo? Por eso, oh familia de Israel, sobre la cual yo pienso mal, no tendrás parte en la herencia de los justos. Pero también de la extrema cautividad esto mismo se puede entender, que todo les sucedió porque crucificaron al Señor: así, sin embargo, que se discuta la edición de los Setenta intérpretes. Porque la gloria de la hija de Israel ha sido rapada, y cortada sobre los hijos que una vez fueron delicadísimos, y si algo de cabello volvió a crecer, fue truncado por otro rasurado y corte. Entonces todos sus consejos se convirtieron en trabajo, y lo que pensaron, con mente y alma dormida, les trajo trabajos: y lo que hicieron, tan pronto como apareció la luz de Cristo y la venganza, se turbaron. Pues cuando leyeron que Israel vencía, cuando Moisés levantaba las manos al Señor, y era vencido por Amalec, cuando Moisés bajaba sus brazos cansados (Éxodo XVII), no levantaron sus manos al Señor, sino que perpetrando todos los crímenes contra los pobres y el pueblo del Señor, deseaban campos, y saqueaban las casas de los huérfanos, y devastaban al hombre junto con su esposa e hijos y su sustancia. Por eso el Señor pensó mal sobre esa

tribu: no de las doce tribus, sino de la tribu manchada de malicia y crímenes, de los cuales no pudieron levantar el cuello, ni andar rectamente. Finalmente, hasta el día presente están sometidos al imperio romano, y son oprimidos por el yugo del cautiverio, y no levantan el cuello. Pero lo que sigue: ἑξαίφνης, es decir, de repente, no se encuentra en los volúmenes hebreos, y sin embargo puede concordar con el lugar presente, de modo que digamos: Por eso dice el Señor: He aquí que yo pienso mal sobre esta tribu de repente, de los cuales no pueden levantar sus cuellos, y por eso no podrán levantar, porque el tiempo es malo. Pues así como hicieron el mal contra el Señor Jesús, así soportarán el mal del cautiverio perpetuo, y llegarán a tal angustia, que todos sus cánticos y salmos se convertirán en lamento. Y el pueblo no sabrá hablar de otra cosa, sino esto: miseria, nos hemos convertido en miserables. Porque la tierra de la promesa que antes había sido dividida por sorteo entre dos tribus y media más allá del Jordán, con Moisés lanzando el cordel, y después por Josué entre las tribus restantes, esta fue dividida entre las naciones por el agrimensor romano: y no hubo quien lo impidiera, sino que más bien, aunque posea todas las naciones, no hay entre los judíos quien posea el antiguo suelo con la libertad de antes. Pero si quisiéramos seguir una tercera exposición, todo lo que dije antes, se dirige al alma humana, que al caer del paraíso vino al cautiverio de este mundo: veremos que todo nuestro pensamiento es trabajo y dolor, y nuestros lechos están llenos de males, y la misma luz que se ve, está mezclada con tinieblas: y lo que tratamos de noche, lo cumplimos en la oscuridad. ¿Quién de nosotros eleva manos santas a Dios sin ira y pensamiento? ¿Quién no desea las villas de este siglo, olvidando las posesiones del paraíso? Verás a otros unir campos a campos, y límites a límites, y al pequeño cuerpo del hombre no le bastan las tierras de las ciudades. Por eso el Señor piensa mal sobre nosotros, de los cuales no podemos levantar nuestros cuellos, ni andar rectos, porque el tiempo es malo, según las palabras de Juan, diciendo: El mundo está puesto en el maligno (I Juan V, 19). Esto mismo significa también aquella hija de Abraham en el Evangelio, noble alma, que Satanás había atado e inclinado, y que no pudo erguirse antes del advenimiento del Señor, ni mirar a su Creador. Por eso el Salvador dice: ¿No debía esta hija de Abraham, a quien Satanás había atado, ser desatada de este vínculo en el día de reposo? (Lucas XIII, 16). Porque toda nuestra gloria ha sido rapada, y hemos extendido nuestro rasurado, o nuestra desnudez (pues así se encuentra en algunos códices) fueron enviados quienes nos lloraran con Jeremías, y tomaran sobre nosotros una parábola, y dijeran con el Apóstol: Lloraré a muchos que han pecado, y no han hecho penitencia (II Cor. XII, 21). ¿Quién no llorará al ver las almas humanas como un variado mobiliario poseído por demonios y diversos vicios? Un demonio lanza el cordel de la fornicación, otro de la avaricia: aquel tiende las líneas del homicidio, este del perjurio: parte del pueblo de Dios está dividida en un cordel: y los campos de santidad y paraíso, cuyo olor deleitaba a Isaac en Jacob su hijo (Gén. XVII), fueron entregados a los asirios, y al rey de Babilonia. Y teniendo las zorras madrigueras, y las aves del cielo nidos, el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza (Mateo VIII). He expuesto según lo que las limitaciones de mi pequeño ingenio permitían, tanto la primera cautividad del pueblo por los asirios y babilonios, como la segunda por los romanos, porque crucificaron al Señor, y la tercera espiritual, en la que cada uno de nosotros cayó con Adán del paraíso, y está en el cautiverio de este mundo, del cual cuando venga el Señor, levantará a los abatidos, y soltará a los encadenados (Salmo CXLIV): y a los cautivos del diablo, los devolverá a su posesión, y se cumplirá la palabra del salmista diciendo: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad (Salmo LXVII, 19). Según esta exposición, también se puede entender una cuarta cautividad de la Iglesia, de la cual cada uno sale por el pecado, y después por Esdras, que se interpreta como ayudante, es decir, por la palabra de Dios, es devuelto a Jerusalén (I Esdras VII). Pero si alguien, meditando en la Ley del Señor día y noche, ha tenido mayor estudio, mayor ingenio, ocio y gracia, y puede decir algo más probable sobre el presente capítulo, no envidia, no desprecio, sino que más bien deseo aprender de él lo que ignoro, y con gusto me profesaré

discípulo, siempre que enseñe y no critique. Pues nada es tan fácil como discutir ociosamente y durmiendo sobre el trabajo y las viglias de otros.

(Vers. 6-8.) No habléis los que habláis, no goteará sobre estos, no los alcanzará la confusión, dice la casa de Jacob. ¿Acaso se ha acortado el espíritu del Señor, o son tales sus pensamientos? ¿No son mis palabras buenas con el que camina rectamente? Y al contrario, mi pueblo se levantó como adversario, de encima de la túnica quitasteis el manto, y a los que pasaban sencillamente, los convertisteis en guerra. LXX: En la Iglesia del Señor no lloréis con lágrimas, ni lloren sobre estos. ¿No rechazará las afrentas, que dice: La casa de Jacob provocó al espíritu del Señor, si estas son sus invenciones? ¿No son sus palabras buenas con él, y caminaron rectamente? Y antes mi pueblo resistió con enemistades contra su paz: desollaron su piel, para quitar la esperanza de la contrición de la guerra. No habléis, dice, los que habláis; por lo cual Aquila interpretó: no goteéis los que gotean, usando un idioma hebreo, llamando goteo al discurso que fluye y llega a los oídos de los oyentes, a semejanza de la lluvia descendente. No os engañéis, oh casa de Jacob, y en mutua consolación decís, Dios es bueno: no vendrá el cautiverio que tememos. ¿Acaso su misericordia abundante, y el espíritu clementísimo, que ha surgido ampliamente para todos, se acortará solo en nosotros y será severo? ¿O son sus pensamientos como los que vemos en los hombres, que guarda la ira antigua, y se enciende de repente en furia para la venganza? A lo cual responde el Señor: Soy bueno, y mis palabras suenan a clemencia: pero para aquellos que caminan por el camino recto. Pero el que, no digo hace tiempo, sino ayer mismo, en mi deshonor adoró ídolos, y en cuanto a él, tomó armas tiránicas contra mí, quien despojó al pueblo infeliz de la ayuda de Dios, y como de encima de la túnica, quitó el manto, quien a los simples creyentes y que se someten a la autoridad de los mayores los volvió contra mí en guerra, ¿acaso no goteará sobre él el Señor, y lo alcanzará la confusión? Pero lo que nosotros hemos traducido: Y al contrario, mi pueblo se levantó como adversario; porque la palabra MUL (), significa tanto contrario como día de ayer, Symmachus lo tradujo más claramente diciendo: un día antes mi pueblo resistió como enemigo, para resolver la cuestión, que Dios no imputaba al pueblo los vicios pasados, sino los recientes, y que parecían cometidos como el día de ayer. Esto según la inteligencia hebrea, pero los Setenta intérpretes en este lugar no concuerdan en absoluto. Pues a lo que se ha dicho antes, en la Iglesia del Señor no lloréis, ¿qué consecuencia hay para inferir, no rechazará las afrentas que dice, la casa de Jacob provocó al espíritu del Señor? Pero también lo que sigue: Si estas son sus invenciones: ¿no son sus palabras buenas con él, y caminaron rectamente? ¿qué tiene que ver con lo posterior que se dice: Y antes mi pueblo resistió con enemistades contra su paz, desollaron su piel, para quitar la esperanza de la contrición de la guerra? Sin embargo, me parece que en un lugar tan difícil, el sentido puede ser expresado o explicado de esta manera, si el lector prudente acepta nuestra razón. Se ordena, pues, a la Iglesia, que no tenga tristeza y preocupación por las cosas del mundo, y las pérdidas que suelen ocurrir en este mundo, y se dice a sus habitantes, oh vosotros, que estáis en la Iglesia del Señor, siempre regocijaos, y cualquier cosa que os suceda por los juicios, alegraos. No digo que no debáis llorar: Bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán (Lucas VI, 21); pero os advierto que no lloréis por las cosas del mundo. Si algún pariente ha muerto, si el fisco ha invadido la propiedad, si el cuerpo ha sido oprimido por la gota u otra enfermedad, no lloréis, no derramáis lágrimas, ni consideréis lo presente, sino lo futuro, y afligíos más porque habitáis más tiempo en este tabernáculo de muerte. Más bien, evitad insultar a los caídos, y pensar que la ruina ajena es vuestra edificación: cada uno se mida por sus propias fuerzas, no por la debilidad del otro. De lo contrario, ¿qué justicia es esta, que las ramas del acebuche insulten a las ramas del olivo, que fueron quebradas por su infidelidad (Rom. XI), y digan, la casa de Jacob provocó al espíritu del Señor a ira, matando profetas, adorando ídolos, crucificando al Hijo de Dios? Quien hace esto, no estará libre de afrenta, y

con la medida con que juzgó, será juzgado de él: y como él habla de los pecados del que cae; así otro insultará a su ruina. Sigue: Si estas son sus invenciones: ¿no son sus palabras buenas con él, y caminaron rectamente? Lo que ofendió, dice, el pueblo judío, para que la plenitud de las naciones entrara, es la dispensación de Dios, para que después, creyendo Israel, todos sean salvos, y todos necesiten la misericordia de Dios. Por eso el Apóstol al llegar a esta cuestión (Rom. XI), proclama que el abismo de la sabiduría y el conocimiento y los juicios de Dios es insondable. Si, por tanto, las invenciones y pensamientos de Dios son, quebrar las ramas anteriores del olivo, e injertar otras del acebuche, no debes insultar, sino temer no caer, ni pensar que en eso agrada a Dios, si lees sus palabras, es decir, las Escrituras. Entonces las Escrituras son útiles al que las lee, si lo que se lee se cumple con obras. Si hablando de las Escrituras puedes decir: ¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí? (II Cor. XIII, 3). Porque el Señor dará palabra a los que evangelizan con gran poder (Salmo LXVII, 12): y sube al monte alto tú, que evangelizas a Sion, y levanta tu voz con fortaleza tú, que evangelizas a Jerusalén (Isaías XL, 9). Y de este modo las palabras de Dios son buenas, si están con él, es decir, si Dios no abandona al predicador, cuyo corazón y labios concuerdan. Pero quien confiesa con los labios, y su corazón está lejos de Dios, y narra sus justicias, y toma su testamento por su boca, y está manchado con las inmundicias de los pecados, con este no son buenas las palabras de Dios. Y no solo del pecador, sino también de aquel que no tiene la gracia espiritual, es decir, de profecía y doctrina, e interpretación, y de los mayores carismas, esto debe decirse, que tal hombre si quiere dar razón de las causas de los elementos, y de su fe, y por qué Dios, que es bueno y Creador de todos, vino solo a los judíos, y en el último siglo llamó a las naciones, no tiene consigo las buenas palabras de Dios; sino que por su propia ignorancia también contamina las palabras de Dios que son buenas, que palabras caminan rectamente y requieren oídos rectos. Y esto es lo que el Señor ordena al pueblo sucesor, y a la Iglesia congregada de las naciones, que no insulte a la generación anterior, y no esté ajena a las afrentas insultando. El mismo que es el verdadero juez y habla sin perturbación, relata cómo en su pasión Israel fue contrario a él, y esto hizo no porque pudiera dañar a su Creador, sino porque contra su paz lo perpetró todo. Por eso también el discurso es a Jerusalén: Si supieras lo que es para tu paz (Lucas XIX, 42). Pero perdida la paz, desollaron su piel, es decir, quitaron de sí la ayuda de Dios con la que eran protegidos, y dejaron como carnes desnudas sin piel y cobertura, para que lo que parecía ser hermoso, cubierto por la misericordia de Dios, esto, al retirarse, mostrara a los que veían su fealdad. Pero al retirarse la paz y la ayuda de Dios, porque resistieron al Señor, de quien se dice: El Señor que destruye las guerras, el Señor es su nombre (Judith XVI, 3), no pudieron resistir a sus adversarios, sino que en toda batalla fueron vencidos, y no hubo quien destruyera las guerras nacientes contra ellos, según ambas personas de los enemigos, ya sea de los hombres que los llevaron cautivos, o de la fortaleza de los adversarios, que diariamente degollaban sus almas blasfemando.

(Vers. 9, 10.) Mujeres de mi pueblo habéis echado de la casa de sus delicias: a sus pequeños les habéis quitado mi alabanza para siempre. Levantaos e id, porque no tenéis aquí descanso, a causa de su inmundicia se corromperá con la peor putrefacción. La interpretación de los Setenta (si es que es de los Setenta; pues Josefo escribe, y los hebreos transmiten, que solo cinco libros de la ley de Moisés fueron traducidos por ellos y entregados al rey Ptolomeo) difiere tanto en este lugar de la verdad hebrea, que no podemos poner los encabezados por igual, ni explicar sus sentencias juntas. Por lo tanto, primero se discutirá nuestra traducción, y después llegaremos a ellos. Todavía es un discurso contra el pueblo de Dios, al que ya había dicho antes: Al contrario, mi pueblo se ha levantado como adversario: de encima de la túnica habéis quitado el manto, lo que no solo han hecho, sino que también han hecho que las

mujeres, es decir, las matronas que antes eran delicadas, vayan cautivas, o bajo la metáfora de las ciudades de Judea, que también en Isaías llama hijas de Sion, porque Sion era la metrópoli. También de sus pequeños habéis quitado, dice, mi alabanza para siempre, no quedó nadie en el pueblo, todos o muertos o cautivos, que cantara mis salmos; pero incluso los pocos que quedaron en Babilonia testifican que no pueden cantar. ¿Cómo, dicen, cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña? Levantaos, pues, e id al cautiverio, porque en esta tierra no tenéis descanso, que por vuestras iniquidades está contaminada, y no podrá ser purificada, a menos que celebre antes un largo sábado. Por eso os digo, no tenéis aquí descanso, porque vuestra tierra está contaminada, y se corromperá con la peor putrefacción, es decir, con el cautiverio, ya sea babilónico o romano, porque ha bebido la sangre del Señor: según ambas verdades históricas se puede entender.

LXX: Los líderes de mi pueblo serán expulsados de sus casas de delicias: por sus malas invenciones han sido echados. Esto puede entenderse tanto en general de los príncipes del pueblo judío, sacerdotes y fariseos, que después de la pasión del Señor fueron expulsados de la ciudad de sus delicias, en la que antes se habían entregado a sus malas invenciones, como específicamente de la estirpe de David, porque tan pronto como nació el Señor, el príncipe de Judá y el líder de sus lomos desaparecieron, viniendo aquel a quien estaba reservado, y apareciendo la expectativa de las naciones. Pero también los príncipes de la Iglesia que abundan en delicias, y entre banquetes y lujurias creen guardar la castidad, el discurso profético describe que serán expulsados de sus espaciosas casas, de sus banquetes lujosos, y de las comidas adquiridas con mucho esfuerzo, y serán expulsados por sus malas intenciones y obras. Y si quieres saber a dónde serán expulsados, lee el Evangelio: A las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes: [¿No es confusión e ignominia predicar a Jesús crucificado, maestro, pobre y hambriento, con cuerpos hartos, y con mejillas rubicundas y rostros hinchados proclamar la doctrina del ayuno? Si estamos en el lugar de los Apóstoles, no solo imitemos su palabra, sino también abracemos su modo de vida y abstinencia.] Es ciertamente santo el ministerio de los Apóstoles, ministrar a las viudas y a los pobres. No es conveniente, dicen, dejar la palabra de Dios para servir a las mesas. Pero ahora no digo pobres, no digo hermanos, y aquellos que no pueden invitar de nuevo (de los cuales, excepto la gracia, nada más espera la mano episcopal) sino soldados y ceñidos con espada, y jueces, con centuriones y tropas de soldados ante sus puertas, el sacerdote de Cristo invita a almorzar. Toda la ciudad clerical corre: buscan ofrecer a los jueces lo que no pueden encontrar en sus palacios, o ciertamente no compran lo encontrado. Y no se debe pensar que esta invectiva se dirige en general a todos; sino que el discurso profético golpea a aquellos que son tales; y les amenaza con castigos y tinieblas eternas: para que aquellos que no se contienen por pudor y vergüenza, al menos hagan penitencia por la amenaza de los castigos.

LXX: Acercaos a los montes eternos. Podemos entender los montes eternos como ángeles o profetas, de los cuales también está escrito en el salmo: Sus fundamentos están en los montes santos. Y en otro lugar: Levanté mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda. Se acerca, pues, a los montes eternos quien no se separa de la compañía de los bienaventurados por sus pecados: como Moisés se acercaba a Dios, no por lugar, sino por mérito. Y a aquellos que se acercaban a los montes eternos, el mismo Señor les hablaba. Dios cercano yo: y no Dios de lejos. Los montes eternos, en distinción de aquellos que no son eternos, es decir, el principio de este siglo de montes tenebrosos: que cuando sean levantados como el cedro del Líbano, pasando con el mundo, su lugar no podrá ser encontrado.

LXX: Levántate y camina, porque no tienes aquí descanso. Se nos ordena no considerar descanso en ninguna cosa del mundo; sino como resucitados de entre los muertos, tender a lo sublime, y caminar tras el Señor nuestro Dios, y decir. Mi alma se adhirió a ti. Que si

descuidamos, y no queremos escuchar al que dice: Levántate, tú que duermes, y levántate, y te iluminará Cristo, dormiremos ciertamente, pero seremos engañados, y no encontraremos descanso porque donde Cristo no ilumina al que resurge, lo que parece ser descanso, es tribulación.

LXX: Por la inmundicia habéis sido consumidos por corrupción. En lugar de lo que nosotros dijimos, habéis sido consumidos, puede según la inteligencia griega sonar en latín, habéis sido corrompidos: para que el orden sea, por la inmundicia habéis sido corrompidos por corrupción. Esto se dice a aquellos que sirviendo a la voluptuosidad del cuerpo y la lujuria, no solo corrompen el alma, sino también su cuerpo, amantes de los placeres más que amantes de Dios. También podría decir, por la inmundicia habéis sido corrompidos, y el sentido incluso sin corrupción habría sido completado. Pero ahora porque dice, habéis sido corrompidos por corrupción, parece haberlo dicho en distinción de la corrupción saludable: según la cual también el Apóstol habla: Y si el hombre exterior nuestro se corrompe; pero el que está dentro se renueva de día en día. Quien siempre lleva la mortificación de Jesús en su cuerpo, y corrompe al hombre exterior, y somete la carne al imperio del alma, este se corrompe ciertamente, pero no por corrupción, porque su corrupción es saludable.

Huisteis, sin que nadie os persiguiera. Se dice a aquellos que por la inmundicia han sido corrompidos por corrupción, que la conciencia de sus pecados incluso sin castigos no se atreve a resistir a los enemigos y luchar.

Por eso también los temerosos en la batalla de los santos, para no aterrorizar las mentes de sus hermanos, son expulsados del campamento, y son repelidos de la línea de batalla, y en las maldiciones del Levítico el discurso se dirige a hombres de este tipo: La voz de una hoja voladora os perseguirá, y huiréis, sin que nadie os persiga. Sé que he leído en los comentarios de alguien, exponiendo el principio del evangelista Juan: Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho, que lo que se dice, nada, lo refirió a la maldad: y nuevamente interpretó esa misma maldad como el diablo, y en este como escalón, entendió que lo que fue hecho sin Cristo, nada, era el diablo. Si, pues, la maldad, o el diablo es nada, y huyeron los que fueron corrompidos por corrupción, sin que nadie, es decir, nada los persiguiera, el diablo los persiguió en la nada. Que si a alguien le parece demasiado forzado, y contra la simplicidad de la Escritura más disertado por artificio de elocuencia que por verdadera interpretación, siga la exposición anterior, o la que él mismo haya encontrado.

(Vers. 11, 12.) Ojalá no fuera un hombre que tiene espíritu, y más bien hablara mentira. Destilaré para ti en vino y en embriaguez, y será sobre quien se destile este pueblo. Congregación congregaré a Jacob, todo tú: en uno reuniré las reliquias de Israel igualmente.

Y en este capítulo los intérpretes de los Setenta difieren mucho del hebreo. Por lo cual primero expongamos según lo que nos ha sido transmitido por los hebreos, y después, si el Señor quiere, trataremos de su traducción. Oh pueblo judío, a quienes las promesas, cuyos testamentos y ley, y de quienes Cristo según la carne, a quienes, con los babilonios o los romanos amenazando, dije: Levantaos e id al cautiverio, porque no tenéis en esta tierra descanso, que por su inmundicia se corromperá con la última devastación, no penséis que hablo queriendo, y predicando gozoso, lo que veo que vendrá: desearía incluso ser anatema por mis hermanos, que son israelitas. Ojalá hablara de mi propio sentido, y no tuviera el Espíritu Santo; y contado más bien entre los falsos profetas, pereciera solo, y no fueran verdaderas las cosas que digo: y tanta multitud creyera en el Hijo de Dios, y no fuera entregada a la cautividad eterna. Pero porque soy profeta, y hablo por el espíritu de Dios, y enviado por la divinidad, predico la verdad: por eso destilaré para ti mi discurso en vino puro

que te embriague, y te haga caer. Pero mientras yo destilo, y canto el mal del cautiverio futuro, este pueblo recibirá mis lluvias, es decir, quiera o no quiera, tiene que soportar lo que digo. Y para que no penséis que soy solo profeta de males, ahora vendrá el cautiverio predicho; pero he aquí que en mí habla la palabra que se hace a todos los profetas. Cuando el profeta calla, no habla, y ahora dice: Vendré, y asumiré un cuerpo humano, naceré de una Virgen. O así: Porque en la humildad de la carne vine, y no me creísteis, vendré en la consumación del mundo en mi majestad con los ángeles y las demás virtudes, y entonces te congregaré todo, Jacob: entonces reuniré en uno las reliquias de Israel, y con el pueblo de las naciones en mi redil igualmente uniré: entonces te cercaré con un muro firmísimo, y será tanta la multitud de creyentes, y puestos entre los apriscos el tumulto del rebaño, que el número de ovejas será vencido por la abundancia. Y para que no pienses, porque dije: Lo pondré como rebaño en el redil, y como ganado en medio de los apriscos, que hablo de ovejas, entiende que estas ovejas son hombres. Pues sigue: Se tumultuarán por la multitud de hombres. El tumulto es la voz de muchos, y el clamor de una multitud excesiva emitido al mismo tiempo: para que no pensemos que es la voz de uno solo: sino común de todos, alabando al buen pastor, que ha allanado todo lo arduo, y lo ha igualado con su pie, él mismo es el guía de su camino, la puerta del paraíso, y dice: Yo soy la puerta: por quien dividiendo el camino y precediendo, y la puerta del camino, pasará por él el rebaño creyente. Pero este pastor es rey y Señor. Por eso sigue. Y pasará su rey delante de ellos, y el Señor a la cabeza de ellos. Que si queremos tomar todo esto del primer advenimiento de él, y todo Jacob y las reliquias de Israel referirlo a los Apóstoles, y esa multitud, que en los Hechos de los Apóstoles fue salvada de los judíos, la exposición del tratador no se apartará de la verdad. Pues estos verdaderamente los congregó el Señor en su redil, y los puso en medio de los apriscos, y les hizo camino delante de ellos, y los introdujo en la Iglesia, y fue su rey delante de ellos, y es su Señor a la cabeza de ellos para siempre.

LXX: El espíritu estableció la mentira. Destiló para ti en vino y embriaguez, y será de la destilación de este pueblo, congregado será Jacob. No, como muchos piensan, el espíritu se detuvo mentiroso; sino el espíritu estableció la mentira, debe leerse, que en griego se dice πνεῦμα ἔστησε ψευδές, es decir, τὸ ψεῦδος. Pues así como en las heridas podridas, para que el cáncer no se extienda y el cuerpo muerto no devore las carnes vivas, los médicos establecen la herida y la queman con cauterio, o con polvo cáustico: así el espíritu de Dios puso fin a la mentira, para que el pueblo de Dios no sea más subvertido por las voces de los falsos profetas. Pero que el espíritu tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento, dondequiera que se pone sin adición, se entienda en buen sentido, lo hemos dicho a menudo, y ahora lo pondremos en parte, para que a nadie le quede duda. El fruto del espíritu, caridad, gozo, paz. Y: Si vivimos por el espíritu, andemos también por el espíritu. Y en otro lugar: Si por el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis. Y en el Antiguo Testamento: Dando aliento al pueblo que está en ella, y espíritu a los que la pisan: sin duda por los precedentes significa la tierra. Pues quienes pisan las obras terrenales, y las someten a sus pies, ciertamente no merecen recibir un espíritu malo, sino bueno. Por el contrario, el espíritu malo siempre se lee con adición, como allí: Cuando el espíritu inmundo sale del hombre. Y en otro lugar: Reprendió al espíritu inmundo. Y: El espíritu malo invadió a Saúl, y otras cosas semejantes. El espíritu, pues, de Dios, que puso fin a la mentira en los falsos profetas, él mismo destilará para ti en vino y embriaguez. Vino que alegra el corazón del hombre; y embriaguez con la que se embriagó Noé, y de la que se dice: Comed, amigos míos, y embriagaos. Esta, sin embargo, toda alegría y embriaguez en comparación con la sabiduría de Dios, que como un río riega la Jerusalén celestial, es una gota, y una gota muy pequeña. No dudarán en decir gota de la sabiduría de Dios en los hombres, quienes hayan leído la piedra cortada del monte sin manos, y lo necio de Dios más sabio que los hombres, y también los

mismos Apóstoles conocieron en parte, y profetizaron en parte. De esta sabiduría, pues, es decir, de la gota del pueblo judío (pues no vino sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel) fue congregado Jacob: todo el que suplanta a Esaú, y arrebató sus primicias y bendición, y antes de nacer aún en el vientre, invade el talón del hermano velludo.

LXX: Con todos recibiendo recibiré las reliquias de Israel. Cuando, dice, haya creído el pueblo de las naciones, y todo el orbe haya sido llevado a mi fe, y haya entrado la plenitud de las naciones, entonces también las reliquias de Israel serán salvadas, no aquellas reliquias, de las cuales está escrito en el libro de los Reyes: Dejé para mí siete mil hombres, que no doblaron la rodilla a Baal. Y de las cuales Pablo: Así también en este tiempo las reliquias según la elección de la gracia han sido salvadas; de las cuales este profeta testifica arriba: Y será de la gota de este pueblo, congregado será Jacob. Sino aquellas reliquias, que después de que todos hayan sido recibidos, al final serán recibidas por Dios. Y de las cuales ahora se dice: Con todos recibiendo recibiré las reliquias de Israel, para que según lo que está escrito: Concluyendo Dios a todos bajo pecado, a todos tenga misericordia.

LXX: Pondré su aversión como ovejas en tribulación. Las reliquias de Israel que después de que todos haya recibido, recibiré: ahora mientras tanto porque se han apartado de mí, las pondré en tribulación, y las angustiaré, y las haré sentarse, sin sacerdote, sin altar, y sin profeta: para que a quien no sintieron por los beneficios, lo entiendan por los castigos.

LXX: Como rebaño en medio de su cubil: se sobreentiende, pondré. No solo, dice, la aversión de ellos, por la cual se apartaron de mí, será puesta como rebaño en tribulación; sino que después de que hayan sido tribulados, y hayan cumplido el tiempo de angustia, serán puestos en reposo, es decir, en su cubil. Y entonces de los hombres emigrarán y trascenderán el estado de la condición humana, y cumplirán lo que sigue: Saltarán de entre los hombres. No solo ellos saltarán y se irán; sino todos a quienes se hace la palabra de Dios, y quienes dejando los vicios humanos, imitan la conversación de la divinidad, y escuchan: Yo dije, dioses sois, y todos hijos del Altísimo, saltarán de entre los hombres, y como si fueran llevados al cielo.

LXX: Sube por la división. El lugar presente tiene casi como propio el inicio y la apóstrofe del discurso profético, hacia aquel que desea ser salvado, a quien se le ordena ascender por la división. Esto se hará más evidente si tomamos un ejemplo del Génesis, donde nacen gemelos de Tamar, con quien Judá, el patriarca, se unió: "Sucedió", dice, "cuando daba a luz, y tenía gemelos en su vientre: en el mismo parto uno sacó la mano, y la partera tomó y ató en su mano un hilo escarlata, diciendo: Este saldrá primero. Pero cuando retiró la mano, inmediatamente salió su hermano, y ella dijo: ¿Por qué se ha dividido la pared por ti? y llamó su nombre Fares, que se interpreta como división. Y después de esto salió su hermano, en cuya mano estaba el hilo escarlata, y llamó su nombre Zara, que en nuestra lengua se dice semilla, o naciente" (Gén. XXXVIII, 27, ss.). Así, el pueblo mayor, en el que estaba el origen y la semilla antes de que la Iglesia naciera de los gentiles, mostró su mano en las obras, y luego la retiró al escuchar por Isaías: "Vuestras manos están llenas de sangre" (Isa. I, 15). Y cuando él retiró la mano, y cesó de las obras de justicia, su hermano, el pueblo de los gentiles, salió. Y por él se dividió la cerca, y el Señor y Salvador destruyó el muro que estaba en medio, y la pared que separaba a los dos pueblos: e hizo un solo rebaño, y creó a los dos en sí mismo en un nuevo hombre haciendo la paz. Por eso, la partera hablando proféticamente dice al pueblo más joven, Fares: "¿Por qué se ha dividido la pared por ti?" Si entendisteis el ejemplo del Génesis, sube tú que deseas ser salvado, no por el pueblo antiguo que tiene la mano retraída, sino por el nuevo, en el que Cristo es el camino, en el que Jesús es la puerta,

por quien avanzamos hacia el Padre, pues él mismo deshizo el muro intermedio y la pared, es decir, la oscuridad de los antiguos profetas, y abrió todos los sacramentos de la antigua Ley, y disipada la dificultad de avanzar, reveló el camino a los ojos de todos: para que quien quiera avanzar, no se vea obstaculizado por ningún impedimento, ni se aterrorice por la oscuridad de la penumbra.

LXX: Delante de ellos dividieron y pasaron por la puerta, y salieron por ella. Salió su rey delante de ellos: el Señor, sin embargo, es su príncipe. Por eso te dije: Sube por la división, tú que resucitaste con Cristo, y buscas las cosas que están arriba: porque los Ángeles, o el Padre y el Hijo, y el Espíritu Santo dividieron lo que parecía obstaculizar, e hicieron un camino para los que desean entrar, y porque al abrirse el camino invadieron el camino, no solo entraron por la puerta, sino que también la atravesaron. Entraron, porque también su rey entró por la misma puerta, y les abrió el camino, para que caminaran sin ninguna dificultad. Pues él mismo es el Señor, y el rey y pastor, y es el camino y la puerta, y dice: "Yo soy la puerta: por mí quien entre, será salvo: entrará, y saldrá, y encontrará pastos" (Juan X, 9). De esta puerta también se profetiza en otro lugar: "Esta es la puerta del Señor, los justos entrarán por ella" (Sal. CXXVII, 20). Pero quien haya entrado, no debe permanecer en el estado en que entró; sino que debe salir a los pastos, para que al entrar sea el comienzo, al salir y encontrar pastos, la perfección de las virtudes. Quien entra, aún está en el mundo, y entiende al Creador a partir de las criaturas. Pero quien sale, trasciende toda criatura, y habiendo considerado como nada todas las cosas que pueden verse, encontrará pastos sobre los cielos, y se alimentará de la palabra de Dios, y dirá: "El Señor es mi pastor, nada me faltará" (Sal. XXI, 1). Esto para que entendamos el testimonio evangélico: "Entrará y saldrá, y encontrará pastos"; y lo que ahora se dice por el Profeta: "Y pasaron por la puerta, y salieron por ella": pero este paso y salida no puede atribuirse sin Cristo nuestro rey, quien es rey y Señor. Pues inmediatamente se conecta: "El Señor, sin embargo, será el príncipe."

(Cap. III.---Vers. 1 ss.) Y dije: Escuchad, príncipes de Jacob, y jefes de la casa de Israel. ¿Acaso no es vuestro saber el juicio, vosotros que odiáis el bien y amáis el mal, que violentamente quitáis sus pieles de sobre ellos, y su carne de sobre sus huesos, que comieron la carne de mi pueblo, y desollaron su piel de sobre ellos, y quebraron sus huesos, y los cortaron como en una olla, y como carne en medio de la olla? Entonces clamarán al Señor, y no los escuchará, y esconderá su rostro de ellos en ese tiempo, como han obrado perversamente en sus invenciones. Manifiestamente es un discurso contra los príncipes de Israel, y bajo la metáfora de leones o ladrones se describe su crueldad: que despojaron a los pobres, y los mataron, y trituraron su carne y sus huesos, y como en medio de la olla, así afligieron al pueblo miserable en la ciudad de Jerusalén, y por estas cosas se les impondrá después el castigo en el día de la cautividad, ya sea por Nabucodonosor, o por Vespasiano y Tito. Y clamarán al Señor, y no los escuchará, y esconderá su rostro de ellos, porque han obrado perversamente en sus crímenes.

LXX: Y dirá: Escuchad esto, príncipes de la casa de Jacob, y los restantes de la casa de Israel. La sentencia se adhiere a lo anterior. Pues antes había dicho: "El Señor, sin embargo, será el príncipe", y dirá: "Escuchad, príncipes de la casa de Jacob, y los restantes de la casa de Israel." Por "los restantes de la casa de Israel", excepto los Setenta, todos tradujeron "jefes de la casa de Israel". El Señor, por tanto, que hizo el camino para su pueblo, y salió delante de ellos, y él mismo es el príncipe del camino del pueblo más sencillo, al que llama rebaño: a aquellos que no quieren seguirlo como guía, sino que se enorgullecen, y como jueces del pueblo no siguen sus pasos, les amenaza y dice: "Escuchad, príncipes de la casa de Jacob, y jefes de la casa de Israel." ¿Qué es lo que los obliga a escuchar? No es vuestro saber el juicio, dice, que odiáis el bien, y buscáis el mal: es decir, no merecéis conocer el juicio de Dios que

es un abismo profundo: y la mente perversa no encuentra la profundidad de su justicia. ¿O cómo podéis conocer el juicio de Dios, que odiáis el bien, y buscáis el mal, que detestáis a los santos pobres, y honráis a los ricos pecadores? Consideremos al mismo tiempo el significado de las palabras: no amar el bien es pecado: ¿cuánto más lo es odiarlo? y al contrario, si no huir del mal es un vicio: ¿cuánta impiedad es buscarlo diligentemente? Después de esto se describe la crueldad de los jueces, y la brutalidad hacia los sujetos.

LXX: Despojando sus pieles de ellos, y su carne de sus huesos. Como devoraron la carne de mi pueblo, y desollaron sus pieles de ellos, y quebraron sus huesos, y los cortaron como carne en la olla, y como carne en la olla: así clamarán al Señor, y no los escuchará, y apartará su rostro de ellos en ese tiempo, porque han obrado muy mal en sus invenciones. No les bastó despojar al rebaño sujeto; sino que también afligieron sus cuerpos con duro dominio, y quebraron sus huesos, para romper y triturar todo lo que había de fuerte en ellos. Así como ellos despojaron a mi pueblo, y lo desnudaron de toda belleza y decoro de la piel, y echaron la carne y los huesos en la olla hirviente, que encendió el rey asirio, entregando mi rebaño al diablo, y a sus ángeles: así también ellos, cuando venga el día de la venganza, clamarán al Señor, y no serán escuchados, porque ni ellos mismos escucharon a los que rogaban: y extenderán sus manos al Señor, y Dios apartará su rostro de ellos, porque también ellos apartaron su rostro de los que suplicaban. Y todo esto lo sufrirán, porque han obrado muy mal en sus estudios y placeres: y no fueron reyes, sino tiranos: ni superiores, sino leones: ni maestros de discípulos, sino lobos de ovejas, y se saciaron de carne, y se engrosaron, y como la más pingüe víctima de sacrificio, y preparados para los castigos del Señor. Hasta aquí contra los malos príncipes: el siguiente discurso es contra los falsos profetas y los peores maestros, que engañan al pueblo de Dios con adulaciones, prometiendo el conocimiento de las Escrituras.

(Vers. 5 ss.) Así dice el Señor sobre los profetas, que engañan a mi pueblo: que muerden con sus dientes, y predicán paz: y si alguien no pone algo en su boca, santifican sobre él la guerra: por eso la noche será para vosotros en lugar de visión, y las tinieblas para vosotros en lugar de adivinación, y el sol se pondrá sobre los profetas, y se oscurecerá sobre ellos el día, y se confundirán los que ven visiones: y se avergonzarán los adivinos, y cubrirán sus rostros todos, porque no hay respuesta de Dios. Sin embargo, yo estoy lleno de fortaleza del espíritu del Señor, de juicio y de virtud, para anunciar a Jacob su crimen, y a Israel su pecado. LXX: Así dice el Señor sobre los profetas, que engañan a mi pueblo, y muerden con sus dientes, y predicán sobre él paz, y no se les ha dado en su boca, santificaron sobre él la guerra: por eso la noche será para vosotros en lugar de visión, y las tinieblas serán para vosotros de adivinación, y el sol se pondrá sobre los profetas, y se oscurecerá sobre ellos el día, y se confundirán los que ven sueños, y se burlarán de los adivinos, y hablarán contra ellos todos estos, porque no hay quien los escuche, a menos que yo haya llenado de fortaleza en el espíritu del Señor, y de juicio y de poder, para anunciar a Jacob sus impiedades, y a Israel sus pecados. Leemos que hubo falsos profetas en Israel, que por dones predicaban paz, que no les había sido dada, y si alguien no les daba regalos, aunque fuera santo, anunciaban que la ira de Dios vendría sobre él. Por eso ahora se les dice que hablan mentiras, y su discurso no es profecía, sino adivinación falsa: ni tienen luz, sino tinieblas y error. Y cuando se vuelvan en contra las cosas que prometieron, entonces se cubrirán de confusión, porque no había, dice, respuesta de Dios.

Ya ni los demonios recibirán poder para engañarlos con su fraude. Los oráculos estarán mudos, el espíritu inmundo callará, y no se atreverá a burlarse. Esto sobre los falsos profetas. De nuevo se introduce el discurso del profeta hablando de sí mismo, mientras aquellos profetizan falsamente, y cubiertos de confusión e ignominia, yo lo que hablo, lo hablo

instruido por el Espíritu Santo, y hablo el juicio del Señor y la virtud. Y mientras los falsos profetas muerden con los dientes, y predicán paz, yo sin ningún temor anuncio a Jacob su crimen, y a Israel su pecado; porque por Dios, o veneraron ídolos, o crucificaron al Hijo de Dios. Si, sin embargo, según los Setenta, lo que se dice, queremos entenderlo sobre los herejes, que verdaderamente son falsos profetas, y dicen, así dice el Señor, y el Señor no los envió, no erraremos. Pues ellos engañan al pueblo que una vez fue de Dios con error, y lo hacen para devorarlos, ya sea simplemente al recibir regalos, o mística en la matanza de sus almas, y les prometen paz y reinos celestiales, y dicen, no es necesario que vivas con continencia y santidad, ten la fe que enseñamos, y obtendrás todas las promesas del Señor: lo que al hablar, más bien provocan la ira del Señor contra ellos, y santifican la guerra sobre ellos. Por eso, oh herejes, que pensáis tener profecía, e imitáis a la Iglesia de Dios, donde creéis que hay visión, allí habrá noche: y donde os jactáis de profecía, allí hablará el espíritu inmundo. Pues el sol de justicia se pondrá sobre tales profetas, y verán sus tinieblas y se confundirán. Y cuando se compruebe que son más adivinos que profetas, se burlarán de sus sueños, y los pueblos que antes fueron engañados por ellos, hablarán contra ellos. Entonces también los mismos maestros harán penitencia, y nadie los escuchará, a menos que yo a quien ofendieron. Y porque soy clemente, y no quiero la muerte del pecador (Ezequiel XVIII), sino que deseo que se convierta y viva, cuando los escuche, les daré la virtud de mi espíritu, y los llenaré de mi juicio y fortaleza, para que quienes antes engañaban al pueblo con halagos, después al anunciar la verdad los aterroricen, y los devuelvan al camino recto, y quienes fueron causa de error, comiencen a sanar las heridas que infligieron, y sean ocasión de salud. Observa en el presente lugar, que alguien puede enseñar después del pecado, si sin embargo ha lavado los vicios anteriores con digna penitencia. Por eso también David después del adulterio y homicidio habla en el salmo: "Rocíame con hisopo y seré limpio: lávame, y seré más blanco que la nieve." Y no se contenta solo con su pureza, sino que añade: "Devuélveme la alegría de tu salvación, y con espíritu principal afirmame. Y cuando hayas hecho esto. Enseñaré", dice, "a los inicuos tus caminos, y los impíos se convertirán a ti" (Sal. X).

(Vers. 9 seq) Escuchad esto, príncipes de la casa de Jacob, y jueces de la casa de Israel: que abomináis el juicio, y pervertís todo lo recto, que edificáis Sion con sangre, y Jerusalén con iniquidad. Sus príncipes juzgaban por regalos, y sus sacerdotes enseñaban por salario, y sus profetas adivinaban por dinero, y se apoyaban en el Señor diciendo: ¿No está el Señor en medio de nosotros? No vendrán sobre nosotros males: por esto, por vuestra causa, Sion será arada como un campo, y Jerusalén será como un montón de piedras, y el monte del templo en las alturas de los bosques. LXX: Escuchad esto, líderes de la casa de Jacob y los restantes de la casa de Israel, que abomináis el juicio, y pervertís todo lo recto: que edificáis Sion con sangre, y Jerusalén con iniquidades. Sus líderes juzgaban por regalos, y sus sacerdotes respondían por salario, y sus profetas adivinaban por dinero, y se apoyaban en el Señor diciendo: ¿No está el Señor entre nosotros? No vendrán sobre nosotros males. Por eso, por vuestra causa, Sion será arada como un campo, y Jerusalén será como la custodia de un huerto, y el monte del Señor en un bosque. Nadie duda que Jerusalén fue destruida por los crímenes que se describen en este capítulo, y porque antes había habido una amenaza contra los jueces y los falsos profetas: Escuchad, príncipes de la casa de Jacob, y líderes de la casa de Israel. Y después de unos pocos versículos: Así dice el Señor sobre los profetas, que engañan a mi pueblo, y lo demás: ahora, en general, tanto contra los jueces, como contra los falsos profetas, y contra los sacerdotes, y contra aquellos que se jactaban de tener conocimiento de Dios, se teje el discurso profético, y los acusa de que por sus crímenes Sion será arada como un campo, y Jerusalén caerá como un montón de piedras, y el monte del templo se convertirá en las alturas de los bosques. Vemos cumplido lo que se dijo: la palabra

de la boca la comprueban los ojos: el testigo de la profecía es la vista. Este mismo testimonio se escribe en el volumen de Jeremías (Jerem. XXVI), donde también se menciona al profeta Miqueas, y se predice la devastación de Jerusalén. Los jueces y príncipes de la casa de Jacob, y de la casa de Israel, es decir, de las dos y diez tribus, no solo no hacían juicio; sino que lo abominaban, y pervertían todo lo recto, para que al menos quedara una pequeña justicia en la ciudad. Que edificaron Sion con sangre, y Jerusalén con iniquidad, con robos a los pobres, asesinato de inocentes, matanza de santos. Que si alguno de los príncipes parecía juzgar lo que era recto, vendía más bien la sentencia, y juzgaba por regalos. Los sacerdotes tampoco enseñaban al pueblo, sino por precio; y cuando se dice a los santos: Gratis recibisteis, dad gratis (Matt. X, 8), ellos, al dar la respuesta de Dios por dinero recibido, vendían la gracia del Señor por avara ganancia. Y después de estos males, sin entender su pecado, como si con sus crímenes redimieran el amor de Dios, los jueces, sacerdotes y profetas se recordaban a sí mismos ser de Dios, y según su corazón impenitente decían: El Señor está en medio de nosotros, y no vendrán sobre nosotros males. Porque no hicieron penitencia, y todo el pueblo siguió los vicios de los príncipes, sacerdotes y profetas, Sion será arada como un campo, y Jerusalén será como un montón de piedras, y el templo que antes brillaba con oro y plata, se derrumbará en ruinas finales. Esto contra el pueblo de los judíos, cuya verdadera cautividad y ruinas extremas, y por los crímenes anteriores, pero principalmente por la efusión de la sangre del Señor, fueron infligidas. Por lo cual Sion fue arada como un campo, y Jerusalén convertida en montones de piedras, y aquel templo una vez noble y sublime, reducido a cenizas extremas. Si alguien, sin embargo, transfiere lo que se dice de Jerusalén y de Sion a la Iglesia (pues ella es la casa de Jacob, y la casa de Israel, según lo que se escribe en Isaías: Jacob mi siervo, lo sostendré (Isai. XLI, 8). Y aquello a Timoteo: Para que sepas cómo debes comportarte en la casa de Dios, que es la Iglesia (I Tim. III, 15) verá claramente que los príncipes de la casa de Jacob, y los restantes de la casa de Israel (o, como está mejor escrito en hebreo) Jueces de la casa de Israel, no son otros que obispos, presbíteros y diáconos, que a menos que guarden su corazón con toda vigilancia, abominan el juicio y pervierten todo lo recto: porque cuando juzgan según la persona, y en la discusión del asunto no vale el mérito de la causa, sino el poder de los acusados, ¿no abominan el juicio, y pervierten todo lo recto? También puede entenderse de otra manera, que los príncipes de la casa de Jacob, y los jueces de la casa de Israel abominan y detestan el juicio, declinando la sentencia del juez Dios, y pervirtiendo toda regla de las Escrituras con malas interpretaciones, estos edifican Sion con sangre: y Jerusalén con iniquidad. Porque cuando la Escritura manda: No introduces al impío en el tabernáculo de los justos (Psal. V), y el Señor abomina al hombre sanguinario y engañoso: estos ordenan clérigos a cualquiera de sus seguidores, y exponiendo su vida como escándalo para los pueblos, son culpables de la infidelidad de aquellos que se escandalizan (Matt. XVIII). Por lo cual se dice que es mejor para el hombre que se le ate una piedra de molino al cuello, y sea arrojado al mar, que escandalizar a uno de los pequeños de la Iglesia. Y aunque el profeta Malaquías llama ángeles a los sacerdotes (Malac. II), y su boca es el oráculo del Señor (Deut. XIX, 19), sin la aceptación de regalos no juzgan, leyendo: Los regalos ciegan los ojos incluso de los sabios, y como un freno en la boca desvían la reprensión (Eccles. XX); y cuando se dice a los apóstoles: No poseáis oro, ni plata, ni cobre en vuestros cinturones (Matt. X, 9): y se les quita de las manos del hombre santo incluso el dinero ganado con trabajo, venden las palabras del Señor, y comercian con las palomas en el templo. Pero también los profetas de Jerusalén adivinaban por dinero, sin saber que la profecía es una cosa, y la adivinación otra: porque nunca en las Escrituras se toma la adivinación en buen sentido. No habrá, dice, augurio en Jacob, ni adivinación en Israel (Num. XXIII, 23). Se creían ser profetas, pero porque recibían dinero, su profecía se convirtió en adivinación. El apóstol Pedro: Plata, dice, y oro no tengo (Act. III, 6): podría haber vendido a Simón el mago lo que pedía; más bien podría haber simulado vender (pues el Espíritu Santo

ni se vende ni se compra), pero condenó el dinero ofrecido junto con el oferente (Ibid. VIII). Ahora ves, los profetas de Jerusalén no tienen profecía en su boca; y descansan en el Señor, y dicen: No vendrán sobre nosotros males: por cuya causa el lugar de vigilancia de Dios es dividido por el arado enemigo; y el lugar que una vez fue de paz, se llena de ruinas, y el templo del Señor se convierte en zarzas y espinas, y es morada de bestias. No debe sorprender a nadie lo que leemos en el primer libro de los Reyes, cuando Saúl, queriendo ir a Samuel, dijo a su siervo que no podía ir a él, porque no tenía el precio que ofrecer por la profecía, y el siervo respondió: He aquí, se ha encontrado en mi mano la cuarta parte de un siclo de plata, y la daré al hombre de Dios, y nos anunciará nuestro camino (I Reg. IX): no está escrito que Samuel lo haya aceptado, o que se lo hayan ofrecido: más bien son alimentados por el profeta, e invitados a la comida. Pero supongamos que lo aceptó, deben considerarse más como ofrendas del tabernáculo, que como regalos de profecía. Un siclo tiene veinte óbolos, y la cuarta parte de un siclo son cinco óbolos. Y nuestros sacerdotes, si quieren vender la profecía, y poner palomas en sus cátedras, que el Señor derribó con un látigo (Joan. II), que acepten cinco óbolos, no el precio de las villas. Esto mismo suena en el tercer libro de los Reyes, cuando la esposa de Jeroboam, al enfermar su hijo, va a Ahías, el hombre de Dios, llevándole panes y uvas pasas, y un pequeño vaso de miel (III Reg. XIV). Se dice lo que ella llevó consigo, y sin embargo no se escribe que el profeta lo haya aceptado: ya que la reprendió, y predijo el luto venidero: aunque aquellos que solían ir a los adivinos (porque había muchos adivinos y hechiceros en Israel) pudieron haber pensado por mala costumbre lo mismo de los profetas, y haber querido ofrecer a los hombres santos lo que solían ofrecer a los adivinos, y solo la Escritura narra lo que ellos quisieron, sin embargo, no se dice que se atrevieron a ofrecer, o que los profetas aceptaron. El apóstol Pablo: Los que sirven al altar, dice, participan del altar, y viven (I Cor. IX, 13). Se te permite, oh sacerdote, vivir del altar, no para lujuriar. No se le cierra la boca al buey que trilla (Ibid., 9). Sabemos esto, y sin embargo, el Apóstol no abusa de esta licencia: y teniendo sustento y vestido, está contento: trabaja noche y día con sus manos, para no ser gravoso a nadie. Y jura en las Epístolas, que se ha comportado santamente, y sin avaricia en el Evangelio de Cristo, y no solo de sí mismo, sino también de sus discípulos afirma lo mismo: que no ha enviado a nadie que pida algo a las Iglesias, o quiera recibir (I Thess. III). Si se alegra en algunas Epístolas, y llama a los dones de los que envían la benevolencia de Dios, no acumula para sí, sino para los pobres santos, que estaban en Jerusalén. Los santos pobres, estos eran en Jerusalén, que primero creyeron en Cristo de entre los judíos, y rechazados por sus padres y parientes, y sus afines, tanto las posesiones, como toda la propiedad, devastadas por los sacerdotes del templo, y el pueblo, las habían perdido. Si hay tales pobres, que reciban. Pero si bajo la apariencia de los pobres se enriquecen unas pocas casas, y en vidrio y vasija de barro comemos oro, o cambiamos con tesoros y vestiduras, o el pobre hábito no busca las riquezas de los senadores. ¿De qué sirve no tener un pañuelo alrededor del cuello para secar el sudor? ¿De qué sirve ser *μυοχιτώνας*, y mostrar pobreza en el hábito, cuando nuestra bolsa suspira por toda la multitud de pobres? Por esto, por nuestra causa, que somos tales, que edificamos Sion con sangre, y Jerusalén con iniquidad, que juzgamos por regalos, que respondemos por salarios, que adivinamos por dinero, y sobre esto, reivindicando para nosotros una santidad fingida, decimos: No vendrán sobre nosotros males. Escuchemos la sentencia del Señor que sigue: Sion y Jerusalén, y el monte del templo, el lugar de vigilancia, y la visión de paz, y el templo de Cristo en la consumación, y al final, cuando el amor se enfríe, y la fe sea rara, será arada como un campo, y reducida a montones, y será en las alturas de los bosques o en la custodia de los huertos: para que donde antes había amplias casas, y sin número montones de frutos, allí apenas haya una pequeña cabaña conservando la apariencia de alimentos, sin tener la restauración del alma.

(Cap. IV.---Vers. 1 seq.) Y sucederá en los últimos días que el monte de la casa del Señor, preparado en la cima de los montes, y elevado sobre las colinas, y fluirán hacia él los pueblos, y se apresurarán muchas naciones, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas, porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén, y juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones poderosas hasta lo lejano: y convertirán sus espadas en arados, y sus lanzas en hoces, no alzará nación contra nación la espada: y no aprenderán más a guerrear, y se sentará cada uno bajo su vid, y bajo su higuera, y no habrá quien los atemorice; porque la boca del Señor de los ejércitos ha hablado; porque todos los pueblos caminarán, cada uno en el nombre de su dios: nosotros, sin embargo, caminaremos en el nombre del Señor nuestro Dios por siempre y para siempre. En aquel día, dice el Señor, reuniré a la coja, y recogeré a la que había echado, y a la que había afligido: y pondré a la coja en un resto, y a la que había trabajado en una nación fuerte, y el Señor reinará sobre ellos en el monte Sion, desde ahora y hasta siempre. LXX: Y sucederá en los últimos días que el monte del Señor será manifiesto, preparado sobre la cima de los montes: y será elevado sobre las colinas, y se apresurarán hacia él los pueblos, y irán muchas naciones y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob, y nos mostrará su camino, y caminaremos por sus sendas, porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén, y juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones poderosas hasta lo lejano, y convertirán sus espadas en arados, y sus lanzas en hoces: y no alzará nación contra nación la espada, y no aprenderán más a guerrear, y descansará cada uno bajo su vid, y cada uno bajo su higuera, y no habrá quien los atemorice, porque la boca del Señor omnipotente ha hablado esto, porque todos los pueblos irán cada uno por su camino. Nosotros, sin embargo, caminaremos en el nombre del Señor nuestro Dios por siempre y para siempre. En aquel día, dice el Señor, reuniré a la que está quebrantada, y a la que había sido echada, acogeré, y a los que había rechazado: y pondré a la quebrantada en un resto, y a la rechazada en una nación fuerte, y el Señor reinará sobre ellos en el monte Sion, desde ahora y hasta la eternidad. Porque los príncipes de los judíos aborrecieron el juicio, y pervirtieron todo lo recto, y edificaron Sion con sangre, y Jerusalén con iniquidad: y no solo hicieron esto, sino que también juzgaron por sobornos, y los sacerdotes de Jerusalén respondieron por salario, y sus profetas adivinaron por dinero, y por ellos, Sion fue arada como un campo, y Jerusalén cayó en montones de piedras, y el monte del templo de Dios, desolado en las alturas de los bosques, por eso ahora, con su casa abandonada y desierta, cuando el Hijo de Dios saliendo del templo dijo: Levantaos, vámonos de aquí (Juan XIV, 31): Y: Vuestra casa será dejada desierta (Lucas XIII, 15). También los ángeles, según refiere Josefo, dijeron: Pasemos de nuestras sedes, por el monte Sion el monte del Señor ha sido elevado, del cual se dice al príncipe de Tiro. Y fuiste herido en el monte del Señor (Ezequiel XXVIII). Este monte del Señor fue mostrado en los últimos días, cuando se acercó el reino de los cielos. En efecto, en la consumación de los siglos en la reprobación de los pecados, por su sacrificio apareció nuestro Salvador, y a la undécima hora vino a contratar a los obreros. Y completada su pasión, Juan habla: Es la última hora (I Juan III, 18): pues en seis mil años, si quinientos años se dividen por las horas de cada día, la última hora se dirá consecuentemente el tiempo de la fe de las naciones. Y será manifiesto, dice, el monte del Señor preparado sobre las cimas de los montes. Será manifiesto, quien antes había estado oculto, y preparado no solo en los montes, sino sobre las cimas de los montes, Moisés y los Profetas, que profetizaron sobre él. Pues aunque escribieron todas las cosas santas; sin embargo, en comparación con la profecía, en la que profetizaron la venida del Salvador, las demás son humildes, y de ninguna manera alcanzan hasta la cima de los montes. Y será exaltado, dice, sobre las colinas (Filipenses II, 8, 9). Apareció como hombre, y tomó forma de siervo: se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz; pero el Padre lo exaltó, y le dio un

nombre que es sobre todo nombre, y en comparación con su vida toda la vida de los hombres se llama campos y valles. A este monte, pues, que está preparado sobre las cimas de los montes, y exaltado sobre las colinas, se apresurarán, o, como se dice en hebreo, fluirán todos los pueblos, es decir, se congregarán innumerables multitudes como ríos. Se apresurarán los pueblos (Hechos II), cuando en él crean juntos los partos y medos, y elamitas, y los que habitan Mesopotamia, Judea, y Capadocia, Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las partes de Libia, que está junto a Cirene, y los romanos extranjeros, judíos y prosélitos, cretenses y árabes. ¿No os parece que se apresuraron al monte, a quienes se les dijo: Seguidme, y os haré pescadores de hombres (Mateo IV, 19, 20), y de inmediato siguieron al Salvador? Y nuevamente la Escritura refiere de Jacobo y Juan, que dejando la nave y al padre y las olas del mundo, se apresuraron al monte. Y Mateo el publicano al oír: Sígueme (Mateo IX), corrió de inmediato. Pero también aquello en el Evangelio, cuando le siguieron grandes multitudes de Galilea, y Decápolis y Jerusalén, y Judea y más allá del Jordán, y los curó, prueba a los pueblos apresurados. Y mientras los pueblos se apresuran, también muchas naciones irán al monte: es decir, todo el mundo creyendo en él, y dirán mutuamente incitándose al estandarte del patíbulo: Venid, subamos al monte del Señor. Se necesita ascensión, para que alguien pueda llegar a Cristo, y a la casa del Dios de Jacob, la Iglesia, que es la casa de Dios, columna y fundamento de la verdad. Además, que Jacob significa al Salvador, ya lo dijimos antes: Jacob mi siervo, lo acogeré (Isaías II, 3). Pero también dirán esto a aquellos a quienes habían hablado: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob; y añadirán: Para que nos muestre su camino, que puedes entender en los ángeles que presiden las iglesias, o en las Escrituras santas, que muestran el camino del Señor, y a aquel que dice: Yo soy el camino (Juan XIV). Y caminemos por sus sendas, en los Apóstoles, por quienes hemos creído en Cristo. Porque de Sion salió la ley espiritual, y la palabra de Dios pasó a las naciones desde Jerusalén, que juzgará entre muchos pueblos (Juan V, 22): Porque el Padre dio todo juicio al Hijo. Y corregirá a muchas naciones hasta lo lejano (Salmo XCIII, 11): Porque el Señor atrapa a los sabios en su astucia, y conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos. Juzga entre los pueblos quiénes son dignos de salvación, y quiénes indignos, y en su venida todo el afán de guerrear se convertirá en paz (Isaías II, 4). Las espadas se convertirán en arados, las lanzas se forjarán en hoces, la nación dejará de guerrear contra la nación. Nadie aprenderá a luchar, eliminada la necesidad de luchar. Y habrá tal descanso, que no solo en las ciudades, sino también en las aldeas y campos, cada uno estará seguro: y esto sucederá, porque la boca del Señor ha hablado. Y primero, según la letra, antes de que naciera para nosotros el niño, cuyo principado está sobre su hombro, todo el mundo estaba lleno de sangre, los pueblos contra los pueblos, los reyes contra los reyes, las naciones luchaban contra las naciones. De hecho, incluso la misma República Romana estaba desgarrada por guerras civiles, Cinna y Octavio y Carbone luchando: Sila y Mario, Antonio y Catilina, César y Cneo Pompeyo, Augusto y Bruto, y el mismo Augusto y Antonio: en cuyas batallas todos los reinos derramaron sangre. Pero después de que Roma obtuvo el imperio de Cristo, el mundo se hizo accesible al viaje de los Apóstoles, y se abrieron las puertas de las ciudades para ellos, y para la predicación de un solo Dios se estableció un imperio singular. También esto que se dice: Convertirán sus espadas en arados, y sus lanzas en hoces (Joel III, 10), puede tomarse tropológicamente: para que digamos que en la fe de Cristo, la ira y los insultos desenfrenados han sido dejados, para que cada uno ponga su mano sobre el arado, y no mire hacia atrás, y rompiendo las flechas de los insultos y las lanzas, desee cosechar frutos espirituales, para que mientras otros trabajan, nosotros entremos en sus labores, y se diga de nosotros: Vendrán con júbilo, trayendo sus gavillas (Salmo CXXV, 8). Ahora nadie lucha contra otro, porque leemos: Bienaventurados los pacificadores (Mateo V, 9). Nadie aprende a contender para la subversión de los oyentes, sino que pone silencio en su boca, y calla; porque el tiempo es malo (Salmo CIII). Y cada uno descansará bajo su vid, para exprimir el

vino, que alegra el corazón del hombre, bajo aquella vid, cuyo labrador es el Padre (Juan XV), y bajo su higuera recogiendo los dulces frutos del Espíritu Santo, amor, gozo, paz, y los demás. Todas estas cosas sucederán, según ambas exposiciones, porque las palabras del Señor son verdaderas, y decir de él, es hacer. Todos los pueblos irán, cada uno por su camino: nosotros, sin embargo, caminaremos en el nombre del Señor nuestro Dios por siempre y para siempre. Dicen, mientras todas las naciones van según su error, nosotros nos apresuramos al monte del Señor, y dijimos: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob (Isaías II, 3), y caminaremos en el nombre de Cristo nuestro Señor, porque él es el monte que es Dios. En aquel día en que brillará el sol de justicia, se reunirá aquella que antes estaba quebrantada, y la que había sido expulsada, será acogida, y se reunirá la quebrantada, para ser puesta en un resto, y la abandonada en una nación fuerte. Porque si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado una semilla, seríamos como Sodoma, y semejantes a Gomorra (Romanos IX, 29). Pero según el hebreo, bellamente: Reuniré, dice, a la coja, y a la que caminaba mal, y a la que Elías dijo: ¿Hasta cuándo claudicaréis? (III Reyes XVIII), cuyo pie escandalizado había sido cortado (Marcos IX). A la que había echado, y a la que había dado carta de repudio, recogeré: y a la que había afligido con diversas cautividades, o había entregado al diablo y a sus ángeles. Y para que el lector diligente no nos objete de inmediato, ¿cómo afirmas que la coja ha sido reunida, y la que había sido echada ha sido recogida, cuando los judíos permanecen en la incredulidad? Que escuche que se dice de la primera Iglesia de Cristo que creyó de entre los judíos, de la cual fueron también los Apóstoles, sobre la cual en los Hechos de los Apóstoles Lucas describe: que en un día creyeron tres mil, y en otro lugar cinco mil (Hechos II), y de los cuales Santiago habla a Pablo: Ves, hermano Pablo, cuántos miles de judíos creyentes hay, y todos estos son celosos de la Ley (Hechos XXI, 20). Pero también considera el significado profético: No dijo, pondré a la coja toda salva; sino pondré a la coja en un resto, para que el resto y la elección sean salvos, y a la que había trabajado, en una nación fuerte, en el nombre cristiano, que no será superado por la espada, ni por el fuego, ni por los tormentos. Mira la fe y la pasión de los mártires, y no dudarás de la nación fuerte. Y el Señor reinará sobre ellos, es decir, sobre muchas naciones, y sobre los restos cojos en el monte Sion, en la Iglesia, en la atalaya, en la contemplación de las virtudes, desde el presente siglo, y hasta el futuro. Si alguien quiere entender esto que se dice: Reuniré a la que estaba quebrantada, y acogeré a la que había sido echada, y lo demás, sobre el alma humana que antes de la venida de Cristo servía a diversas pasiones y vicios, y como oveja errante y enferma había sido desgarrada por los mordiscos de los lobos, no errará: siempre que sepa que la que había sido quebrantada y afligida, estará después bajo el reino del Señor, y vivirá en Sion, y será llevada de regreso al monte original sobre los hombros del buen pastor (Lucas XV). También se debe saber que este capítulo que ahora hemos expuesto, y uno similar de Isaías, los judíos y los herederos de su error lo refieren al reino de mil años de Cristo y los santos. Y aquello que se dice: Todos los pueblos caminarán, cada uno en el nombre de su dios, lo interpretan así, que cada nación será atormentada con su ídolo, y será arrojada al fuego del castigo eterno. Pero por los siguientes se demuestra que no se dice esto del fin de los siglos, sino del primer advenimiento de Cristo, en el cual se recogen los restos de la coja, y las naciones son salvadas antes. Por lo tanto, Isaías puso un testimonio de este tipo: La palabra que fue hecha a Isaías hijo de Amós sobre Judá y Jerusalén: porque en los últimos días será manifiesto el monte del Señor, y la casa de Dios sobre la cima de los montes, y será exaltado sobre las colinas, y vendrán a él todas las naciones, y irán muchas naciones, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob, y nos anunciará nuestro camino, y caminaremos en él: porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén: y juzgará entre muchas naciones, y corregirá a muchos pueblos, y convertirán sus espadas en arados, y sus lanzas en hoces, y no alzará nación contra nación la espada, y no aprenderán más a guerrear (Isaías II): Significativamente aquí se dice que la

palabra de Dios saliendo de Jerusalén, juzgará entre muchas naciones, y corregirá propiamente al pueblo de los judíos. Porque a nosotros como pecadores nos juzgará según la medida de nuestras obras: pero a ellos como impíos y negadores no los juzgará, sino que los corregirá condenados.

LIBRO SEGUNDO.

Siempre respondemos a los envidiosos, porque la envidia no cesa: y los comienzos de nuestros libros refutan las maldiciones de los rivales: que comúnmente proclaman, que escribo ciertas necedades de estilo estéril y pobre, y que aunque no sé hablar, no puedo callar. Por lo tanto, os ruego, oh Paula y Eustoquio, que cerréis vuestros oídos a tales ladridos, y ayudando mi infancia, como dicen, con oraciones, obtengáis para mí según el Apóstol la apertura de mi boca, para que al hablar de las Escrituras pueda adaptarse: El Señor dará palabra a los que evangelizan con gran poder (Salmo LXVII, 12). Sin embargo, advierto a los toros gordos, que me han rodeado (Salmo XXI), que descansen y dejen de maldecir, para que no conozcan sus malas acciones, que se expondrán después, si continúan [Al. continúan] hiriendo. Porque lo que dicen, que compilo los volúmenes de Orígenes, y que no es apropiado contaminar los escritos de los antiguos: lo que ellos consideran una grave maldición, yo lo considero el mayor elogio, cuando quiero imitar a aquel que no dudo que agrada a todos los prudentes, y a vosotros. Porque si es un crimen traducir las benditas obras de los griegos, que se acuse a Ennio y a Marón, a Plauto, a Cecilio y a Terencio, a Tulio también y a otros hombres elocuentes, que no solo tradujeron versos, sino muchos capítulos y libros largos y obras completas. Pero también nuestro Hilario sea acusado de robo, porque en los salmos tradujo casi cuarenta mil versos del mencionado Orígenes al sentido. De todos los cuales deseo emular la negligencia, más que la oscura diligencia de estos. Pero ya es tiempo de forjar otro libro sobre Miqueas, y aplastar las cabezas renacientes de la hidra con la maza profética.

(Vers. 8, 9.) Y tú, torre del rebaño, hija nebulosa de Sion, hasta ti llegará, y vendrá el poder primero, el reino de la hija de Jerusalén. Ahora, ¿por qué te contraes de dolor? ¿Acaso no tienes rey, o ha perecido tu consejero, porque te ha sobrecogido el dolor como a una parturienta? LXX: Y tú, torre del rebaño, hija oscura de Sion, a ti vendrá, y entrará el primer principado, el reino de la hija de Jerusalén. Y ahora, ¿por qué has conocido el mal? ¿Acaso no tenías rey, o ha perecido tu consejo, porque te han sobrecogido dolores como a una parturienta? La torre del rebaño nebulosa o desolada, que en hebreo se dice OPHEL, no debemos entenderla de otra manera que aquella de la que Isaías dice: Y edificué una torre en medio de ella, es decir, de la viña. La viña del Señor es la casa de Israel (Is. V, 2). Esta torre, mientras tiene el lagar, es decir, el altar, y alrededor el muro, es decir, la ayuda de los ángeles, y no entra el diablo, el jabalí, en la viña, no está desolada, no está oscura, sino que, iluminada por el Señor, recibe el nombre de ciudad, que no puede ocultarse estando situada en un monte. La torre, por tanto, que una vez fue del rebaño y del pueblo de Dios (porque los malos labradores mataron al hijo del dueño de la familia (Luc. XX)), ahora está desolada y abandonada, y bajo el nombre de Ariel, clama desde la tierra en Isaías. Y esta torre es de la hija de Sion, o, como Symmachus traduce al griego: Ella es la hija de Sion (Is. XXIX): y hasta esta llegará Dios, o el poder primero, que es el reino de la hija de Jerusalén. Viene a esta torre el poder primero, o el primer principado, aquel que dijo: Yo soy el alfa y el Ω , el principio y el fin, el primero y el último (Apoc. XXII, 13). Y quien, desde la persona del hombre asumido, dice en los Proverbios: El Señor me creó en el principio de sus caminos, en sus obras (Prov. VIII, 22), o, como se escribe en hebreo: El Señor me poseyó: CANANI no significa me creó, sino me poseyó y tuvo. Y viene el poder primero, y el reino de la hija de

Jerusalén, para que después del primero, también sea el segundo, pues como él mismo habla confiadamente: Yo soy la luz del mundo (Juan VIII, 12): así también da a sus discípulos para que ellos también sean llamados luz del mundo, y les dice: Vosotros sois la luz del mundo (Juan VI). Pero también llamándose a sí mismo la verdadera viña en el Evangelio, habla de los creyentes a través de Jeremías: Yo te planté como una viña fructífera, toda verdadera (Jer. XXI). Y siendo el pan vivo que descendió del cielo, dio a sus discípulos para que sean llamados pan. De donde también el apóstol Pablo habla confiadamente: Porque todos somos un solo pan (I Cor. XVII). De esta manera, entra el poder primero y el reino en Jerusalén, para que haga a los creyentes en ella poder y reino. Pero lo que en algunos libros se lee: Y entrará el primer principado, el reino de la hija de Sion, y de Babilonia, sepamos que ha sido añadido, porque ni en hebreo, ni en otros intérpretes se encuentra. Y me parece que se refiere a la cautividad babilónica, que el pueblo saliendo de allí vino a Jerusalén. Sigue: Y ahora, ¿por qué te contraes de dolor? o, como está escrito en la LXX: Y ahora, ¿por qué has conocido el mal, a quien vendrá, dice, el Señor y el poder primero y el reino? ¿Por qué ahora te contraes de dolor, o por qué has conocido el mal? Inmediatamente se responde y se dice: Porque no tienes rey, y tu consejero ha perecido, porque te ha sobrecogido el dolor como a una parturienta. O ciertamente, teniendo todo esto, por tu culpa no mereces la ayuda ni del rey ni del consejero. Pero lo que dice: ¿Por qué has conocido el mal? debe entenderse en el sentido de que todo el que merece y sufre el mal, se dice que conoce el mal, e ignora el bien. Según aquello que también está escrito en el primer libro de los Reyes: Los hijos de Elí, hijos de pestilencia, no conocieron a Dios (I Reg. II, 12). Y en otro lugar: Quien guarda el mandamiento, no conocerá la palabra mala (Eccl. VIII, 5). Y a los pecadores: Apartaos de mí, dice el Señor, los que obráis iniquidad, porque no os conozco (Ps. VI, 9). Por el contrario, del Señor: Quien no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado (I Cor. V, 21), se sobreentiende, Dios Padre. El rey, y el ángel del gran consejo, se entiende como el Salvador, que pereció por el pueblo no creyente, a quien los dolores sobrecogieron como a una parturienta: pues pensando Israel que obtenía el imperio, de repente fue devastado. Y como la parturienta no puede escapar del dolor: así él no pudo evitar ni diferir la inminente cautividad, y el ejército rodeando la ciudad. Leamos las Escrituras, y nunca encontraremos que las mujeres santas, excepto Raquel, hayan dado a luz con dolor: quien porque estaba en el camino, y en el hipódromo, es decir, en la carrera de caballos, que se venden en Egipto, dio a luz al hijo del dolor, a quien después el padre llamó hijo de la diestra (Gén. XXXV). Eva, expulsada del paraíso y oyendo: En dolores parirás (Gén. III, 16), se describe que dio a luz con dolor. La esposa de Finees, contraída, ni se levantó, como aquella que en el Evangelio el diablo ató (Luc. XIII), dio a luz después de haber sabido que el arca de Dios había sido capturada y la ruina del pueblo (II Reg. IV). Pero Sara, porque era santa, y le habían cesado las costumbres de las mujeres, al nacer Isaac dice: El Señor me ha hecho reír, porque quienquiera que lo oiga, se alegrará conmigo (Gén. XXI, 6). Los dolores, por tanto, que sobrecogieron la torre del rebaño, son dolores del infierno y dolores de muerte, que rodearon y también cercaron al Salvador; pero no pudieron sobrecogerlo, como él mismo habla en el salmo dieciocho: Me rodearon dolores de muerte, y torrentes de iniquidad me turbaron, y dolores del infierno me cercaron. Algunos piensan que la torre desolada, o tenebrosa y la hija de Jerusalén, se entiende de la Jerusalén celestial, que es madre de los santos, de la cual también el Apóstol dice: Os habéis acercado al monte Sion, y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial (Heb. XII, 22), que está desolada mientras sus hijos no son llevados de vuelta a ella, y no hay rey ni consejero en ella, y los dolores como a una parturienta la sobrecogen, porque en vano ha dado a luz, viendo a tantos hijos muertos.

(Vers. 10.) Duele y esfuérzate, hija de Sion, como parturienta: porque ahora saldrás de la ciudad, y habitarás en la región, y llegarás hasta Babilonia: allí serás liberada, allí te redimirá

el Señor de la mano de tus enemigos. LXX: Duele, y actúa valientemente, hija de Sion, como parturienta, porque ahora saldrás de la ciudad, y habitarás en el campo, y llegarás hasta Babilonia: desde allí te liberará, y desde allí te redimirá el Señor tu Dios de la mano de tus enemigos. A quien se le ordena que duela, o que parta, y luego se añade, actúa valientemente, no se le ordena en vano; sino para que soportando pacientemente los dolores, salga de la ciudad, y habite en el campo o en la región, y llegue hasta Babilonia, y cuando por el pecado soportando la cautividad haya soportado valientemente lo que se le ha impuesto, entonces el Señor la liberará, y su Dios la redimirá de la mano de sus enemigos, para que después de haber sido liberada, diga a los que se burlan: No te burles de mí, enemiga mía, porque he caído: me levantaré; y aunque ande en tinieblas, el Señor es mi luz: soportaré la ira del Señor porque he pecado contra él, hasta que justifique mi causa, y haga mi juicio, y me saque a la luz, y veré su justicia, y mi enemiga verá, y será cubierta de ignominia (Infra VIII, 9). De donde también en los Salmos se canta con voz adecuada; No se enojará para siempre, ni para siempre amenazará el Señor (Sal. CII, 9). Pero lo que Duele, y actúa valientemente, pertenece a la salvación del que duele, y del que actúa valientemente, Jesús hijo de Nave también es testigo, a quien el Señor dice: Esfuérzate, y actúa valientemente (Josué I, 1). Duele y actúa valientemente la hija de Sion, porque descalza y desnuda salió de la ciudad, y será llevada cautiva al campo de Senaar, y estará en Babilonia hasta que venga Zorobabel, y Esdras que se interpreta ayudador, y la libere de la mano de los caldeos. Lo que es manifiesto según la letra, me parece entender el alma expulsada de la Iglesia por el pecado, y entregada al enemigo y vengador para la destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo, salir de la ciudad que el ímpetu del río alegra, y habitar no en el monte, donde antes estaba, sino en el campo, donde vaga el ejército de los asirios, y estar en la confusión de sus vicios, y después de haber tenido grilletes, y haber molido, y haber hecho harina para los babilonios, volviendo en sí misma decir: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre (Luc. XV, 17)! y volviendo después a la casa paterna ser recibida por el padre clementísimo, y ser redimida de la mano del señor más duro. Pongamos un ejemplo para que lo que se ordena a la hija de Sion, y se dice: Duele, y actúa valientemente como parturienta, no lo refiramos al castigo, sino a la utilidad de ella. Pablo habla a los Gálatas; Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gál. IV, 19). Y dolió tanto, sufrió dolores de parto tanto, hasta que los regeneró de nuevo por el arrepentimiento, quienes habían perecido por el delito. Supón que un médico dice al que tiene fiebre, o al herido: Duele, y actúa valientemente, soporta la sed, lleva el cauterio, para que siga una salud más segura.

(Vers. 11-13.) Y ahora se han congregado sobre ti muchas naciones, que dicen: Sea apedreada y que nuestro ojo mire en Sion. Pero ellos no conocieron los pensamientos del Señor, y no entendieron su consejo: porque los reunió como heno de la era. Levántate y trilla, hija de Sion, porque pondré tu cuerno de hierro, y tus uñas de bronce, y triturarás a muchos pueblos: y matarás para el Señor sus despojos, y su fortaleza para el Señor de toda la tierra. LXX: Y ahora se han congregado sobre ti muchas naciones diciendo: Insultemos y vean en Sion nuestros ojos. Pero ellos no conocieron los pensamientos del Señor, y no entendieron su consejo, porque los reunió como manojos de la era. Levántate y trilla, hija de Sion: porque pondré tus cuernos de hierro, y tus uñas de bronce, y triturarás a muchos pueblos, y consagrarás al Señor su multitud, y su fuerza al Señor de toda la tierra. Oh Jerusalén, oh hija de Sion, que llegarás hasta Babilonia, y allí serás liberada, y te redimirá el Señor de la mano de tus enemigos: ahora, mientras tanto, se han congregado sobre ti muchas naciones, que hablan como de una adúltera, y dicen: Sea apedreada, y que nuestro ojo mire en ella. O como está escrito en la LXX: Insultemos y gocemos, y que nuestros ojos desprecien sobre Sion: y no conocieron la voluntad del Señor y su consejo: porque por eso se han congregado las

naciones contra ti, para que las tritures como heno o paja de la era. Levántate, pues, hija de Sion, y con los cuernos de hierro, que te prometo dar, y con las uñas de bronce, que recibirás, ventila y tritura a los pueblos, y mátalos para el Señor de toda la tierra. Porque con tal víctima y tal sacrificio se deleita. Los judíos, viendo que esto aún no se ha cumplido, se lo prometen a sí mismos en la futura venida de Cristo, y dicen que todas las naciones servirán al pueblo judío, y que el mismo imperio romano, que interpretan bajo el nombre de Edom, será triturado por sus uñas y ventilado por sus cuernos. Lo cual, cuán necio es, se puede comprobar fácilmente por todas las Escrituras; pero esto es para otro tiempo. Nosotros, por tanto, que no seguimos la letra que mata, sino el espíritu que vivifica, decimos que contra la hija de Sion, que se interpreta como la Iglesia, se congregan muchas naciones de demonios, y en el presente siglo, que está puesto en el maligno, insultan, y se alegran en la matanza de sus hijos, no conociendo los pensamientos del Señor, ni reconociendo su consejo. Porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la majestad (I Cor. II, 8). Por tanto, los reunirá como manojos de la era, para que todo lo que parecía espinoso y disperso, y vacío y ligero, lo triture con sus uñas, y lo ventile con sus cuernos, y el grano puro que quede, sea ofrecido en las ofrendas del Señor. Pero lo que significa en eso que dice: Y triturarás a muchos pueblos, y consagrarás al Señor su multitud, y su fuerza al Señor de toda la tierra. Leamos Números, y Josué, y el primer libro de los Reyes, y veremos cómo de las naciones sometidas, cuando todo ha perecido a filo de espada, el oro y la plata, y tanto de los hombres como de los animales, un cierto número de botín ha sido consagrado al Señor. De hecho, también Achor, que robó algo del anatema de Jericó, perturbó al pueblo, y por el pecado se le dio el nombre de valle de tumulto, o de disturbios (Josué VII). Pero para que sepas que según los LXX intérpretes, que dijeron: Consagrarás al Señor su multitud, y su fuerza al Señor de toda la tierra, la consagración debe entenderse en un buen sentido: Theodotion tradujo por multitud, dones: la Quinta edición, provecho, es decir, ὠφέλειαν: Symmachus, ganancia, es decir, τὸ κέρδος αὐτῶν.

(Cap. V.---Vers. 1.) Ahora serás devastada, hija del ladrón: han puesto sitio sobre nosotros: con una vara golpearán la mejilla del juez de Israel. LXX: Ahora se obstruirá la hija con obstrucción: han puesto angustia sobre nosotros: con una vara golpearán sobre la mejilla de la tribu de Israel. No es que una tribu golpee la mejilla de otra, sino que otros golpearán la mejilla de la tribu de Israel. Te prometí, oh hija de Sion, que vendrá el tiempo en que pondré tu cuerno de hierro, y tus uñas de bronce, y después de triturar la multitud de demonios, ofrezcas todo lo que antes poseían al Señor de toda la tierra. Pero porque esto será cuando haya entrado la plenitud de los gentiles, y todo Israel sea salvo: ahora, mientras tanto, por tus méritos serás devastada, o como se dice en hebreo, cortada. Porque según el Apóstol, no te llamas Circuncisión, sino corte: ni te llamo mi hija, sino hija del ladrón, que en hebreo se dice, BATH GEDUD, es decir, del diablo siempre dispuesto a saquear. Porque has hecho de mi casa una cueva de ladrones, te has opuesto a mí, y tus hijos han puesto sitio sobre mí, y sobre el Hijo, y mi Espíritu. ¿No es acaso una afrenta a la Trinidad, cuando con una vara y un bastón, por tu acción, los romanos golpearon la cabeza del juez de Israel, diciendo: Profetiza para nosotros, Cristo, ¿quién es el que te golpeó (Mat. XXVI, 60)? o cuando uno de tus ministros lo golpeó en la mejilla, diciendo: ¿Así respondes al sumo sacerdote (Juan XVIII, 22)? Esto según el hebreo, cuya interpretación Aquila y Symmachus, y Theodotion, y la quinta edición concuerdan. Según los LXX, sin embargo, el sentido es mucho más elevado, y se entiende casi desde su propio comienzo. Ahora se obstruye la sinagoga con obstrucción: y dirán los que estén encerrados en ella: Ha puesto angustia sobre nosotros; y sometida a las potestades romanas, serán golpeadas en la mejilla las tribus de Israel. Porque el Señor ha quitado de Judá y de Jerusalén, al fuerte y valiente, y al sabio arquitecto, y al oyente inteligente, y sus caminos hasta hoy están cerrados y obstruidos, ni puede salir de la

cautividad; sino que está oprimida por un imperio muy duro (Is. III, 1, 2). Si, sin embargo, según el sentido anterior queremos entender que se dice de la Iglesia: Ahora se obstruirá la hija con obstrucción, saquemos el ejemplo de Oseas, en el que la adúltera dice: Iré tras mis amantes, que me daban mi pan, y mi agua, y mis vestidos, y mis lienzos, mi aceite, y todo lo que me beneficia (Oseas II, 5). Y después Dios, queriendo impedir el pensamiento perverso, no le permite cumplir lo que desea; sino que obstruye sus caminos, para que no alcance a sus amantes, y no fornicar más. Dice, pues: Por eso, he aquí que obstruiré sus caminos con espinas, y cercaré sus caminos: y no encontrará su senda, y perseguirá a sus amantes, y no los alcanzará, y los buscará, y no los encontrará, y dirá: Iré y volveré a mi primer marido porque me iba bien (Ibíd., VI, según LXX). Observa que la obra del Señor ha prosperado: pues la adúltera, no encontrando su camino, ni pudiendo ir a donde quería, obligada por la necesidad, vuelve a su primer marido, y confiesa que le va mejor en la casa de su primer marido, que cuando estaba con sus amantes, y es instruida por las tribulaciones y las plagas de Israel. De donde también a David bajo el tipo de Cristo mística se dice: Si sus hijos abandonan mi ley, y no andan en mis juicios, si profanan mis justicias, y no guardan mis preceptos, visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados: pero mi misericordia no la apartaré de él (Sal. LXXXVIII, 31 ss.). Por tanto, Dios ha puesto tribulación sobre la hija de Israel, y los ángeles, que están a cargo de las plagas, la golpearán en la mejilla. Y para que no ignores quién es la hija, que se obstruye con obstrucción, y se pone en angustia, inmediatamente se añade, y se dice, tribus de Israel. Pero nosotros somos Israel, que vemos a Dios con la mente, para cuya distinción el Apóstol dice: Mirad a Israel según la carne (I Cor. XIX, 18). Porque nunca llamaría a Israel carnal, si no supiera que también hay uno espiritual.

(Vers. 2.) Y tú, Belén Efrata, pequeña eres entre los millares de Judá: de ti saldrá para mí el que será gobernante en Israel, y su salida es desde el principio, desde los días de la eternidad. LXX: Y tú, Belén casa de Efrata, eres la más pequeña para estar entre los millares de Judá: de ti saldrá para mí, para ser príncipe en Israel, y su salida es desde el principio, desde los días del siglo. En el Evangelio según Mateo (Mat. II), cuando los magos vinieron de Oriente y Herodes preguntó a los escribas dónde nacería Cristo el Señor, se narra que respondieron: En Belén de la tierra de Judá, añadiendo el testimonio del profeta, dijeron: Y tú, Belén de la tierra de Judá, de ninguna manera eres la más pequeña entre los príncipes de Judá: porque de ti saldrá un líder que pastoreará a mi pueblo Israel. Este testimonio no concuerda ni con el hebreo ni con los intérpretes de los Setenta, y es evidente incluso sin que yo lo diga, y creo que Mateo, queriendo señalar la negligencia de los escribas y sacerdotes en la lectura de la Escritura divina, lo puso tal como fue dicho por ellos. Hay quienes afirman que en casi todos los testimonios tomados del Antiguo Testamento hay tal error, que ya sea el orden se cambia, o las palabras, y a veces incluso el sentido mismo es diferente, ya sea porque los apóstoles o evangelistas no tomaban los testimonios de un libro, sino confiaban en la memoria, que a veces falla. Expliquemos entonces el hebreo: Y tú, Belén, es decir, casa de pan, que te llamas Efrata, eres la más pequeña entre las ciudades de Judá, y comparada con tantos millares, apenas eres una pequeña aldea; pero de esta pequeña aldea saldrá Cristo, que es el gobernante en Israel. Y para que no pienses que es solo del linaje de David, a quien prometí, diciendo: De la fruta de tu vientre pondré sobre mi trono (Sal. CXXXI, 11), la asunción de la carne no impide la majestad divina: porque de mí nació antes de todos los siglos, y el creador de los tiempos no está sujeto al tiempo. Él es a quien en otro salmo dije: Antes del lucero de la mañana te engendré (Sal. CIX, 3). Porque en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Esto estaba en el principio con Dios. Y por eso su salida es desde el principio, desde los días de la eternidad. Que Belén misma sea Efrata, lo muestra el libro del Génesis, en el cual la Escritura recuerda: Murió Raquel y fue sepultada en el

camino de Efrata, esta es Belén (Gén. XXXV). Y en ambos nombres se significa el sacramento: porque se llama casa de pan, por el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI). Y Efrata, que se interpreta como furor ve, por la locura de Herodes, porque engañado por los magos, se enojó mucho, y enviando mató a todos los niños en Belén, y en todos sus confines de dos años para abajo, según el tiempo que había inquirido de los magos, y por tanta sangre se oyó una voz en lo alto, llanto y lamento de Raquel llorando a sus hijos (Jer. XXXI). Leemos según los intérpretes de los Setenta, en el libro de Josué, donde se describen las ciudades y aldeas de la tribu de Judá, entre otras también está escrito: Tecoa, y Efrata, esta es Belén, y Fagor, y Etam, y Culón, y Tami, y Soris, y Carem, y Galim, y Baeter, y Manoco, once ciudades y sus aldeas (Josué XV), lo cual no se encuentra ni en el hebreo ni en otro intérprete, y ya sea que haya sido borrado de los libros antiguos por la malicia de los judíos, para que no pareciera que Cristo nació de la tribu de Judá, o añadido por los Setenta, no lo sabemos con certeza. No obstante, también podemos probar esto mismo del libro de los Jueces, que Belén está en la tribu de Judá, pues está escrito: Y hubo un hombre levita que habitaba en los lados de la casa de Efraín, y tomó para sí una concubina de Belén de Judá, y su concubina se enojó con él, y se fue a la casa de su padre en Belén de Judá (Jueces XIX, 1). Se dice bellamente, en Belén de Judá, para distinguirla de aquella Belén que está situada en Galilea, como se encuentra en el mismo volumen de Josué. Efrata puede sonar en nuestra lengua como fructífera y fértil, y mostrar lo mismo en el misterio que la casa de pan.

(Vers. 3.) Por eso los entregará hasta el tiempo en que la que da a luz dé a luz, y el resto de sus hermanos se convertirá a los hijos de Israel. LXX: Por eso los entregará hasta el tiempo de la que da a luz: dará a luz, y el resto de los hermanos se volverá a los hijos de Israel. Porque de Belén, que es Efrata, salió Cristo gobernante en Israel, y su salida no fue solo en el tiempo en que fue visto en la carne, sino desde el principio de la eternidad, o desde el principio del siglo. Porque siempre él habló por los profetas, y la palabra de Dios se hizo en su mano: por eso entregará a los judíos, y les permitirá reinar hasta el tiempo de la que da a luz, cuando se cumpla aquello: Alégrate, estéril, que no das a luz, rompe y clama la que no tienes dolores, porque más son los hijos de la desolada que de la que tiene marido (Isaías LIV, 1, según LXX). Porque cuando la estéril haya dado a luz siete, y la que tenía muchos hijos haya sido debilitada, y por el delito del pueblo judío la plenitud de las naciones haya entrado, entonces todo Israel será salvo, y el resto de sus hermanos se convertirá a los hijos de Israel; y viniendo el profeta Elías, que se interpreta, Dios Señor, convertirá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a sus padres (Lucas I, 17), y el último pueblo se unirá al antiguo, para que verdaderamente sean llamados hijos de Abraham, cuando crean en aquel a quien Abraham vio y se alegró (Juan VIII). ¿Cuál es el tiempo en que la estéril dará a luz? Creo que es aquel del que habla Isaías: En tiempo aceptable te escuché, y en día de salvación te ayudé (Isaías XLIX, 8). Lo cual también entendiendo Pablo como predicado del tiempo de Cristo, dice: He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de salvación (II Cor. VI, 21). Esto mismo creo que se demuestra místicamente en lo que está escrito en Eclesiastés: Tiempo de nacer, y tiempo de morir (Ecles. III, 2), que en el tiempo en que nació el pueblo de los gentiles de la estéril, la sinagoga perdió a sus hijos. Pero también puede entenderse de otra manera: El Señor dará el templo y Jerusalén, y a los judíos hasta el tiempo en que la virgen dé a luz, que después de haber dado a luz, y el niño nacido haya tomado los despojos de Samaria, y la fuerza de Damasco, con el pueblo judío destruido, el resto de Israel será salvo. Y los hermanos de Cristo, es decir, los apóstoles se convertirán a la fe de los profetas y patriarcas, que anunciaron al Cristo venidero, y se cumplirá la profecía del salmo; Por tus padres nacieron para ti hijos, y lo demás que sigue (Sal. XLIV, 17).

(Vers. 4.) Y se mantendrá firme y pastoreará con la fortaleza del Señor, en la sublimidad del nombre del Señor su Dios, y se convertirán, porque ahora se magnificará hasta los confines de la tierra. LXX: Y se mantendrá firme, y verá, y pastoreará a su rebaño con la fortaleza del Señor, y en la gloria del nombre del Señor su Dios estarán, porque ahora se magnificará hasta los confines de la tierra. Después de que el sol de justicia haya salido desde la cima de los cielos, y haya llegado hasta sus confines, y la que da a luz haya dado a luz, y el resto de sus hermanos se haya convertido a los hijos de Israel: entonces el mismo Señor que antes caminaba, y con aquellos que estaban en el camino, aún no tenía un paso firme, se mantendrá firme y los pastoreará con la fortaleza del Señor, para que puedan decir: El Señor es mi pastor, nada me faltará: en lugar de pastos, allí me colocó, sobre aguas de reposo me alimentó: convirtió mi alma (Sal. XXII, 1). Los pastorea no solo con la fortaleza del Señor, sino también con la sublimidad del nombre del Señor su Dios, cuando dice al Padre: Padre santo, guárdalos en tu nombre, los que me diste, para que sean uno como nosotros: cuando estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre: los que me diste, los guardé, y ninguno de ellos se perdió (Juan XVII, 11). Y se convertirán, o como mejor lo interpretó Símaco, habitarán. JASUBU () en hebreo significa ambas cosas. Habitarán en la Iglesia del Señor, porque Cristo ha sido magnificado hasta el término de la tierra. O, según los LXX, porque ellos mismos se magnifican con su pastor hasta el extremo de la tierra, para que su sonido salga por toda la tierra y sus palabras hasta los confines del mundo (Sal. XVIII).

(Vers. 5.) Y este será la paz: cuando el asirio venga a nuestra tierra, y cuando pise en nuestras casas. LXX: Y esta será la paz; cuando el asirio venga a vuestra tierra, y cuando suba sobre vuestra región. Cuando venga el diablo, que se interpreta como el que corrige y reprende, sobre la tierra y la región de los creyentes, y de aquellos a quienes el Señor pastorea con fortaleza, y con la sublimidad del nombre del Señor su Dios, y los pise con diversas tribulaciones, y suba y oprima las casas de nuestras almas, es decir, los cuerpos como un soberbio, y sin embargo nada nos separe del amor de Cristo: entonces la paz de Cristo, o el mismo Cristo estará en nosotros, y se dirá del santo, Nada aprovechará el enemigo en él. Pongamos un ejemplo, para que lo que decimos pueda hacerse más claro. Vino el asirio sobre la tierra de Pablo, y subió sobre su región, cuando estuvo en trabajos sobre manera; en azotes más abundantemente, en cárceles más, en muertes frecuentemente: cuando de los judíos cinco veces recibió cuarenta azotes menos uno, tres veces fue azotado con varas, una vez apedreado, tres veces naufragó, una noche y un día estuvo en el abismo del mar, en peligros de ladrones, peligros de falsos hermanos, peligros de su propia nación, peligros de los gentiles; pero en todas estas cosas vencía por aquel que lo amó. Y por eso se llenaba de paz, porque estaba lleno de afrentas (I Cor. XI). Los judíos en la venida de Cristo, que se simulan a sí mismos, sostienen que todas estas cosas sucederán según la letra.

(Vers. 6.) Y levantaremos sobre él siete pastores, y ocho príncipes hombres, y pastorearán la tierra de Asur con espada, y la tierra de Nemrod con sus lanzas, y liberará de Asur cuando venga a nuestra tierra, y cuando pise en nuestros confines. LXX: Y se levantarán sobre él siete pastores, y ocho mordeduras de hombres, y pastorearán Asur con espada, y la tierra de Nemrod en su fosa, y liberará de Asur, cuando venga sobre vuestra tierra, y cuando suba sobre vuestros términos. Donde nosotros hemos puesto príncipes hombres, y en hebreo está escrito NESICHE ADAM (), Símaco lo interpretó como Cristos de hombres; Teodoción y la quinta edición, príncipes de hombres; Aquila graves, o constituidos hombres, es decir, καθισταμένους. Nuevamente, en lo que yo y Aquila hemos traducido, en sus lanzas, para que se entienda, de la tierra de Nemrod, Símaco tradujo, ἐντὸς πυλῶν αὐτῆς, es decir, dentro de sus puertas; Teodoción, en sus puertas; la quinta edición, ἐν παραξίφησιν αὐτῶν, que podemos decir, en sus hoces: en hebreo está puesto BAPHETHEE (). Entonces será la paz,

cuando el resto de los hermanos de Cristo se haya convertido a los hijos de Israel, y venga el asirio a nuestra tierra, y ayudados por el Señor, rápidamente aplastemos bajo nuestros pies a aquel que deseaba pisar nuestras casas. Porque el mismo Señor dice: Levantaremos sobre él siete pastores, y ocho príncipes hombres, o mordeduras de hombres. Levantaremos yo y mi Hijo y el Espíritu Santo, según lo que está escrito en Génesis: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gén. I, 26). Y en el principio de Abdías: Levantaos y subamos contra ella en batalla. Creo que los siete pastores son todos los patriarcas y profetas y hombres santos que sirvieron a la hebdómada, es decir, al antiguo Instrumento. Y las ocho mordeduras de hombres, o los ocho príncipes hombres, y como Símaco lo interpretó, Cristos, son todos los del Nuevo Testamento, que desde los apóstoles hasta esta edad han mordido al asirio, y lo han desgarrado con sus dientes. Por eso también en Eclesiastés se ordena: Que demos partes a siete, demos también a ocho (Ecles. XI). Y en el templo de Ezequiel, que se interpreta como la Iglesia y la Jerusalén celestial, se asciende por siete y ocho escalones (Ezequiel XL). Y en el Salterio hay quince escalones, por los cuales ascendemos para cantar alabanzas a Dios a través de la hebdómada y la ogdóada. En el octavo día se celebra la circuncisión espiritual, y en el templo de los judíos se destruye el sábado, y algunos salmos están inscritos para la Octava. Estos siete pastores y ocho mordeduras de hombres, pastorearán Asur con espada. Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos (Hebr. IV, 12), enviada por aquel que vino a traer espada sobre la tierra, para que se dividan dos en tres (Mat. X). Y pastorearán la tierra de Nemrod (que se interpreta como tentación descendente) en su fosa; porque la tierra del gigante y cazador y soberbio contra el Señor, no está en los montes, sino en las fosas. Este cayó como un rayo del cielo, y siempre se mueve entre las bestias; y porque es cazador, recorre los árboles infructuosos y los bosques. Hasta donde puedo recordar con mi memoria, nunca he leído a un cazador en buen sentido. Ismael y Esaú fueron cazadores (Gén. XVI y XXVII), y precedieron en tipo al pueblo judío, de los cuales uno es hijo de una egipcia, caminando según la carne y viviendo según la carne: el otro perdió la primogenitura por un guiso de lentejas, y envidiando las bendiciones de su hermano, lo persigue a Mesopotamia. Por lo tanto, reducida la tierra de Nemrod en sus fosas: Porque el que cava una fosa, caerá en ella (Prov. XXVI, 7): y el que abrió y cavó un pozo, caerá en la fosa que hizo, y su dolor volverá sobre su cabeza, y sobre su cabeza descenderá su iniquidad (Sal. VII, 16, 17). Y con el asirio perforado por los siete pastores, y las ocho mordeduras, Cristo nos liberó de la mano de Asur, que vino sobre nuestra tierra, y deseaba pisar los términos de Israel. Pero lo que Símaco dice: Y pastorearán la tierra de Asur con espada, y la región de Nemrod dentro de sus puertas, esto debe entenderse como que el fuerte es atado en su casa, y el adversario es herido. Y según Aquila y la quinta edición, es perforado con las hoces y lanzas de los siete pastores, y los ocho cristos hombres.

(Vers. 7 seq.) Y serán los restos de Jacob en medio de muchos pueblos, como el rocío del Señor, y como las gotas sobre la hierba, que no espera al hombre, ni aguarda a los hijos de los hombres. Y serán los restos de Jacob en las naciones, en medio de muchos pueblos, como león entre los animales del bosque, y como cachorro de león entre los rebaños de ovejas, que cuando pasa y pisotea y atrapa, no hay quien lo libre. Se exaltará tu mano sobre tus enemigos, y todos tus adversarios perecerán. Y sucederá en aquel día, dice el Señor, que quitaré tus caballos de en medio de ti: y destruiré tus carros, y arruinaré las ciudades de tu tierra, y derribaré todas tus fortalezas, y quitaré las hechicerías de tu mano, y no habrá adivinaciones en ti. Y haré desaparecer tus esculturas, y tus estatuas de en medio de ti, y no adorarás más las obras de tus manos. Y arrancaré tus bosques de en medio de ti, y destruiré tus ciudades, y haré en furia y en indignación venganza en todas las naciones que no escucharon.

LXX: Y serán los restos de Jacob en las naciones, en medio de muchos pueblos, como rocío del Señor cayendo, y como corderos sobre la hierba: para que no se congregue nadie ni esté entre los hijos de los hombres. Y serán los restos de Jacob en las naciones, en medio de muchos pueblos, como león entre los animales, en el bosque, y como cachorro de león entre los rebaños de ovejas: como si pasara y dividiendo atrapara, y no hubiera quien lo libre. Se elevará tu mano sobre los que te afligen, y todos tus enemigos perecerán. Y sucederá en aquel día, dice el Señor, que mataré tus caballos de en medio de ti, y destruiré tus carros, y subvertiré las ciudades de tu tierra: y quitaré todas tus fortalezas. Y quitaré tus hechicerías de tus manos, y los que hablan, no estarán en ti: y destruiré tus esculturas, y tus estatuas de en medio de ti, y no adorarás más las obras de tus manos: y cortaré los bosques de en medio de ti, y demoleré tus ciudades, y haré en ira, y en furia venganza en las naciones, porque no escucharon.

Liberados nosotros de Asur, cuando venga sobre nuestra tierra, y suba sobre nuestros límites, y liberados por el Señor que levantó sobre él siete pastores y ocho mordedores de hombres, los restos de Jacob, que entendemos como los apóstoles, y la primera Iglesia de los judíos, estarán en medio de muchos pueblos, como rocío del Señor cayendo. Pues ardían con los dardos encendidos del diablo los corazones de los pueblos: y todas las naciones adulterando de Dios, tenían corazones, como horno encendido por el fuego (Oseas VII). De donde el rocío del Señor cayendo, se convirtió en salud de los enfermos. Y lo que leemos en Ananías, Azarías y Misael (Dan. III), que el espíritu del rocío silbante extinguió el horno de fuego, esto lo entendamos de todos en general, que en medio de todas las naciones la doctrina de los Apóstoles fue como rocío del Señor. Pero lo que sigue: Y como corderos sobre la hierba, para que no se congregue nadie ni esté entre los hijos de los hombres, lo tomemos de aquellos que de las naciones no quisieron creer, que sean sobre ellos los Apóstoles y los restos de Jacob, como corderos pastando la hierba, y cortando la hierba con los dientes. Y esto lo harán, para que quienes no quisieron ser ángeles, recibiendo el rocío espiritual, de ninguna manera se congreguen entre los hombres, ni se cuenten en la parte racional, sino que se diga de ellos: No están en el trabajo de los hombres, y con los hombres no serán azotados (Sal. LXXII, 5).

Y serán los restos de Jacob en medio de las naciones como león entre los animales en el bosque, y como cachorro de león entre los rebaños de ovejas. Pues el Señor Jesús, de quien se profetiza en Génesis: Cachorro de león, Judá, de la descendencia, hijo mío, subiste: acostado dormiste como león y como cachorro de león (Gen. XLIX, 9). Y en otro lugar: Acostado reposó como león, y como cachorro de león, ¿quién lo despertará? dio también a sus apóstoles a quienes dijo: Id, bautizad a todas las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mat. XXVIII, 19): para que así como nadie puede resistir al león entre los animales, y al cachorro de león entre las ovejas, así ellos, liberados de la mano del asirio, y de la mano del diablo, arrebaten animales y ovejas: pues el Señor salvará a hombres y animales (Sal. XXXV, 7). Y arrebaten, no para matar, sino para dividir, esto es, separar de los infieles, y no haya quien les resista. Pero con el león y el cachorro de león, así vagando entre los animales y las ovejas, la mano de Dios se exalta sobre ellos, que o bien a Dios, o bien a los restos de Israel antes afligieron. Y todos sus enemigos se dispersarán, no porque los enemigos perezcan, y dejen de existir; sino porque en cuanto enemigos perezcan. Como está escrito a los Tesalonicenses: A quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca (II Tes. II, 8). Esta matanza no significa abolición, sino cese de la vida perversa, en la que antes vivían mal. Finalmente añade: Y destruirá con la iluminación de su venida. Sin embargo, nunca destruiría, si la matanza significara abolición, cuando ya hubiera cesado de existir: así también aquí el consumo de los enemigos, según los Proverbios de Salomón se toma, en los cuales está escrito: La destrucción hospedaré a los impíos: no será perpetua, no los reducirá a

la nada; sino que hospedará en ellos mientras lo que hay en ellos, la impiedad, se consuma. Pues Dios creó al hombre, para que no pereciera, y no hizo la muerte. Después de esto sigue: Y sucederá en aquel día, cuando se eleve tu mano sobre tus enemigos, oh Israel, y todos tus enemigos perezcan, mataré tus caballos de en medio de ti, es decir, de los impulsos lascivos del corazón principal (ἡγεμονικῶν), y como caballos, rompiendo las ataduras, irrumpiendo, y tus carros con los que te complacías en tus vicios, y uniendo pecado a pecado, como triunfante en carros te llevabas. Y destruiré las ciudades de tu tierra: Pues no edificaste la ciudad que alegra el ímpetu del río de Dios (Sal. XLIX), y que está situada en los montes, y la Jerusalén celestial (Mat. V), sino la que edificó Caín (Gen. IV). De donde se llaman ciudades de la tierra, construidas con obras terrenales. Y quitaré, dice, todas tus fortalezas, riquezas, es decir, y la pompa del siglo, y la elocuencia de los retóricos, y las trampas de los dialécticos, en las que confiabas como en fortalezas. Y quitaré las hechicerías de tus manos, con las que o bien te engañabas a ti mismo por otros, o engañado engañabas a otros, y los que hablan, o pronuncian no estarán contigo. Ahora el mundo está lleno de los que hablan y pronuncian: hablan lo que no saben: enseñan lo que no han aprendido: son maestros, cuando antes no fueron discípulos. Cuando pues Dios enseñe al hombre la ciencia, cesarán las falsas presunciones, y se quitará la doctrina perversa. Y destruiré tus esculturas y tus títulos de en medio de ti. Nuestras esculturas son, las que han sido hechas por los que hablan, o las que nosotros mismos nos imaginamos. De donde se ordena en la Ley (Éxodo XX), que no hagamos escultura para nosotros, y que no pongamos títulos en nuestra tierra (Levítico XXVI): y no adorarás más las obras de tus manos (Deut. V). Infeliz condición humana y llena de insensatez y error, sabe que los dogmas están compuestos de su propio sentido, no ignora que el ídolo es simulado por ella, y adora como Dios las obras de sus manos, y el hombre se inclina, para que engañado engañe. Se añade en la promesa que se dirige a los restos, es decir, ὑπόλειμμα Jacob: Y cortaré los bosques de en medio de ti, y destruiré tus ciudades, para que todos los árboles de los bosques, y los bosques que está prohibido plantar en el templo de Dios, y las ciudades mal construidas, que antes llamó ciudades de la tierra, las destruya y consuma. Pero después de que haya hecho esto a los restos de Jacob, entonces se volverá a las naciones que los Apóstoles pastorearon como corderos [Al. agri] la hierba. Y porque no quisieron recibir el rocío del discurso, haré, dice, en ira y en furia venganza en las naciones, porque no quisieron escuchar. De donde también el profeta dice: Señor, no me reprendas en tu furia: ni me corrijas en tu ira (Sal. VI, 1). Esto según los Setenta intérpretes, porque es inteligencia espiritual, y debimos unir el sentido con los capítulos anteriores, se ha discutido. Sin embargo, los hebreos sueñan delirios de este tipo: Después de que los siete que inventan, y que quieren pastores, y ocho príncipes hombres de los asirios hayan vencido, y la tierra de Nemrod en sus espadas hayan pastado, y esto haya sucedido cuando el asirio haya venido antes a la tierra de Judá: entonces, dicen, cuando venga Cristo, todos los restos de Jacob que hayan podido sobrevivir en [Al. de] las naciones, estarán en bendición, como rocío del Señor viniendo, y como lluvia sobre la hierba, y no esperarán en los hombres, y en los hijos de los hombres, sino en Dios. Y estarán en medio de las naciones y pueblos sanguinarios y crueles, y vengándose de sus antiguos amos, como león entre los animales del bosque, y como cachorro de león entre los rebaños de ovejas, y no habrá quien pueda resistir a su fuerza. Entonces se exaltará, oh Dios, o Israel, tu mano sobre los asirios, y todos tus enemigos y adversarios, que ahora te poseen, perecerán. En aquel día, cuando hayas sido liberado de las naciones, quitaré tus caballos y carros, que están en medio de tus ciudades. No porque Israel tuviera entonces caballos y carros, sino los caballos y carros de los asirios que están en medio de tus ciudades: y destruiré todas tus ciudades, y las fortalezas que dedicaste a los ídolos: y quitaré a los magos y adivinos de tu tierra, y haré desaparecer todas tus esculturas y estatuas, y no adorarás más las obras de tus manos. También arrancaré y subvertiré todos tus bosques, y tus ciudades que dedicaste a los ídolos. Y cuando te haya hecho esto, y así me haya

aplacado, para que todo lo malo que hay en ti sea quitado: entonces también en mi furia y en mi indignación me vengaré de todas las naciones, que no quisieron escuchar mi palabra. Responda en este lugar el Israel carnal, si dice que estas cosas han sido hechas o serán en el futuro. Si recuerda que han sido hechas, que presente la historia, que dé la autoridad de los libros antiguos: que enseñe que todas las naciones y el asirio alguna vez fueron sujetas a Israel. Pero si jugando con vana esperanza cree que lo que se dice será en el futuro: cuando venga Cristo, ¿qué ídolos de Israel se quitarán, que ahora no adora? ¿qué bosques se cortarán, que no tiene? ¿qué ciudades se derrumbarán, que ya fueron derrumbadas? ¿qué adivinos se quitarán, que no tiene, ni se gloria de tener: sin embargo, tanto tiempo ha sido dejada la hija de Sion, y se sienta sin altar, y sin sacerdotes; y mientras otros comen sus frutos, ellos con gargantas secas se prometen a sí mismos cosas futuras que no conocen.

(Cap. VI.---Vers. 1, 2.) Escuchad lo que el Señor dice: Levántate, contiente en juicio contra los montes, y que oigan las colinas tu voz. Escuchad, montes, el juicio del Señor, y los fuertes fundamentos de la tierra, porque el juicio del Señor, con su pueblo, y con Israel se juzgará. LXX: Escuchad lo que el Señor ha dicho: Levántate, juzga ante los montes, y que oigan las colinas tu voz. Escuchad, montes, el juicio del Señor, y los valles fundamentos de la tierra, porque el juicio del Señor contra su pueblo, y con Israel se juzgará. En lugar de los fuertes fundamentos de la tierra que los LXX y los valles fundamentos de la tierra interpretaron, Símaco y Teodoción tradujeron, y los antiguos fundamentos de la tierra: pero la quinta edición puso el mismo hebreo, ETHANIM, fundamentos de la tierra. La primera voz del profeta es: Escuchad lo que el Señor dice. Luego Dios habla al profeta: Levántate, contiente en juicio contra los montes, y que oigan las colinas tu voz. Nuevamente el profeta, como se le había ordenado, habla a los montes, y no solo a los montes, sino también a los fuertes fundamentos de la tierra, y dice, Escuchad, montes, el juicio del Señor, y los fuertes fundamentos de la tierra. Y da la razón, por qué los llama a escuchar. Porque el juicio del Señor con su pueblo, y con Israel se juzgará. En lugar de los montes a los que el profeta habla, y en lugar de los fuertes fundamentos de la tierra, colinas y valles los LXX tradujeron, entendiendo, como me parece, que el pueblo no hizo nada digno de la audición de los montes, sino o bien a las colinas que son inferiores a la altura de los montes, o a los valles sumergidos en lo más bajo. Levántate, dice, contiente en juicio ante los montes, y que oigan las colinas tu voz. Se ordena levantarse al que o bien está sentado, o yace [Al. calla] o duerme, o está muerto, según lo que dice el Apóstol: Levántate, tú que duermes, y resucita de los muertos, y te iluminará Cristo (Efes. V, 14). Levántate de los muertos, para que camines en novedad de vida, para que dejando la tierra, te esfuerces por lo más alto. Y contiente en juicio contra los montes, que no creo que se refieran a otros que a los Ángeles, a quienes se les ha confiado la administración de las cosas humanas, coincidiendo el Cántico de Deuteronomio en lo mismo: Cuando el Altísimo dividió las naciones, cuando dispersó a los hijos de Adán, estableció los límites de la tierra según el número de los Ángeles de Dios (Deut. XXXII, 8). Estos son espíritus ministradores, enviados para servicio por causa de aquellos que han de heredar la salvación. Y contiente en juicio; para que si se encuentran montes, o colinas [Al. valles], no dignos de haber procurado a los pueblos, o parezca ser mío el que tales puse, o se quite la culpa del pueblo, y se refiera a los príncipes. Leamos el Apocalipsis del apóstol Juan, en el que se alaban y se acusan a los Ángeles de las Iglesias por las virtudes y vicios de aquellos a quienes se dice que presiden. Pues así como a veces es culpa del obispo, a veces del pueblo; y a menudo peca el maestro, a menudo el discípulo, a veces es vicio del padre, a veces del hijo, para que sean bien o mal educados: así en el juicio de Dios, o bien se referirá el crimen a los Ángeles, si no hicieron todo lo que pertenecía a su oficio, o al pueblo, si ellos haciendo todo, ellos despreciaron escuchar. Algunos interpretan los montes, colinas y fuertes fundamentos de la tierra, como Abraham, Isaac y Jacob, y los demás patriarcas, a quienes como oyentes

[Al. autores], y convocados al juicio, el asunto del pueblo de Israel debe ser ventilado. Otros consideran los montes, colinas, y valles como Ángeles, como dijimos antes, que o bien sirven a Dios en los cielos, o presiden a los hombres sobre esta tierra, o situados en los infiernos, de aquellos que por su propio vicio se hicieron terrenales, se les llama fundamentos: de los cuales también encontramos escrito en otro lugar: Un fuego se ha encendido en mi furia, arderá hasta el infierno abajo: devorará la tierra, y sus fundamentos (Deut. XXXII, 22). Los fuertes y antiguos fundamentos de la tierra (por cuya causa hasta ahora la tierra no pasa, y suspendida sobre el vacío, permanece equilibrada) son los méritos de los justos, de los cuales el Apóstol habla: Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas (Efes. II, 20). Así como los apóstoles, y profetas, y todo el coro de mártires son fuertes fundamentos de la tierra: así según los LXX los valles y precipicios, que se llaman más significativamente en griego φάραγγες, son los fundamentos de aquellos que han recibido la imagen de lo terrenal. Por tanto, el juicio del Señor con su pueblo, y con Israel se juzgará. El que podía como Dios por los crímenes del pueblo pecador infligir castigos, no quiere parecer poderoso, sino justo, y provoca a juicio a los pecadores, según lo profético: Venid, y juzguemos, dice el Señor (Isaías XLIII, 26), también ahora obliga al pueblo de Israel, en presencia de los Ángeles, y de toda criatura, si tiene algo que responder, para que Dios sea justificado en sus palabras, y venza cuando sea juzgado (Sal. L).

(Vers. 3 seq.). Pueblo mío, ¿qué te he hecho, o en qué te he molestado? Respóndeme, porque te saqué de la tierra de Egipto, y te liberé de la casa de servidumbre, y envié delante de ti a Moisés, Aarón y María. Pueblo mío, recuerda, por favor, qué pensó contra ti Balac, rey de Moab, y qué le respondió Balaam, hijo de Beor, desde Settim hasta Galgal, para que conocieras las justicias del Señor. LXX: Pueblo mío, ¿qué te he hecho, o en qué te he contristado, o en qué te he molestado? Respóndeme, porque te saqué de la tierra de Egipto, y te redimí de la casa de servidumbre, y envié delante de ti a Moisés, Aarón y María. Pueblo mío, recuerda qué pensó contra ti Balac, rey de Moab, y qué le respondió Balaam, hijo de Beor, desde Schaenis hasta Galgal: para que se conociera la justicia del Señor. Symmachus interpretó misericordias en lugar de justicias, y donde LXX dice Schaenis, todos tradujeron el hebreo SETTIM. Es un lugar donde Balac, rey de los moabitas, reunió un ejército contra Israel, homónimo de los árboles que aún hoy crecen en el desierto del monte Sinaí. Pues donde en LXX se refiere al arca del Testamento, o al altar y tabernáculo, y otras cosas hechas de maderas incorruptibles, en hebreo se menciona maderas de Settim, que tienen similitud con el árbol que comúnmente llamamos Espina blanca. Por eso creo que LXX interpretó σχίνον, es decir, lentisco; pero por error de los copistas, se leyó σχοῖνοι, es decir, cuerdas, en lugar de σχίνοις, es decir, lentiscos. Así, Dios habla al pueblo de Israel y lo llama a juicio, permitiéndole discutir contra Él. Pueblo mío, ¿qué te he hecho que no debía hacer? o ¿en qué te he contristado? aunque esto no se encuentra en hebreo. Un padre contrista a su hijo al castigarlo, y el pastor visita las iniquidades de las ovejas con su vara. ¿En qué te he molestado? o, como está escrito más significativamente en hebreo, ¿con qué trabajo te he oprimido? ¿Interpretarás mis beneficios como una afrenta, y deseando los melones y las carnes de Egipto, lamentarás haber sido sacado de la tierra de Egipto y liberado de la casa de servidumbre con mi ayuda, porque te di como guías a Moisés, mi amigo, Aarón, mi sacerdote, y María, mi profetisa? Si esto te parece poco, recuerda aquel tiempo cuando Balac, rey de Moab, contrató a Balaam, el adivino, contra ti por un precio, y ve cómo, contra su voluntad, deseando maldecirte, el adivino te bendijo (Num. XXII): desde Settim hasta Galgal, recorriendo con la vista todo el ejército de Israel y cambiando de lugar, como si yo no pudiera ir con el que va, y pasar con el que pasa: y esto lo hice para que se conocieran mis misericordias y justicias, amándote tanto, que aunque yo sea maldecido diariamente por la

boca de los blasfemos, no permití que el enemigo te maldijera. Los hebreos interpretan este pasaje donde se dice, desde Settim hasta Galgal, para que conocieras las justicias del Señor (Num. XXV), así: desde el tiempo en que fornicaron en Madián, hasta el tiempo en que Saúl fue ungido rey en Galgal (I Reg. X), recuerden en su memoria los males que han hecho y cuántos bienes les he hecho, y conocerán mi misericordia sobre ustedes. Esto, según la historia, es lo que Dios dijo al Israel carnal. Pero nosotros, que deseamos contemplar la gloria del Señor con el rostro descubierto, y verdaderamente tenemos a Abraham como padre, escuchemos a Dios discutiendo contra nosotros cuando pecamos, y reprochándonos con la magnitud de sus beneficios. Porque alguna vez servimos a Faraón, y al pueblo egipcio fabricamos barro y ladrillos: y nos redimió quien se dio a sí mismo como redención por todos, para que dijéramos, los que fuimos redimidos por el Señor, a quienes redimió de la mano de los enemigos, y a quienes reunió de las regiones: Porque eterna es su misericordia (Sal. CVI, 1). También envió delante de nosotros a Moisés, la ley espiritual, y a Aarón, el gran sacerdote, no el efod típico, portador de la verdad, sino teniendo en la frente el sello de santidad que Dios Padre selló. Y envió a María, la profecía de los profetas, y no solo nos concedió esto; sino que también nos liberó de las manos de los enemigos. Recordemos qué pensó contra nosotros, quien quiso devorarnos y destruir nuestra congregación, el verdadero Balac, el diablo. Balac se interpreta como ἐκλείχων, es decir, el que destruye, rey del agua paterna: ya que Moab, según otra etimología, se dice agua paterna. Cuando Balac nos acechaba, y lo hacía a través de su pueblo vano, que se interpreta como Balaam, Dios no permitió que estuviéramos sujetos a sus maldiciones; sino que, al contrario, nos bendijo, el pueblo vano de las naciones, nacido de aquel que está en la piel, obligado por la verdad del asunto: pues Beor se interpreta como en la piel, siempre dedicado a la carne y a las obras de la muerte: y el pueblo vano, nacido de aquel que está totalmente en la piel, respondió por nosotros, siempre cambiando de lugar, o permaneciendo sobre espinas, o sobre cuerdas, para seguir también el error de la edición Vulgata. Las espinas, según el dicho del Salvador, son las preocupaciones de este siglo, y las riquezas, y los placeres en los que el pueblo vano es (Mat. XIII, Marc. V). Pero el hecho de que esté sobre cuerdas, es decir, en los lazos de los pecados (pues cada uno está atado por las cuerdas de sus pecados [Prov. V], e Isaías es testigo, diciendo: Ay de los que arrastran sus pecados como una cuerda larga, y sus iniquidades como el yugo de una novilla [Isai. V, 18]). Si, por tanto, está de pie, no está sino sobre espinas y cuerdas: si quiere moverse, no tiene un paso estable, sino que siempre fluctuante y vacilante, llega hasta Galgala, que se interpreta como κυλισμὸς, es decir, volubilidad o revolcadero. Si alguna vez vemos a algunos levantarse contra nosotros, y con bocas ávidas desear nuestra sangre, y por una disposición imprevista de Dios, convertirse en nuestro favor aquellos que vinieron contra nosotros, digamos, Balaam vino de las cuerdas hasta Galgal, para que se conozca la justicia de Dios.

(Vers. 6, 7.) ¿Qué ofreceré digno al Señor? ¿Doblaré la rodilla ante el Dios excelso? ¿Acaso le ofreceré holocaustos, y becerros de un año? ¿Podrá el Señor ser aplacado con miles de carneros, o con muchos miles de cabritos gordos? ¿Daré a mi primogénito por mi delito: el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma? LXX: ¿Con qué me acercaré al Señor? ¿Recibiré a mi Dios excelso? Si me acerco a Él con holocaustos, con becerros de un año, ¿recibirá el Señor miles de carneros, o diez mil cabritos gordos? Si doy mis primogénitos por mi impiedad: el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma. Dios había llamado al pueblo a juicio: él, consciente de su pecado, no quiere contender, sino rogar, y sin embargo, en sus mismas súplicas no tiene confianza. Pues nada es digno que pueda ofrecerse a Dios por el pecado, y ninguna humildad puede lavar las manchas de los delitos, porque es imposible que la sangre de toros, y becerros, y holocaustos medulosos, y la sangre de carneros, y cabritos gordos, laven las suciedades del alma (Hebr. X). ¿Acaso, dice, daré a mi primogénito por mi

delito, como se describe que hizo el rey de Moab (IV Reg. III)? o el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma, lo que hizo Jefté, ofreciendo a su hija por la temeridad de su voto (Judith. XI)? Nosotros, por tanto, que somos del pueblo de Dios, sabiendo que no se justificará en su presencia ningún viviente (Sal. CXLII), y diciendo: Me he convertido en una bestia ante ti (Sal. LXXII, 23), haciendo penitencia por los pecados, dudamos y decimos: ¿Con qué me acercaré al Señor, recibiré a mi Dios excelso? ¿Cómo podré retenerlo cuando huye? ¿Con cuánta pureza podré preparar un hospedaje para la Trinidad? ¿Lo comprenderé en holocaustos, para ofrecirme a Él como un holocausto total, o en becerros de un año, para dejar la leche y llegar al alimento sólido, digno del año aceptable del Señor? Si ofrezco mil carneros, si diez mil cabritos, y entendiendo espiritualmente todas las víctimas del Levítico las exhibo en mí, y caen a mi lado mil, y diez mil a mi izquierda (Sal. XC), sin embargo, no podré dar nada digno en lo que pueda acercarme o recibir a Dios. Si doy mis primogénitos por mi impiedad, y el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma: daré ciertamente lo que en mí es primero, pero por mi pecado e impiedad no ofreceré nada digno a Dios. Por eso David también ora, y dice: Lávame más y más de mi iniquidad, y límpiame de mi pecado. Porque reconozco mis iniquidades, y mi delito está siempre ante mí (Sal. L, 3). Por el pecado del alma solo se ofrece dignamente la sangre: y la sangre, no de becerros, no de carneros, no de cabritos, sino la propia se ofrece dignamente, diciendo y preguntando el profeta: ¿Qué retribuiré al Señor, por todos los beneficios que me ha dado? Y después responde: Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor. Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Sal. CXV). Pero incluso esa sangre no la damos, sino que la devolvemos. ¿Y qué es comparable? Si el justo murió por los pecadores, el Hijo de Dios por los hombres, nosotros, pecadores y hombres, morimos por la confesión de su nombre.

(Vers. 8.) Te mostraré, oh hombre, qué es lo bueno, y qué busca el Señor de ti, ciertamente hacer justicia, y amar la misericordia, y caminar humildemente con tu Dios. LXX: Se te ha anunciado, hombre, qué es bueno, o qué busca el Señor de ti, sino que hagas justicia, y ames la misericordia, y estés preparado para caminar con tu Dios. Porque dudas, oh pueblo de Israel, más bien todo el género humano (pues no hablo al pueblo de los judíos, sino que mi discurso se dirige en general a todo hombre), de cómo puedes aplacar a Dios por tus pecados, si no tienes víctimas con las que compensar tu impiedad: yo te responderé qué busca Dios, más bien ya antes te lo mostré en la Ley. Pues está escrito en el Deuteronomio: Y ahora, Israel, ¿qué busca de ti el Señor tu Dios, sino que temas al Señor tu Dios, y andes en todos sus caminos, y lo ames, y sirvas al Señor tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma, y guardes los mandamientos del Señor tu Dios, y sus justificaciones, cualesquiera que yo te mande hoy, para que te vaya bien (Deut. X, 12)? El Señor busca de nosotros, y teniendo necesidad de nuestra salvación, pide recibir lo que al dador le aproveche, que hagamos justicia, es decir, que no hagamos nada sin razón y consejo, que primero la mente juzgue qué va a hacer, y después lo complete con la obra; que amemos la misericordia, y no seamos misericordiosos como obligados, o por necesidad, porque Dios ama al dador alegre (II Cor. IX). Y no digamos, ve hoy, y mañana vuelve, y te dará. Y cuando hayamos hecho justicia, y amado la misericordia, ¿qué premio recibiremos? Caminaremos con el Señor Dios, como Enoc, según la fe de los volúmenes hebreos (Gén. V; Ecles. XLIV) caminó con Dios, y le agradó, y no se le hallaba, porque Dios lo trasladó. Pues tú dijiste, ¿en qué alcanzaré al Señor, o en qué lo retendré? Yo te prometo más, haz justicia, y ama la misericordia, y caminarás con tu Dios. O ciertamente caminar con Dios, no es un premio, sino un precepto. Así como se nos ordena que hagamos justicia, y amemos la misericordia: así se nos manda que estemos preparados para caminar con el Señor nuestro Dios; no debemos dormir en ninguna hora, ni estar seguros en ningún momento, sino siempre esperar al padre de familia que viene, y temer el día del juicio, y en la noche de este siglo decir: Yo duermo, pero mi corazón vela (Cant. V,

2). La palabra ESNE (que LXX tradujo como, estar preparado, y nosotros dijimos, caminar humildemente) Theodotion la expresó más significativamente, καὶ ἀσφαλίζου τοῦ πορεύεσθαι μετὰ Ἑλωαίχ, es decir, y cuida diligentemente de caminar con tu Dios. O, como la quinta edición tradujo, καὶ φροντίζειν, es decir, actuar con cuidado, y tener esta preocupación, de caminar con tu Dios. Porque quien dice que cree en Cristo, debe caminar como Él caminó (I Juan II, 6). Y el apóstol Pablo: Sed imitadores de mí, dice, como yo de Cristo (I Cor. II).

La voz del Señor clama a la ciudad, y será salvación para los que temen su nombre. LXX: La voz del Señor clamará a la ciudad, y salvará a los que temen su nombre. En hebreo, este es el comienzo de otro capítulo; pero en los intérpretes de los Setenta, es el final del anterior: y tiene sentido: Nada más busca de ti, oh hombre, tu Dios, sino que hagas justicia, y ames la misericordia, y estés preparado para caminar con tu Dios. Pues la voz del Señor se oye en su ciudad, la Iglesia: y en las Escrituras sagradas resuena diariamente, que no solo aquellos que aman la misericordia; sino también aquellos que son inferiores, y aún temen el nombre del Señor, serán salvados por su doctrina y clemencia. Si, sin embargo, es el comienzo del siguiente capítulo, refirámonos según la historia, lo que se dice a Samaria, la metrópoli de las diez tribus, que, profetizando Miqueas, fue capturada, y digamos: El Señor reprende a Samaria, y le amenaza con las plagas que vendrán, para que el pueblo de Judá, o los que temen el nombre del Señor, al ver a otros sufrir castigos, ellos mismos, corregidos por el temor, alcancen la salvación: Pues cuando el flagelo azota al necio, no solo el sabio, sino también el insensato se vuelve más prudente (Prov. XIX, 35). Y esto mismo lo referirás a los pecadores en general y a los justos, para que el castigo de unos sea ejemplo para los demás. Lo cual también el Señor en el Evangelio interpreta sobre aquellos sobre quienes cayó la torre en Siloé (Luc. XIII), que no solo ellos eran pecadores en todo el pueblo, sino que su castigo provocaría a los demás a la penitencia.

(Vers. 10 y siguientes). Escuchad, tribus, ¿y quién aprobará esto? Aún hay fuego en la casa del impío, tesoros de impiedad, y una medida menor llena de ira. ¿Justificaré acaso la balanza impía y las pesas engañosas del saco? En las cuales sus ricos se han llenado de iniquidad, y los habitantes de ella hablaban mentira, y su lengua era fraudulenta en su boca. Y yo, por tanto, comencé a herirte con destrucción por tus pecados. Comerás y no te saciarás, y tu humillación estará en medio de ti; y tomarás, y no salvarás; y a los que salves, los entregaré a la espada. Sembrarás y no cosecharás: pisarás la aceituna, y no te ungirás con aceite; y el mosto, y no beberás vino. Y guardaste los preceptos de Amri, y toda la obra de la casa de Acab; y caminaste en sus voluntades, para que te entregara a la destrucción, y los habitantes de ella en silbido, y llevarás el oprobio de mi pueblo.

LXX: Escucha [Al. Escuchad], tribus, ¿y quién adornará la ciudad? ¿Acaso el fuego y la casa del iniquo que atesora tesoros inicuos, y con injuria iniquidades [Al. iniquidad]? ¿Será justificado el iniquo en la balanza, y en el saco las pesas engañosas, de las cuales llenaron sus riquezas de impiedad [Al. tu impiedad], y los que habitan [Al. habitaban] en ella, hablaron iniquidades, y su lengua se exaltó en su boca? Y yo te crucé con destrucción por tus pecados: comerás y no te saciarás; y te echaré en ti mismo, y tomarás, y no salvarás; y cualquiera que sea salvado, será entregado a la espada: sembrarás y no cosecharás; pisarás la aceituna, y no te ungirás con aceite; y la uva, y no beberás vino; y se disiparán las leyes de mi pueblo, y toda la obra de la casa de Acab; y caminaste en sus consejos, para que te entregara a la destrucción, y sus habitantes en silbido, y recibirás los oprobios de los pueblos.

Mucho en este capítulo los LXX difieren de la verdad hebrea, especialmente al principio: Escucha, tribus, y ¿quién adornará la ciudad? Y se disiparán las leyes de mi pueblo. Por lo cual hemos puesto por la consecuencia del discurso, Y guardaste los preceptos de Amri, aunque también en hebreo está escrito: Y se guardaron los preceptos de Amri, y toda la obra de la casa de Acab. Pues si estuviera escrito en hebreo AMMI (), correctamente los LXX habrían traducido, mi pueblo: ahora bien, estando escrito AMRI (), y añadida la letra RES, no suena el nombre del pueblo, sino el padre de Acab, del cual narra la historia de los Reyes (III Reyes XVI), no hay duda de que es un error. Finalmente, después del nombre del padre se menciona al hijo, y se dice, y toda la obra de la casa de Acab. Volvamos, pues, al inicio del capítulo. Y primero, discutiendo según la letra, con ustedes orando, intentemos alcanzar el sentido espiritual.

Escuchad, diez tribus de Samaria, lo que el Señor os testifica: aún hay fuego, es decir, iniquidad en la casa del impío Amri, y los tesoros de impiedad en la casa real perseveran. ¿Queréis oír por separado con qué males está llena vuestra ciudad? Aprended: una medida menor provocando la ira de Dios, una balanza fraudulenta y pesas diversas, y vendiendo con un peso, comprando con otro las mercancías (Prov. XI; Deut. XXV). Y si los pobres hicieran esto, la necesidad podría defender el crimen. Ahora bien, sus ricos no están llenos tanto de riquezas como de iniquidad; porque todas las riquezas, mientras despojan a otros, nacen de la iniquidad. A la congregación de riquezas sigue la mentira, y la mano acostumbrada a atesorar posee una lengua fraudulenta. La verdad engendra pobreza, la mentira riquezas. Cuando esto hacían vuestros príncipes, no quise subvertiros de inmediato; sino que comencé a herir poco a poco, y a advertir con diversas plagas. Envié sobre vosotros hambre, envié sed, envié enfermedades, y devastación hostil alrededor: la cosecha no trajo grano, la aceituna prensada no produjo aceite, el vino fue negado por las vendimias estériles. Contra las iniquidades, y las medidas engañosas, y las pesas fraudulentas, infligí estos castigos. Porque guardaste todas las ceremonias de idolatría que el impío rey Amri había establecido (III Reyes XVI y siguientes), y toda la obra de la casa de Acab y Jezabel, en lugar de mi ley guardaste, fui impulsado por tu crimen, para que te entregara a ti y a tus habitantes en silbido, y llevaras el oprobio de mi pueblo, mientras capturados por los asirios, como pueblo de Dios sois vencidos, y por vosotros mi nombre es blasfemado entre las naciones (Rom. II, 24).

Es de notar en el presente lugar, que donde se lee, y llevarás el oprobio de mi pueblo: o como los LXX tradujeron, recibirás los oprobios de los pueblos, por mi pueblo, AMMI () está escrito en hebreo. Si, pues, AMMI, suena mi pueblo, no hay duda de que erróneamente arriba, por Amri, fue traducido mi pueblo. Hasta aquí hemos expresado lo que nos parecía según el hebreo: ahora volviendo a la traducción de los LXX intérpretes, discutamos de cada uno, como podamos.

La tribu samaritana es llamada a escuchar, la cual se separó del pueblo de Dios. Y se le dice, en vano fabricas ídolos, compones becerros de oro con mano de artífice, y con la imitación de Jerusalén quieres construir otra metrópoli: ¿quién podrá adornar la ciudad? ¿Acaso el fuego, que se enciende con los dardos ardientes del diablo; y la casa del iniquo, que según su dureza y corazón impenitente atesora para sí ira en el día de la ira, y de la revelación del justo juicio de Dios (Rom. II, 5)? Y la iniquidad aumenta con la injuria, para que no solo robe de la casa de Dios, que es la Iglesia, sino que también con soberbia y altanería devaste lo ajeno. ¿Podrá justificarse quien sin balanza y peso reúne fraudulentamente de los testimonios de las Escrituras sus riquezas, que son tesoros de iniquidad? Pues cuando el Señor manda: No habrá en tu saco peso grande y pequeño (Deut. XXV): estos por amor al lucro deshonesto siempre aceptan personas en el juicio, y en la misma causa juzgan a ricos y pobres, no según el negocio, sino según la diversidad de las facultades, de manera diferente; y los habitantes de

su ciudad, que creen adornar con dogmas perversos y doctrina torcida, hablan mentira, y ponen en alto su boca, y desprecian la simplicidad del pueblo eclesiástico. Por lo cual el clementísimo Dios no los hiere de inmediato, sino que poco a poco se esfuerza en advertirlos con plagas, diciendo: Y yo comenzaré a herirte con destrucción por tus pecados; y el sentido es: Oh ciudad que los herejes quieren construir, te heriré para que perezcas, no en abolición, sino según lo que eres pecadora.

Sigue: Comerás, y no te saciarás. Leen, y no entienden; alimentándose de las palabras de las Escrituras, padecen la falta de verdad (Al. hambre). Y te echaré, dice, y tomarás, y no salvarás: y cualquiera que sea salvado, será entregado a la espada. Te abandonaré a tu propio juicio; y después de buscar mucho, no encontrarás nada, entendiendo tu error, verás que de todos tus dogmas no puedes salvarte. Pero cualquiera que se crea saciado, y no sea echado de sí, ni haya comprendido la verdad, será entregado a la espada, y será instruido con penas. Sembrarás, pues, oh tribu, y oh pésima ciudad, que los herejes construyen con fuego, iniquidad, injurias, balanza engañosa, y saco fraudulento; sembrarás, y no cosecharás; pisarás la aceituna, y no te ungirás con aceite; y las uvas, y no beberás vino. Te conviene, pues, conocido el error, no tener discípulos, no ungir tu cabeza con el aceite de los pecadores, no embriagarte bebiendo el vino de los de Sodoma. Y se dispersarán las leyes de mi pueblo, o de Amri, y toda la obra de la casa de Acab, de aquellos que en las herejías fueron patriarcas y príncipes. A quienes podemos referir, o bien a las virtudes contrarias, o a los herejes, como fueron Marción y Basilides, y recientemente Arrio y Eunomio. Y caminasteis en sus voluntades, a saber, de Amri y Acab. Y bien dice, en sus voluntades. Pues la doctrina de los maestros malvados, no es doctrina de Dios, sino invenciones de su corazón. Y te entregaré a la perdición, para que perezcas según lo que eres herética. Y a tus habitantes en silbido, o para que sigas el silbido del buen pastor según Zacarías, diciendo: Silbaré a ellos, y los reuniré, porque los redimí (Zac. X, 8). O ciertamente en el silbido del dragón, es decir, en la destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo (I Cor. V), y corregidos aprendan a no blasfemar (I Tim. I). Y todo esto lo sufrirán, para que entiendan su error, que llevaron los oprobios y pecados de todas las naciones y muchos pueblos.

Sé que algunos han referido esto a la Iglesia, lo que nosotros hemos interpretado sobre las herejías. Pero cómo el nombre de Amri y Acab, príncipes de Samaria, pueda referirse a Jerusalén y Judá, bajo cuyos nombres se interpreta la Iglesia, no lo entiendo suficientemente.

(Cap. VII.---Vers. 1 y siguientes). ¡Ay de mí, porque he llegado a ser como quien recoge en otoño los racimos de la vendimia: no hay racimo para comer: mi alma deseó los primeros higos. Ha perecido el santo de la tierra, y no hay recto entre los hombres. Todos acechan en sangre, el hombre caza a su hermano hasta la muerte. Dicen que el mal de sus manos es bueno; el príncipe pide, y el juez está en la devolución, y el grande ha hablado el deseo de su alma, y la han turbado.

LXX: ¡Ay de mí, porque he llegado a ser como quien recoge paja en la cosecha, y como racimos en la vendimia, cuando no hay racimo para comer el primero, que mi alma ha sufrido. ¡Ay de mí, alma, porque ha perecido el reverente de la tierra, y no hay quien corrija entre los hombres: todos son juzgados en sangre: cada uno tribula a su prójimo con tribulación, preparan sus manos para el mal: el príncipe pide, y el juez ha hablado palabras pacíficas, es el deseo de su alma. Y quitaré sus bienes como la polilla que come, y caminando sobre la regla en el día de tu especulación.

Predicha la cautividad de las diez tribus y de las dos (pues la palabra del Señor fue hecha a Miqueas de Morasti sobre Samaria y Jerusalén), el profeta lamenta que no se encuentre justo

alguno en el pueblo en la tierra, que pueda resistir la ira de Dios, y oponerse en medio como un muro. En vano, dice, he hablado: en vano quise ya de la ciudad vendimiada y perdida recoger como los últimos racimos; y cuando no hay racimo para comer, al menos los higos inmaduros, que los hebreos llaman BECHCHORA () [Al. bechura], es decir, los brotes de los higos, tomar en alimento: como diciendo, no encontrando pan por la magnitud del hambre, busqué desperdicios y salvado. Ha perecido el santo de la tierra, y no hay recto entre los hombres: por todas partes hay insidias, por todas partes hay fraude: se derrama sangre inocente: por avaricia y lujuria se ignora la hermandad; y no solo hacen, sino que también defienden los males, y cambiando los nombres, dicen que es bueno lo que es malo. Los mismos príncipes no reciben regalos de los oferentes, sino que obligan a los súbditos a dar, y piden. Y el juez está en la devolución, juzgando a otro como él mismo es juzgado por otro, para que presten a sus crímenes favor mutuo, y se defiendan en el crimen del otro. Cualquiera que sea grande, y como el más docto en la Ley, no habla la voluntad de Dios, sino la suya propia. Y la han turbado, ya sea la ciudad, o la verdad, o la tierra, de la cual se dice arriba: Ha perecido el santo de la tierra. Pues el mejor entre ellos es como el espinoso que pincha, y retiene, hiriendo al que se le acerca, y con diente curvo lo atrapa: y el que ha sido hallado recto, es como la espina del seto, para que allí se encuentre el dolor, donde se pensaba que había ayuda.

Esto según el hebreo. Por otro lado, según los Setenta, que difieren en algunas cosas, y al final del capítulo han traducido de manera completamente diferente, este es el sentido que me parece: Lamenta el discurso profético, o apostólico, en general al género humano, que en vano ha sembrado doctrinas, y en lugar de cosechas, y en lugar de granos, el segador tardío ha encontrado apenas pajas vacías y tallos huecos, y ni siquiera pequeños racimos ha podido encontrar en la viña, y lo demás hasta el final del capítulo. Pues si es bienaventurado quien habla en los oídos del que escucha, y el oído del oyente es el deseo del sabio, y la alegría del que habla es el oyente inteligente: por el contrario, el lamento del maestro es el mal discípulo, congruente también con las palabras de Jeremías a esta queja: No he sido útil, ni nadie me ha sido útil (Jeremías). Hay quienes creen que esto se dice en persona del Salvador, quejándose de que en tanta multitud de creyentes, y en todo el orbe del género humano apenas encuentra obras dignas de su sangre, quien también en el salmo vigésimo noveno dice: ¿Qué utilidad hay en mi sangre, mientras descendo [Al. descenderé] a la corrupción? (Salmo XXIX, 10). Aunque otros afirman que no conviene en absoluto a su persona decir: ¡Ay de mí, porque he llegado a ser como quien recoge paja en la cosecha: quien en el Evangelio dijo: Levantad vuestros ojos, y ved las regiones: porque ya están blancas para la siega (Juan IV, 35). Y en otro lugar: La mies es mucha, pero los obreros pocos (Mateo IX, 35). Quienes, pues, quieren que se entienda en persona del Salvador, dicen que no es de extrañar si dice, ¡Ay de mí, quien también lloró sobre Jerusalén, y lloró en la muerte de Lázaro (Lucas XIX). Pero también aquello, He llegado a ser como quien recoge paja en la cosecha, lo refieren a la consumación del siglo: que también interpretan significativamente como la siega, y dicen que en ese tiempo esta profecía puede cumplirse, cuando, multiplicada la iniquidad, se enfíe la caridad de muchos, y viniendo el Hijo del hombre encuentre rara la fe sobre la tierra (Mateo XIV, 24): entonces como después de la siega la paja, y como después de la vendimia los racimos, apenas se encontrará en estos quienes hayan guardado la fe en la vastedad de todos, y esta voz la consideran aprobada por lo que sigue: ¡Ay de mí, alma: de la cual hablaba: Mi alma está triste hasta la muerte (Mateo XXVI, 38). Ha perecido [Al. Perecerá] el reverente de la tierra, ya sea por el Anticristo matando a los santos, o por la magnitud de los escándalos cayendo todos. Y quien corrija, entre los hombres no hay: todos son juzgados en sangre, no en pecados leves y pequeños, sino en los máximos y que pertenecen a la sangre. No la vecindad, no la amistad, no la afinidad detendrá el crimen: todos levantarán las manos para el

mal, para que incluso quien no pueda hacer el mal, sin embargo, mientras prepara las manos, peque con la voluntad. El mismo príncipe pide, y el juez ha hablado palabras pacíficas; pues recibe regalos, el deseo de su alma. Lo cual, porque es manifiesto, y evito la envidia de los príncipes y jueces, dejando al entendimiento del lector, solo añadiré esto: Los regalos ciegan los ojos incluso de los sabios (Deut. XVI, 19): también vivifican el alma, que no debieron vivificar, y matan a la que por su mérito y virtudes vive, y esto lo hacen por los dones que piden impudicamente, y más torpemente reciben. A quienes el Señor amenaza, diciendo: Y quitaré sus bienes, que consideran bienes, que les parecen buenos. Sin embargo, en la verdad de la cosa nunca serán llamados buenos, que despojan al que da, y matan al que recibe: aunque no tanto es amenaza, como bendición, quitarles los males, y el mismo Señor y el divino discurso entrar en sus conciencias y como la polilla comer lo que sea perverso, y hacer devastación de los pensamientos de saqueos y malos, y caminar sobre la norma y regla de la verdad, y retraer a los mismos al recto que eran llevados por opiniones perversas; y hacer esto en la luz de la verdad, y en aquel día cuando los que son santos, y elegidos de la Iglesia, subirán a la atalaya, y en la sublimidad de sus doctrinas y obras disputarán sobre las cosas celestiales.

(Vers. 5-7.) Día de tu vigilancia, tu visita ha llegado: ahora será su devastación: no creas en el amigo, ni confíes en el líder. De aquella que duerme en tu seno guarda las puertas de tu boca; porque el hijo deshonra al padre, y la hija se levanta contra su madre: la nuera contra su suegra, los enemigos del hombre son los de su propia casa. Pero yo miraré al Señor: esperaré al Dios mi salvador: mi Dios me escuchará. LXX: Ay, ay, tus venganzas han llegado, ahora serán sus llantos: no creas en los amigos, ni esperes en los líderes. De aquella que duerme contigo, ten cuidado de no creerle, porque el hijo deshonra al padre, y la hija se levanta contra su madre, la nuera contra su suegra: los enemigos del hombre son los de su propia casa. Pero yo contemplaré en el Señor, esperaré al Dios mi salvador: mi Dios me escuchará. Excepto el principio del capítulo, en las demás partes ambas ediciones concuerdan, y mientras tanto, según la historia, el día de la vigilancia de Samaria, o Jerusalén, que a menudo había esperado y temido que llegara, y su visita, significa el cautiverio, diciendo: Tu devastación ha llegado: ahora será su devastación, es decir, de los habitantes, o el asedio: MABUCHA () en hebreo suena más a πολιορκίαν y φρουρήσιν, es decir, asedio y custodia, que a devastación. Por lo tanto, no creáis en las voces de los profetas, ni prestéis oído a la engañosa lisonja de los divinos; porque si entre los nombres queridos y el afecto de consanguinidad la fe es rara, cuánto más en aquellos que adulando, mienten por su botín, y como a enfermos, no ordenan lo que es útil, sino lo que es deleitable y placentero. No creas en el amigo; y en efecto, Ajitofel se levantó contra David (II Reg. XV), y el verdadero Ajitofel, Judas, contra Cristo (Mat. XXVI). Y, no confíes en el líder, como los hombres de Siquem en Abimelec (Judith. IX). Ellos mismos lo hicieron rey, y fueron oprimidos por él. De aquella que duerme en tu seno, guarda las puertas de tu boca (Ibid., XVI): no sufras lo que Sansón sufrió de Dalila (II Reg. XVI). Porque el hijo deshonra al padre; Absalón, a saber, a David: no solo manchó el reino, sino también a las concubinas de su padre con incesto. La hija se levanta contra su madre: aunque no encontramos testimonio de esto en las Escrituras sagradas, hay tantos ejemplos en la vida cotidiana, que más debemos lamentar que sean tantos, que buscar. La nuera contra su suegra: como la esposa de Esaú se levantó contra Rebeca (Gen. XXVI). Los enemigos del hombre son los de su propia casa. Aquí no busco ejemplos, ya que hay más de los que necesitamos testimonios. Por lo tanto, no creáis, Samaria y Jerusalén, a los falsos profetas. Pero yo, dice el profeta, miraré al Señor, me regocijaré en Dios mi Salvador, o mi Jesús, y mi Dios me escuchará. Sigue la exposición de los Setenta, que dijeron, Ay, ay, tus venganzas han llegado, es decir, los castigos que deben infligirse por los crímenes. A mí,

dice, la venganza, y yo retribuiré, dice el Señor (Rom. XII, 19; Deut. XXXII, 35). Y en otro lugar: Han llegado los días de tu retribución (Oseas IX, 7). Porque el Señor hace venganza de los que claman a Él día y noche y dicen: ¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que habitan en la tierra? (Apoc. VI, 10). Por lo tanto, han llegado las venganzas, y ahora serán sus llantos, es decir, de las venganzas, para que lloren los que antes reían, y saliendo inmediatamente del mundo, soporten tormentos, que aquel rico una vez vestido de púrpura y lleno de delicias, soporta en el infierno, donde hay llanto y crujir de dientes (Luc. XVI; Matt. VIII, XIII). Lo que sigue, Ahora serán; entiéndelo al final de cada vida, o en la consumación de todas las cosas, y en el día del juicio, cuando las venganzas generales vendrán sobre todos. No creáis, por lo tanto, en los amigos, porque todo amigo suplanta con engaño, y quien es amigo por algo, no es tanto amigo de aquel a quien finge amar (pues amigo se dice por amor) como de aquello que ama. Preguntado alguien qué es un amigo, respondió: Otro yo. Si se nos opone el ejemplo de los pitagóricos, que se dieron como rehenes mutuamente al tirano, decimos que no es una sentencia pronunciada por Dios contra todos los amigos y afectos de caridad, ni contra todo tiempo, sino sobre lo que el Apóstol dice: En los últimos días vendrán tiempos peligrosos: porque los hombres serán amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto, no guardando pacto, delatores, incontinentes, crueles, sin benignidad, traidores, obstinados, hinchados, amadores de los placeres más que de Dios (II Tim. III, 1, 2), y demás. Entonces el hermano entregará al hermano, y el padre al hijo, y la madre a la hija, y los enemigos del hombre serán los de su propia casa (Matth. X, 35, 36). Pero incluso ahora la fe es rara: cuando una cosa está en los labios, y otra en el corazón: el veneno del alma, la miel de la lengua lo cubre. Muchos amigos de los ricos, pero de los pobres incluso los que parecen serlo, se alejan. Por eso se dice: Si tienes un amigo, consérvalo en la tentación (Eccl. VI, 7). Leí en una Controversia de alguien: «El amigo se busca durante mucho tiempo, apenas se encuentra, difícilmente se conserva.» Teofrasto escribió tres volúmenes sobre la amistad, prefiriéndola a toda caridad, y sin embargo, testificó que es rara en los asuntos humanos. También hay un libro de Cicerón sobre la amistad, que tituló Laelius: en el cual lo que se nos enseña: Que el amigo sea para nosotros como un vino viejo, y lo bebamos en su dulzura, está casi puesto en las mismas palabras. La amistad acepta o hace iguales: donde hay desigualdad, y la eminencia de uno, la sujeción del otro, allí no hay tanto amistad, como adulación. Por eso leemos en otro lugar: Que el amigo sea del mismo espíritu. Y el lírico orando por un amigo: Guarda, dice, la mitad de mi alma (Horat.). No creáis, por lo tanto, en los amigos, es decir, en estos hombres, que buscan ganancias de las amistades. Si deseas deleitarte con la verdadera amistad, sé amigo de Dios, como Moisés que hablaba con Dios, como un amigo con un amigo (Exod. XXXIII, 11). Sé amigo, como los Apóstoles, a quienes el Salvador dijo: Ya no os llamaré siervos: porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os llamaré amigos, porque habéis perseverado conmigo en todas mis tentaciones (Joan. XV, 15). La amistad es delicada, que sigue las felicidades y riquezas de los amigos. Este tipo de hombres no me parecen amigos, sino que se aman a sí mismos. Consideremos atentamente las palabras del Señor: Pero os llamaré, dice, amigos. Y da las razones por las que los llama amigos: Porque habéis perseverado conmigo en la tentación, y no se detuvo allí: sino en todas, dice, mis tentaciones. Sucede a veces, que quien perseveró con nosotros en una tentación, vencido por otras, se aleja. En segundo lugar, se ordena: Ni esperéis en los líderes: Maldito es el hombre que confía en el hombre (Jer. XVII, 5). En el hombre la esperanza es vana, y verdadera en Dios. Por eso Pablo dice: Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas (Act. XX, 30). Y el mismo Señor por el profeta: Los líderes de mi pueblo no me conocieron, son hijos necios y no entendidos: son sabios para hacer el mal: pero no supieron hacer el bien (Jer. IV, 22). Se llamaban, dice, mis líderes, y líderes de mi pueblo; pero porque no me conocieron, y con su obra destruyeron el

nombre, por eso son hijos necios y no entendidos: tienen prudencia solo para someterse al simple rebaño, y pisotearlo con sus pies; pero no supieron hacer el bien, y gobernar al pueblo. No creáis en los líderes [Al. jueces], no en el obispo, no en el presbítero, no en el diácono, no en cualquier dignidad de los hombres. Y no digo esto, que no debáis estar sujetos a tales grados en la Iglesia: Porque cualquiera que maldiga a su padre o a su madre, morirá (Levit. XX, 9). y el Apóstol enseña que se debe obedecer a los superiores en la Iglesia; pero que es una cosa honrar a los líderes, otra tener esperanza en los líderes (I Pet. II). Honremos al obispo, deferamos al presbítero, levantémonos ante el diácono: y sin embargo, no esperemos en ellos: porque la esperanza del hombre es vana, y la esperanza cierta está en el Señor (I Thess. IV). El tercer mandato: De aquella que duerme contigo, guarda, no le creas. Por eso el Apóstol llama a las mujeres vaso frágil, y ordena que se les rinda honor por sus maridos. Porque el hombre no fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del hombre (Ephes. V). Y: La esposa, dice, que tema al marido (I Cor. XI). Temer de la esposa es, y con temor amar al marido: del marido solo amar; porque el amor es de los perfectos: Maridos, dice, amad a vuestras esposas y no seáis amargos con ellas (Ephes. V, 25); aunque ellas provoquen a ira, y hagan tales cosas por las que merezcan soportar amargura. Esto significa παραπικραίνεσθαι: sin embargo, vosotros no les devolváis amargura. Pero también Salomón en el Ecclesiastés: Y al hombre, dice, uno de mil encontré, y a la mujer en todas estas no encontré (Eccle. VII, 29): quizás enseñado por su propio ejemplo, que no se debe creer a las mujeres, por las que ofendió a Dios (III Reg. XI). Pero también el Poeta sublime (no otro Homero, como Lucilio [Al. Lucilio] sospecha de Ennio; sino el primer Homero entre los latinos):... . Siempre variable y cambiante es la mujer. Las historias griegas y latinas están llenas de cuántos hombres han sido engañados por sus esposas y su vida ha sido traicionada. Pero de las Escrituras, tanto Dalila, de quien hicimos mención antes, como el ejemplo de otra antes de Dalila, que extrajo el secreto de Sansón con lágrimas de siete días, y con amor simulado, descubrió lo que estaba oculto. Por eso Sansón después dice: Si no hubierais domado mi ternera, no habríais encontrado mi enigma (Jud. XIII, 19). Hasta aquí se ordena, que no creamos fácilmente a los amigos, ni a los líderes, ni a las esposas. Y se da una causa que no responde suficientemente a la proposición; pues dice: Porque el hijo deshonra al padre, la hija se levanta contra la madre, la nuera contra la suegra, y los enemigos del hombre son los de su propia casa. Pues, ¿qué tiene que ver con el amigo, con el líder, con la esposa, si el hijo y la hija y la nuera se levantan contra el padre y la madre y la suegra? Por lo tanto, me parece que puede unirse así con lo anterior: No creáis en los amigos, y en los líderes, y en las esposas, que pueden cambiar, y ser por tiempo: cuando también el hijo y la hija, olvidados de la educación y la infancia, se levantan contra los autores de su vida y de sus cuerpos, y les hacen deshonra, a quienes es un crimen herir incluso con el rostro. Pero esta exposición no conviene de ninguna manera a la nuera que se levanta contra la suegra, y al hombre, cuyos enemigos son los de su casa. Terencio en Hecyra: ¿Qué es esto? todas las suegras odian a las nueras: lo cual, aunque sea ambiguo, sin embargo, es casi natural: que la nuera odie a la suegra, y la suegra a la nuera. Esto sobre la consumación y el fin del mundo, qué generación precederá la venida del Anticristo, el discurso profético lo ha descrito. Ahora debemos discutir según la interpretación anterior, en la que hablamos de los herejes: Escucha, tribu, y ¿quién adornó la ciudad? ¿acaso el fuego y la casa del impío? Y de nuevo, sobre la Iglesia: Ay de mí, porque he sido como quien recoge paja en la cosecha. Y otra vez: Ay de mí, alma: ha perecido el que vuelve de la tierra; y no hay quien corrija entre los hombres. Y después: El príncipe pide, y el juez ha hablado palabras pacíficas, el deseo de su alma. Por lo tanto, sigue una doble maldición: Ay, ay, tus venganzas han llegado: ahora serán sus llantos, y digamos que está escrito sobre los herejes: No creáis en los amigos, oh pueblos simples, y en los líderes perversos que se prometen ser amigos y príncipes de las herejías: porque no buscan vuestra salvación, sino sus propias ganancias, y el rebaño engañado lo pisan con sus

pies: y a aquella que duerme contigo, ten cuidado de no creerle nada, que no puedo entender de otra manera sino como la carne, para que no creamos fácilmente en las lisonjas de la carne, no sea que la dureza del alma y la constancia viril se ablanden con sus seducciones. Porque el hijo que ha nacido de Dios, descuidando a su Creador, lo blasfema de quien fue creado, diciendo la Escritura: ¿No os creó un solo Dios? ¿no es un solo padre de todos vosotros? (Mal. II, 10)? y el alma desprecia a la Jerusalén celestial, y desprecia a la madre Iglesia, quien la desprecie, morirá. Y la nuera se levanta contra su suegra: lo cual parece difícil de entender según la tropología; pero quien haya leído el Cantar de los Cantares, y haya entendido al esposo del alma, la palabra de Dios, y haya creído en el Evangelio, que según los hebreos hemos traducido recientemente (en el cual se dice de la persona del Salvador: Ahora me ha llevado mi madre, el Espíritu Santo en uno de mis cabellos (Mat. X). no dudará en decir, que la palabra de Dios ha nacido del Espíritu, y que el alma, que es la esposa de la palabra, tiene por suegra al Espíritu Santo, que entre los hebreos se dice en género femenino RUA (). Por lo tanto, los herejes, cuando antes creían en las Escrituras, que fueron escritas y publicadas por el Espíritu Santo, se trasladan a nuevas doctrinas, y al fermento de los fariseos, y a los mandamientos de los hombres: y mientras desprecian la palabra de Dios, hacen injuria a su suegra. Y no sea que dudes, que el Verbo y el Hijo de Dios nacen del Espíritu Santo, considera las palabras de Gabriel a María: El Espíritu Santo, dice, vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra: por eso el santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios (Luc. I, 35). Después de esto sigue: Los enemigos del hombre son los de su propia casa. Lo cual debemos exponer según la tropología: La cabeza de todo hombre es Cristo; y Cristo, la cabeza de la Iglesia (1 Cor. II, 3): de este a menudo son enemigos, los que se consideran estar en su casa, es decir, en la Iglesia, y no se apartan de la cabeza, pero piensan contra su cabeza, que sin maestro, y sin la gracia del Señor, prometen conocimiento de las Escrituras por su propio juicio, están inflados, y no saben nada, y languidecen en cuestiones, y contiendas y luchas de palabras, que verdaderamente estando en la casa, son enemigos de la verdad. Pero debemos saber, que en el Evangelio hay casi las mismas palabras que ahora leemos en el Profeta, y según el contexto de ese lugar tienen otro sentido, que si fueron tomadas del profeta, o pronunciadas por su propia autoridad, es del conocimiento del Señor, que habló tanto en los Profetas como en los Evangelios. Pero allí dice el Señor: Vine a dividir al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre son los de su propia casa (Matth. X, 35, 36). Con esto explicado (si es que pudimos alcanzar el sentido de las Escrituras), entendiendo el santo la caridad enfriada, y que los hombres en la consumación del mundo no son amantes de Dios, sino amantes de sí mismos, mientras otros creen en amigos y líderes y esposas, y el hijo y la hija y la nuera se levantan contra el padre y la madre y la suegra, y los enemigos del hombre son los de su propia casa, él mismo cree en el Señor, y toda su contemplación está en su Dios: y aunque esté oprimido por las tribulaciones y presiones del mundo; sin embargo, no teniendo confianza en nadie más que en aquel que dice: No temáis, yo he vencido al mundo (Joan. XVI, 36), espera a Dios su Salvador, y creyendo en Él, y dirigiendo siempre sus ojos hacia Él, espera ser escuchado, cada vez que lo invoque.

(Vers. 8 seq.) No te alegres, enemiga mía, sobre mí, porque he caído: me levantaré. Cuando me siente en las tinieblas, el Señor es mi luz: soportaré la ira del Señor, porque he pecado contra Él, hasta que juzgue mi causa y haga mi juicio, y me saque a la luz, y veré su justicia, y mi enemiga lo verá, y será cubierta de confusión, la que me dice: ¿Dónde está el Señor tu Dios? Mis ojos la verán; ahora será pisoteada, como el lodo de las calles: el día en que se edifiquen tus muros. En ese día la ley se alejará: en ese día vendrá hasta ti desde Asiria, y hasta las ciudades fortificadas, y desde las ciudades fortificadas, hasta el río, y al mar desde el

mar, y al monte desde el monte. Y la tierra será desolada a causa de sus habitantes, y por el fruto de sus pensamientos.

LXX: No te burles de mí, enemiga mía: porque he caído, y me levantaré: porque si camino en las tinieblas, el Señor me iluminará. Soportaré la ira del Señor, porque he pecado contra Él, hasta que justifique mi causa, y haga mi juicio, y me saque a la luz, y veré su justicia, y mi enemiga me verá, y será cubierta de confusión, la que me dice: ¿Dónde está el Señor tu Dios? Mis ojos la verán, ahora será pisoteada, como el lodo en los caminos, el día de la eliminación de tu muro, y ese día rechazará tus leyes, y tus ciudades vendrán a la conclusión y a la división de los asirios, y tus ciudades fortificadas en división desde Tiro hasta el río, y desde el mar hasta el mar, y de monte a monte; y la tierra será desolada con sus habitantes por los frutos de sus invenciones.

Parece que, literalmente, Jerusalén habla contra Babilonia y las otras naciones que se burlaron de ella: No os alegréis de mi caída: porque con la misericordia del Señor, me levantaré: después de haber estado en cautiverio, Él me sacará de las tinieblas, y será mi luz. Soportaré la ira del Señor: porque sé que merezco lo que he sufrido, hasta que me vengue de las naciones, y se haga mi juicio. Sé que Él me sacará a la luz, y veré su justicia, y mi enemiga Babilonia, y las otras naciones alrededor, lo verán y serán cubiertas de confusión, las que ahora dicen burlándose: ¿Dónde está el Señor tu Dios? Mis ojos la verán, y no mucho después, sino ahora y en el presente, será pisoteada, como el lodo de las calles.

Hasta aquí Jerusalén, o el profeta hablando en nombre del pueblo: Ahora Dios es introducido respondiendo a Jerusalén: Oh Jerusalén, han llegado los días en que se edificarán tus muros, que fueron destruidos por el devastador babilonio. En ese día la ley se alejará, o el mandato y la orden, como lo interpretaron Símaco y Teodoción, diciendo, ἐπιταγὴν καὶ πρόσταγμα; y el sentido es: No estarás más bajo el dominio de los babilonios, en el día en que se edifiquen tus muros, vendrán a ti desde Asiria, y desde las ciudades fortificadas: desde las ciudades, digo, fortificadas hasta el Jordán, por el cual antes también pasó el pueblo, y desde el mar Rojo, y todas las naciones hasta el mar Muerto, que está cerca de tu tierra, y al monte Sion, desde los montes de los persas y medos, a los cuales fueron trasladados antes; y la tierra de los caldeos, y de aquellos que te devastaron, será desolada, por sus habitantes, y por sus malas obras.

Esto es lo que los judíos hasta hoy se prometen, y en el lugar donde hemos expuesto: En ese día la ley se alejará, como nos ha parecido, y como los más prudentes de ellos discuten, algunos frivolamente mienten, y dicen: En ese día, cuando Cristo haya edificado los muros de Jerusalén, las Escrituras sagradas de la Ley y los Profetas, que ahora están en nuestras manos, serán quitadas de nosotros, y entregadas al pueblo de los judíos. Pues lo que se dice según los Setenta, el día de la eliminación de tu muro, no se refiere a Jerusalén, como hemos expuesto según el hebreo; sino que entendamos que aún se dice de Babilonia, que también será destruida, y pisoteada como un muro. Y ese día rechazará las leyes, no las leyes de Dios, sino aquellas leyes que, oh Babilonia, ordenaste observar contra la ley de Dios. Y tus ciudades vendrán a la conclusión, o a la división, siendo atacada por los asirios (ya que Babilonia fue ciudad de los caldeos, no de los asirios). Y tus ciudades fortificadas serán divididas por el ejército hostil, desde Tiro hasta el río Tigris, que te rodea, y desde el mar Grande hasta el mar Rojo, que toca tus regiones al lado de los que van a la India. Y de monte a monte: desde los montes de Judea hasta los montes de Media y Persia, toda Mesopotamia y toda la región, que ahora está en medio de ti, será sometida al dominio de los adversarios. Y la tierra será desolada por los pésimos frutos de vuestros estudios.

Donde los Setenta interpretaron, de Tiro, sepamos que en hebreo está escrito, MASOR, (): que si se divide en la preposición MA, y el nombre SOR, se entiende de Tiro; pero si es una sola palabra, significa fortificación. Finalmente, todos tradujeron περιοχὴν, καὶ περίφραγμα, καὶ πολιορκίαν, no de Tiro, como los LXX, sino fortificación y el ámbito de una ciudad amurallada. Esto según el hebreo, y los deseos del Israel carnal y del pueblo de la circuncisión, como si un discurso ocioso hubiera jugado de más. Ahora vayamos a la comprensión espiritual, y con el mismo Espíritu Santo exponiendo, trabajemos en los lugares más difíciles.

Me parece que toda alma es Jerusalén, en la que fue edificado el templo del Señor, y la visión de la paz, y el conocimiento de las Escrituras; y después, superada por los pecados, fue llevada al cautiverio, entregada a tormentos, diciendo contra Babilonia, es decir, la confusión de este mundo, y contra la fortaleza contraria, que preside este mundo: No te burles de mí, enemiga mía, porque he caído, y me levantaré: porque el Señor levanta a los caídos (Sal. CXLIV), y habla por el profeta. ¿Acaso el que cae, no se levantará? (Jer. VIII, 4). Y: No quiero la muerte del pecador: solo que se convierta, y viva (Ezequiel XXXIII, 11). Si me desprecias porque soporto tormentos, aprende por Ezequiel que las penas primero se imponen a los más santos, y se dice por el Señor: Comenzad por mis santos (Ibid., IX, 6). Porque si camino en las tinieblas, el Señor es mi luz. Aunque los gobernantes de estas tinieblas me hayan engañado, y me siente en las tinieblas y en la sombra de la muerte, y mis pies tropiecen en los montes tenebrosos, sin embargo, a los que están sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte, les ha nacido una luz, y la luz brilla en las tinieblas (Isaías IX, 2). Y: El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? (Sal. XXVI, 1); y hablaré con Él, y diré: Lámpara es a mis pies tu palabra, Señor, y luz para mis caminos (Sal. CXVIII, 105). Él mismo me mandó en las tinieblas de este siglo: Tened ceñidos vuestros lomos, y las lámparas encendidas en vuestras manos (Lucas XII, 35).

Sigue: Soportaré la ira del Señor, porque he pecado contra Él: hasta que justifique mi causa, y haga mi juicio, y me saque a la luz; y veré su justicia. Toda corrección al presente no parece ser de gozo, sino de tristeza, y después dará fruto pacífico de justicia a los que por ella han sido ejercitados. Sintiendo, pues, el alma que ha pecado, y tiene las heridas de los pecados, y vive en carnes muertas, y necesita cauterio, dice con constancia al médico: Quema mis carnes, corta las heridas, todos los humores y el flujo nocivo constriñe con dura poción de eléboro. Fue mi culpa que me hiriera: sea mi dolor soportar tantos tormentos, para que después reciba la salud. Y el verdadero médico, ya seguro y sano, muestra la causa del medicamento, y enseña que hizo bien lo que hizo. Finalmente, después de los tormentos y suplicios, sacada de las tinieblas exteriores el alma, y pagado el último cuadrante, dice: Veré su justicia, y hablaré: Justificados son tus juicios, Dios. Si Cristo se ha hecho para nosotros de Dios sabiduría, y justicia, y santificación, y redención (I Cor. I): quien dice que verá la justicia después de la ira de Dios, se promete a sí mismo la visión de Cristo. Y esto es solo para los penitentes. Sin embargo, es mucho mejor no tener heridas, y no necesitar médico. La curación no es la bienaventuranza de los sanados, sino el consuelo después del dolor. Por tanto, quien ha sido curado, tenga cuidado de no pecar de nuevo, y que no le suceda algo peor.

Leemos en Levítico (Lev. XIII), si leemos con ojos abiertos, y el velo que está puesto en la Ley no excluye la mirada del ojo interior, que en la cicatriz y la quemadura suele generarse lepra, y cambiar el color del cabello, y a la deformación anterior de la cicatriz se añade una nueva fealdad. Esto para que nadie, seguro de la penitencia, porque después del pecado pueda decir: Soportaré la ira de Dios, porque he pecado contra Él, hasta que justifique mi causa, peque y necesite cauterio, y sanado sea herido de nuevo.

Cuando el Señor nos saque a la luz, y veamos su justicia, entonces nuestra enemiga Babilonia lo verá, y será cubierta de confusión, la que antes nos decía: ¿Dónde está tu Dios? pensando que Jerusalén después de las heridas no podría ser sanada. Y nuestros ojos la verán, y será pisoteada, como el lodo de las calles. Y porque todo fin de penas es el comienzo de bienes, y el dolor conduce a la salud, de su lodo se harán ladrillos, y la formación de ladrillos será su eliminación. Y en ese día desechará los errores antiguos, y sus ciudades, que estaban mal fortificadas, vendrán a la conclusión, o a la división, y serán divididas por los asirios; también de Tiro, que se interpreta συνοχή, es decir, angustia, surgirán otras fortalezas, y habrá sedición hasta aquellos que se deleitan en el flujo de este siglo, y generan lujurias en los hombres. Y de mar a mar, y de monte a monte se levantarán guerras entre sí, para que la amargura luche contra la amargura, y la sublimidad que se eleva sea humillada, y luche contra otra altura, y entonces verdaderamente se cumplirá: Venid, descendamos y confundamos sus lenguas, para que no oiga cada uno la voz de su prójimo (Gén. XI, 7), pues es útil que las peores fortalezas no tengan concordia entre sí. Y cuando Satanás esté dividido contra Satanás, entonces finalmente todo su reino será destruido (Mat. XII). Y lo que suele suceder frecuentemente en grandes ejércitos, que al ser asesinado el tirano, sus satélites dividen el reino entre sí, y se levantan unos contra otros, y hay guerra intestina entre ellos: esto también sucederá en la consumación del mundo, cuando los muros de Jerusalén hayan sido edificados, y Babilonia haya caído, y los asirios, y los de Tiro desde el río, y desde el mar, y desde los montes, es decir, todas las naciones de los demonios lucharán entre sí, y destruido su reino, será el reino del Señor Jesús, y toda rodilla se doblará, de los celestiales, y de los terrenales, y de los infernales, y toda lengua confesará que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre (Filip. II).

Para que sepáis que el fin de esta sedición es el progreso de las virtudes, entonces la tierra de Babilonia será desolada con todos sus habitantes, y no producirá más frutos babilónicos.

(Vers. 14 seqq.) Apacienta a tu pueblo con tu vara, el rebaño de tu heredad: los que habitan solos en el bosque en medio del Carmelo: se alimentarán en Basán y Galaad como en los días antiguos: según los días de tu salida de la tierra de Egipto, le mostraré [Al. mostré] maravillas. Verán las naciones, y se avergonzarán de toda su fortaleza. Pondrán sus manos sobre su boca: sus oídos estarán sordos. Lamerán el polvo como serpientes: como reptiles de la tierra, se turbarán [Vulg. se perturbarán] en sus casas. Temerán al Señor nuestro Dios, y te temerán a ti. LXX: Apacienta a tu pueblo con tu vara, las ovejas de tu heredad, que habitan solas en el bosque, en medio del Carmelo se alimentarán en Basán y Galaad como en los días antiguos, y según los días de tu salida de la tierra de Egipto, les mostraré maravillas. Verán las naciones, y se avergonzarán de toda su fortaleza: pondrán sus manos sobre su boca, sus oídos estarán sordos. Lamerán el suelo como serpientes, que arrastran la tierra: se turbarán 527 en sus encierros: temerán al Señor nuestro Dios, y te temerán a ti. Esto que se dice: Apacienta a tu pueblo con tu vara, Dios Padre lo dice al Hijo, es decir, a nuestro Señor Jesucristo, para que, siendo el buen pastor, y poniendo su vida por sus ovejas (Juan X), apaciente a su pueblo con su vara, y a las ovejas de su heredad. Y para que no pensemos que son los mismos pueblos que las ovejas, en otro lugar leemos: Nosotros somos tu pueblo, y las ovejas de tu prado (Sal. LXXVIII, 21). El pueblo se refiere a los racionales, mientras que las ovejas a aquellos que aún no usan la razón, contentándose solo con la simplicidad, y son llamados de la heredad de Dios. Tanto el pueblo como las ovejas necesitan la vara pastoral, de la cual también habla el Apóstol: ¿Qué queréis, que vaya a vosotros con vara, o con amor y espíritu de mansedumbre? (I Cor. IV, 21). Por esta razón, creo, porque el pueblo de Israel era de dura cerviz, y siempre suspiraba por las carnes de Egipto, Moisés usó no solo contra

los egipcios, a quienes golpeó con diez plagas, sino también contra el pueblo en el desierto, la vara legal, la vara que golpea, y que rompe todos los vasos de barro y frágiles. A los apóstoles del Señor Salvador, que hablaban sabiduría entre los perfectos (I Cor. II), se les quitó la vara de las manos, porque el amor perfecto echa fuera el temor (I Juan IV). Si alguien nos objeta cómo ahora se dice a Cristo, es decir, al buen pastor, que ciertamente es mayor que los apóstoles y mejor, que use la vara, cuando es de mayor progreso no tener vara que corregir a los pueblos y ovejas con vara, les responderemos según lo que el Señor promete a sus apóstoles, que harán mayores señales en los pueblos que él mismo hizo (Juan XIV). Y porque el Señor aún hablaba al Israel carnal, y no aún a aquel que podía conocer perfectamente los misterios, por eso se dijo de él, que apaciente con vara a su pueblo y rebaño, pero a los apóstoles se les quitó la vara de las manos, y la severidad de la Ley, la clemencia del Evangelio la temple. Además, estos pueblos y estas ovejas serán golpeados y apacentados con vara, porque habitaron solos en el bosque. Esto podemos entender también de aquellos que, separándose de la Iglesia, se entregan a banquetes 528 y amistades de los gentiles: así como de aquellos que, por odio al género humano, buscan una vida solitaria, como leemos que Timón fue en Atenas: no porque la vida solitaria y profética que tuvieron Elías (III Reyes XVII y XIX) y Juan (Mateo III y XI), deba ser condenada; sino porque si despreciando a los demás, él mismo se enorgullece, y habita en el bosque de los vicios, debe ser corregido con vara. Quien habita solo, y no habita en el bosque, está en la alabanza de las virtudes: pero quien está solo, y no hace obras de justicia, y solo disfruta del placer de la quietud, y no se esfuerza en la obra y trabajo de Cristo, ni busca su alimento con sus propias manos como manda el Apóstol (I Cor. IV), y se eleva en soberbia: este habita en el bosque, y se mueve entre árboles infructuosos. Pero como es buen pastor, y su vara golpea para corregir, el discurso profético promete cosas mejores, y dice: En medio del Carmelo se alimentarán en Basán y Galaad, según los días de la eternidad, y según los días de tu salida de Egipto. Carmelo se interpreta como ciencia de la circuncisión: Basán confusión, y Galaad transmigración del testimonio. El pueblo de Dios, y las ovejas de su prado, que antes se alimentaban fuera del rebaño del Señor, y se movían fuera de su Iglesia, en el bosque de los errores, después serán trasladados al conocimiento de la verdadera circuncisión, y servirán a Dios en espíritu, y se gloriarán en el Señor, y no confiarán en la carne, y serán la verdadera circuncisión, y no la mutilación. Y cuando hayan sido alimentados con la circuncisión espiritual, entendiendo los pecados pasados, se avergonzarán de sus vicios, y se sonrojarán, y estarán en la confusión que lleva a la vida (Ecl. IV), porque hay otra confusión que lleva a la muerte, en la que habitó una vez Og, rey de Basán, ya que Basán se interpreta como confusión: de la cual confusión pésima el Señor promete liberar a su pueblo: Dijo el Señor, de Basán convertiré, convertiré del abismo del mar (Sal. LXVII, 23). Y cuando hayamos conocido la verdadera circuncisión, y nos hayamos avergonzado de nuestros pecados, entonces estaremos en Galaad, que se interpreta como transmigración del testimonio, en la Iglesia de Cristo, a la cual los testimonios de la Ley y los dichos de los Profetas han pasado, y esto se hará para nosotros según los días antiguos, según los días, cuando salimos 529 de la tierra de Egipto, de los cuales Moisés dice: Recordad los días de la eternidad (Deut. XXXII, 7), no los días de este siglo, que se llaman malos, sino los días perpetuos. Recuerda los días de la eternidad, quien no mira lo presente, y ha resucitado con Cristo, y se sienta con él en los celestiales, ya presumiendo en su mente que ha sido liberado de los días del siglo presente. También promete el discurso divino, que mostrará a su pueblo, y a las ovejas de su heredad maravillas: Entonces, dice, verán las naciones, y se avergonzarán de toda su fortaleza, porque una vez devastaron, y prevalecieron contra el pueblo de Dios, y su confusión tendrá provecho, cuando comprendan sus males. Porque pondrán sus manos sobre su boca, y las malas obras les quitarán toda libertad de hablar. Así como las manos de las naciones impías cierran sus bocas, así las manos de los justos abrirán

sus bocas, recibiendo la facultad de hablar con Dios por la buena obra. También sus oídos se ensordecen, porque la maldad no solo ha cegado la vista de sus ojos, sino que también ha hecho sordos sus oídos; porque no quisieron escuchar la voz de los encantadores, y del hechicero que encanta sabiamente. Y según Isaías: Con sus oídos han oído pesadamente (Is. XXXIII): aunque es mucho menos oír pesadamente, que no oír en absoluto, y hacerse sordo para no escuchar la palabra de la verdad. Después de tantos males se dice de ellos, que lamerán el suelo como serpientes, que arrastran la tierra, caminando sobre su vientre, y comiendo tierra todos los días de su vida (Gén. III). Y haciendo obras de la carne, es decir, terrenales, y arrastrándolas consigo hasta el día de la venganza, y de la visita del Señor, no polvo, no pequeñas huellas de la tierra, sino toda la tierra. Y cuando lo hayan hecho, y hayan venido al juicio de Dios, y hayan sido encerrados y turbados, estarán turbados y encerrados, mientras la tierra que arrastraron como serpientes, permanezca en ellos. Pero cuando esa tierra haya desaparecido, se asombrarán, y se maravillarán, no en el Señor su Dios (pues aún no merecerán que se diga el Señor su Dios), sino en el Señor nuestro Dios. Y de repente se hace una vuelta a Cristo y se le dice: Y te temerán a ti. Porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Prov. VII). Y estas cosas sucederán, para que vean las naciones, y se avergüencen de toda su mala fortaleza; y pongan sus manos sobre su boca, y sus oídos se ensordezcan, y laman la tierra como serpientes, 530 que arrastran el suelo, para que primero sean encerrados, y encerrados se turben, luego aterrados se asombren ante el Señor Dios de los santos, y finalmente ellos también le teman. Esto según los LXX. Pero como no difiere mucho de ellos, al menos en este lugar, nuestra edición, pensemos que lo que se ha dicho en ellos, también se ha dicho en esta.

(Vers. 18-20.) ¿Quién es Dios como tú? que quitas la iniquidad, y pasas por alto el pecado del resto de tu heredad. No mantendrá su furor para siempre: porque se deleita en la misericordia. Volverá, y se compadecerá de nosotros: echará nuestras iniquidades, y arrojará al fondo del mar todos nuestros pecados. Darás la verdad a Jacob, la misericordia a Abraham, que [Vulg. que] juraste a nuestros padres desde los días antiguos. LXX: ¿Quién, Dios como tú? que quitas las iniquidades, y pasas por alto las injusticias de los que quedan de tu heredad. No mantuvo su ira como testimonio, porque se deleita en las misericordias. Volverá, y se compadecerá de nosotros, sumergirá nuestros pecados: y serán arrojados al fondo del mar todos nuestros pecados. Dará la verdad a Jacob, la misericordia a Abraham, como juraste a nuestros padres según los días antiguos. Entendiendo el profeta, que la multitud de las naciones está turbada en su encierro para que se asombren y teman a Dios, y que por eso el Señor se enfurece, para quitar los pecados y dar salvación, alaba al Señor y se maravilla, y dice: ¿Quién es Dios como tú? que quitas las iniquidades, y pasas por alto las injusticias (Éx. XII): así como el exterminador en Egipto pasó por alto al pueblo de Israel, y no lo devastó (de donde el paso, phase, es decir, pascua, toma su nombre) así tú perdonas a las naciones, no imputándoles sus iniquidades. Pero lo que sigue: A los que quedan de su heredad, no mantuvo su ira como testimonio, este es el sentido: Si perdonó a las naciones, que no quisieron creer en su Ley, y que son sobrantes y restos del pueblo, no quiso imputarles sus iniquidades, ni como testimonio de su justo castigo les infligió su ira, ¿qué hará con su rebaño, que se alimenta en medio del Carmelo, y en Basán y Galaad? Porque se deleita en la misericordia, y volviendo se compadecerá de nosotros, y nuestros graves pecados, y las iniquidades que se asientan sobre el talento de plomo, él mismo las llevará, y las sumergirá en el mar, y no las hará aparecer (Zac. V). Dará la verdad a Jacob, y la misericordia a Abraham: para que al pueblo suplantador y nuevo, y siempre puesto en lucha 531 le devuelva en Cristo [Al. Cristo] su verdad, y a la multitud de las naciones (pues Abraham se llama padre de muchas naciones) le otorgue misericordia, como juró a ellos, que fueron padres de nuestra fe según los días antiguos: que de toda la multitud de hombres salve a unos en la verdad, a otros

en la misericordia. Pero donde nosotros hemos interpretado, No mantendrá su furor para siempre; en lugar de para siempre, Símaco tradujo en sempiterno: Teodoción, hasta el fin: los Setenta y la quinta edición, como testimonio: para lo cual se ha puesto en hebreo LAED (); y tanto para siempre, como sempiterno, y testimonio puede entenderse. Diré yo también al final del volumen, sellando el trabajo de mi obra con la invocación del Señor: Dios, ¿quién como tú? quita la iniquidad de tu siervo: pasa por alto el pecado de los restos de mi alma, no envíes sobre mí tu furor, ni en tu ira 532 me corrijas: porque eres misericordioso, y muchas son tus misericordias. Vuelve, y ten piedad de mí: precipita mis iniquidades, y envíalas al fondo del mar: para que la salinidad y amargura de los vicios en la falsa región desaparezcan. Da la verdad que prometiste a tu siervo Jacob, y la misericordia que prometiste a tu amigo Abraham, y libera mi alma de los perseguidores de tus profetas, Acab, y Jezabel, como juraste a mis padres en los días antiguos, diciendo: Vivo yo, dice el Señor: No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta, y viva (Ezequiel XXXIII, 11). Y en otro lugar: En cuanto te conviertas y gimas, serás salvo. Entonces verá mi enemiga, y se cubrirá de confusión, la que ahora me dice: ¿Dónde está el Señor tu Dios? (Sal. XLI, 4, 11). Veré en ella tu venganza, y será como el lodo de las calles, y será pisoteada, para que no construya más ciudades egipcias de lodo y paja.